

# Claudia Amengual Cartagena



Narrativa Hispánica

Lectulandia

En plena crisis de los cuarenta un hombre toma algunas decisiones equivocadas. Treinta años más tarde, demolido por la culpa, regresa a Cartagena de Indias para ser perdonado.

La ciudad caribeña es el marco esplendoroso en el que se desarrolla esta historia que tiene por protagonistas a Franco Rossi —un viejo periodista cargado de amargura— y a su padre casi nonagenario con problemas de memoria, pero también una lucidez sorprendente y un implacable sentido del humor. En su periplo se cruzarán con una mujer que no ha olvidado, con un hombre que cree ser un personaje de García Márquez y con el propio Nobel colombiano ya en la última etapa de su vida. Entre todos construirán una trama que difumina los límites de la realidad y la fantasía y nos plantea preguntas acerca del valor de la originalidad en el arte, el poder destructivo de la culpa y la posibilidad de redención.

Sin eludir las asperezas de la vida, Cartagena es una historia de amor, de piedad y de esperanza.

«Narrada con ironía, humor y precisión, Cartagena es un bello tributo al universo mágico de uno de los escritores más grandes de nuestra lengua, un juicio agudo a la vanidad del mundo literario y un llamado a la reconciliación con la vida, a través del amor.»

JORGE FRANCO

**Lectulandia**

Claudia Amengual

**Cartagena**

ePub r1.0

orhi 11.08.16

Título original: *Cartagena*  
Claudia Amengual, 2014

Editor digital: orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Román Hughes Trujillo, sobrino adorado  
que llega a la vida junto con esta novela*

*... acaso resucite un viejo sueño  
sabido y olvidado.  
El sueño de ser buenos y felices.*

JAIME GIL DE BIEDMA

# I

Mejor fuego que gusanos.

Fue lo último que Rossi dijo antes de convencerse. El escribano no había llegado y se dio esos minutos para pensarlo. Pero no había en qué pensar. La decisión estaba tomada. Si la familia no se hubiera opuesto con esa ridícula obstinación, no habría sido necesario darle tanta vuelta y demorar meses en hacer el trámite.

Ahora se encontraba en la sala de espera de la sección necrópolis, tan solo como siempre y un poco más. Se enfrentaba a la soledad definitiva de la que nadie regresa. Y, sin embargo, no tenía miedo. Miedo le daba el aislamiento que tantas veces lo había rondado hasta casi llevarlo a cortar todos los lazos. Ese día, aunque pareciera extraño, no había aislamiento, sino un careo con la angustia que siempre sobreviene ante las grandes decisiones.

Separó un poco las piernas y apoyó los codos. En los codos, la cabeza. Así, con la mirada clavada en las baldosas amarillentas, se dejó ir concentrado en las vetas de humedad y polvo, un mapita de mugre que a nadie importaba y que fue para él la entrada a un territorio de calles y caminos íntimos, secretos. No pensó, no podía hacerlo, pero supo de algún modo que había logrado abstraerse del lugar y que ahuyentaba así cualquier posibilidad de tristeza.

Encorvado, prescindente de un par de viejas que también esperaban su turno casi felices, con avidez de urracas hambrientas —esas viejas oscuras que solo sirven para recordar la muerte—, Rossi dejó la mirada en blanco, viendo sin ver, y alcanzó a reconocer un fogonazo de la memoria. Apenas una luz que no llegó a cargarse de palabras, pero que desató una sucesión de imágenes. Un instante que se enlazó con otro hasta que surgió el relato. Entonces sí recordó. La tarde en que se lo había anunciado a la familia... una tarde antes de la cena.

\*\*\*

—Quiero que me cremen —les dijo.

El hijo mayor soltó un eructo. El menor suspiró. El padre lo mandó a la mierda. A Rossi no le extrañaron las reacciones.

El mayor era un bruto sin remedio. A duras penas había terminado la secundaria. A los dieciocho se fue a vivir al monte, donde se ganaba la vida como guía de caza. Llevaba turistas y les indicaba dónde acampar, cuál era la mejor munición o cómo distinguir a una hembra preñada. Casi siempre, para evitar que terminara despanzurrada por algún perdigón, pero en algunos casos para marcarla entre las demás y luego fingir que había sido un accidente o un error de puntería. Desde una perspectiva urbana era extraña su relación con los animales. Podía estar una noche sin dormir cuidando a un perro herido y al otro día reventarlo de una patada. Se

emocionaba con la hermosura de una buena pieza, pero no le temblaba el pulso al apretar el gatillo. Si había que degollar, degollaba, y no le hacía asco a desangrar ni a preparar las pieles para que los cazadores se llevaran su trofeo. Era un trabajo y le pagaban. Punto. Se lo veía siempre solo, a lo sumo saliendo del quilombo del pueblo. Volvía a la ciudad en invierno cuando el río se desbordaba y desaparecían los turistas. Lo llamaban Baqui.

El menor era un romántico. Imposible pensar en dos hijos más distintos. A los cuarenta y tres años seguía viviendo con su padre. Con su padre y también de él, porque el menor no trabajaba. Demasiada vulgaridad para un espíritu tan fino. No hubiera soportado el rigor de los horarios, comer de vianda o las órdenes de cualquier jefe. No, lo suyo eran las letras y a ellas se dedicaba desde todos los ángulos posibles. En especial desde el sueño, porque decía que se inspiraba durmiendo. Dormía mucho, sí. Ese año cumpliría sus bodas de plata con la universidad. Tenía tres licenciaturas en curso. Una de ellas con un solo examen pendiente que no quería rendir para no perder la magia bohemia del estudiante eterno. Se llamaba Raúl, Raúl Rossi como un actor argentino, pero le decían Ra. Al principio no le gustaba, hasta que alguien le comentó lo del dios egipcio y fue como una revelación. Supo que había nacido para llevar ese nombre porque Ra era el dios del Sol y todo lo vinculado a la creación se le atribuía. Algunas mañanas, tumbado en su cama en la disyuntiva de levantarse o meditar hasta que volviera a vencerlo el sueño, llegó a pensar si no sería una viva reencarnación del dios.

Rossi sabía que el menor era un vago y, cada tanto, se proponía poner punto final a aquella rutina que empezaba a parecerse a un circo montado con el solo motivo de no trabajar. Pero entonces recordaba a su mujer. La voz de su mujer. Decía algo en inglés. Algo que estaba allí y punzaba como una esquirola en el talón de la memoria. No podía recordarla de otro modo. Siempre era en inglés, balbuceaba palabras que Rossi no entendía. Como el día del accidente. El menor había quedado frágil después de eso. Hacía treinta años y, cada tanto, Rossi sentía el impulso de romperle la fragilidad a patadas y mandarlo a ganarse la vida.

Rossi tampoco esperaba mucho de su padre. Se había mudado con ellos dos años antes, cuando enviudó de su tercera esposa. Resistió cuanto pudo el traslado, pero una senilidad en avance no le dejó alternativa. Había hecho bastante en su larga vida. En la administración pública llegó a encargado de sección y pudo haber sido gerente si, como no se cansaba de repetir —para eso la memoria no le fallaba—, una compañera no le hubiera robado el puesto. ¡Acostándose con el ministro!, decía con indignación y luego agregaba que él no podía competir con eso, que ni siquiera pudo impugnar el nombramiento porque con qué pruebas, eh, con qué pruebas. Las mujeres, repetía el padre de Rossi, son todas unas putas: una conclusión que lo llevaba sin atajos a hablar de sus dos últimas esposas.

Nunca nombraba a la madre de su hijo, aunque para sus adentros también la incluía en el montón. Rossi sospechaba que esta delicadeza era prueba de que no



estaba tan loco y que su mente trastornada aún preservaba pequeñas zonas de lucidez. Pero sabía que, a pesar de la omisión, su madre era parte del puterío. No solo parte sino mucho más. Su madre era la gran puta, la puta más puta de todas, la putísima madre que había sido capaz de abandonar a su marido con un hijo pequeño. Y todo para correr como una gallina enloquecida tras un pintor amigo. Pintor como el padre de Rossi, que solo había vendido siete cuadros en su vida y que alguna vez había lucido como un talento prometedor. De lo mucho que había sido en sus ochenta y ocho años solo seguía siendo pintor. Se llamaba Miguel, pero le decían Elviejo.

\*\*\*

El trámite para la cremación fue sencillo. Hubo que firmar una declaración jurada y pagar los honorarios del escribano, que se encargó de hacer la inscripción y lo despició con unas palmaditas condescendientes. Rossi sabía que era lo correcto, pero aun así sintió pena por incomodar al hombre con cuestiones vinculadas a la muerte, de la que casi nadie quiere hablar. Como si con eso pudieran retrasarla, se decía.

No había pensado en el destino de sus restos hasta que empezaron a pulular en la tele esas series morbosas de hospitales, autopsias y forenses. Se volvió tan adicto que las veía todas, es decir, la misma versión de la cosa, pero ambientada en distintas ciudades y con distintos actores. Al cabo de un par de años alguien le hizo notar que lo suyo empezaba a ser enfermizo, que no era normal que alguien anduviera por la calle consultando la agenda y yéndose de todas partes para llegar en hora a ver la serie de turno. La observación cayó en saco roto, pero la vocecita interior de Rossi había entendido el mensaje y no cesaba de recordarle que, en efecto, aquello empezaba a ser patológico. Así que un día, de buenas a primeras, mandó el CSI Miami, el CSI New York y el CSI Las Vegas al CSI infierno —como le gustaba decir cuando lo contaba— y sacó la televisión de su dormitorio. Por las dudas, ante el riesgo de recaída, canceló la suscripción al cable.

La visión de tanta tripa al aire le recordaba la desagradable instancia de la putrefacción. Y después de mucho darle vueltas decidió que no había destino más limpio y decente que su cuerpo fuera a parar a las brasas.

—Hace bien, Rossi —lo animó el escribano—. Ojalá todo el mundo tuviera esta consideración con los que quedan.

Rossi hubiera querido decirle que no lo hacía por ellos. Que, de hecho, esto iba a resultarles un problema y que su familia hubiera preferido lo tradicional, velorio y entierro. Pero no porque alguna vez le hubieran dedicado algún tiempo de reflexión al asunto, sino todo lo contrario, porque estaba seguro de que ninguno pensaba en la muerte. De eso no se hablaba en su casa y, cuando alguna vez lo había intentado, solo había logrado enfurecerlos.

Así que Rossi sabía que el día que le tocara, sus hijos —si es que se cumplían las leyes naturales de la vida— se aturullarían un poco al principio y después dejarían

todo en manos de la funeraria. Cuando les preguntaran si cajón abierto o cerrado, levantarían los hombros al unísono o intentarían cargar al otro con la decisión que, al final, acabaría recayendo en algún empleado de la empresa fúnebre.

Una semana más tarde le llegaba por correo una factura de la municipalidad, una factura común y corriente como la de los tributos domiciliarios. Una vez que la cancelara ya tendría derecho a la cremación. No había más que un número de trámite. Eso era todo. Una simple factura con un número, que era Rossi. A eso se reducía la muerte de una persona. Se sintió decepcionado. ¿Y qué esperabas?, se preguntó. No creerías que iban a mandarte una carpeta de terciopelo, ¿no? De nada les vas a valer después de muerto.

La factura adquirió de pronto una trascendencia singular. No era cualquier papelito, sino la última decisión de Rossi, el destino final de su cuerpo y una manifestación de voluntad que lo hacía sentir importante. Mi última decisión, pensó. Pero al instante se dio cuenta de que estaba equivocado. Aún debía tomar otras dos decisiones: dónde arrojarían sus cenizas y quién se encargaría de hacerlo.

\*\*\*

Mejor fuego que gusanos fue el argumento que se le ocurrió aquella tardecita después de haber intentado con otros menos brutales y haber chocado con la desaprobación de su padre y sus hijos. La grosería de las respuestas estaba dentro de lo esperado, así que Rossi no se amilanó y siguió hablando como si no hubiera oído.

—En este papelito está el número de expediente. Es lo único que deben presentar en la funeraria. Ellos se encargan del resto —y alcanzó una copia a cada uno.

Lo miraron con un desprecio unánime.

—Mejor que cada quien tenga una copia —explicó—; nunca se sabe a quién le toca primero.

Baqui repitió el eructo, una gracia aprendida en la adolescencia y perfeccionada en las noches de aburrida soledad en el campo.

—No esperarás que yo haga esto, papá —dijo Ra—. No voy a someterme a esta tortura psicológica. Y todo por un capricho burgués.

Rossi hubiera querido enrostrarle que lo único que había en aquella casa de burgués —y de la peor calaña— era un tipo de cuarenta y tres años que vivía papando moscas mantenido por su padre, pero prefirió ceñirse al asunto que lo ocupaba. Explicó que la intención era librarlos de las cargas post mórtem —así lo dijo— que solían complicarlo todo y acentuar la pena. Y, además, tenía derecho a elegir qué hacer con su cuerpo. Después de todo, él pagaba el trámite y era él a quien iban a rostizar. Pero el hecho de haber pensado en la pena lo detuvo. No estaba seguro de que alguno fuera a sentir pena ante su muerte. Quizá alivio o, peor, indiferencia. No porque faltara cariño, sino porque se habían acostumbrado a una convivencia fría sustentada por una mínima urbanidad que les permitía moverse por la casa sin

estorbarse.

A menudo, Rossi pensaba que una mujer hubiera hecho la diferencia y entonces extrañaba a su esposa. Solo a ella, como si ninguna otra hubiera merecido el derecho de caldear la casa con sus cantos y el olor de su comida. Rossi no había vuelto a casarse y tampoco se le conocía compañera.

Elviejo se puso de pie y caminó hasta la ventana. Descorrió las cortinas y apoyó la frente en el cristal. Le gustaba empañarlo con el aliento y hacer dibujitos con el dedo. Luego pasaba la manga de la camisa y volvía a empezar. Afuera anocheecía. Cerró los ojos y comenzó a murmurar una especie de letanía a la que nadie prestó atención porque ya estaban habituados a sus ausencias. Iba y venía con naturalidad, como quien atraviesa una puerta y va de la sala al jardín y de vuelta a la sala. Se desconectaba y, de pronto, volvía a conectarse y los sorprendía con su lucidez.

No estaba completamente loco, no. Pero el diagnóstico había sido claro. La enfermedad estaba instalada y el deterioro iba a ser progresivo. Poco a poco iba perdiéndose en los lodazales de la memoria donde los recuerdos se mezclaban y confundían, a veces, o surgían con nitidez, otras. Por eso había que observarlo con atención antes de seguirle la corriente o ignorarlo. Elviejo estaba yéndose de la vida, eso estaba claro. Y lo hacía de la forma más terrible, desprendiéndose de su identidad. Como si quisiera que, llegado el momento, la muerte lo encontrara vacío y, en lugar de llevarse al hombre completo, debiera conformarse con su carcasa.

—¿Y qué se te metió ahora en la cabeza? —preguntó Baqui. Con el índice extendido golpeteó varias veces el cigarrillo y tiró las cenizas sobre el papel que su padre le había dado.

Rossi fingió no darse cuenta.

—Hace tiempo que lo pienso y me decidí; no hay ningún misterio.

—Sí, pero por qué ahora.

—Y por qué no, si esto llega en cualquier momento. Mejor tener las cosas en orden. Es más, me gustaría saber qué quieren ustedes que se haga con su cuerpo en caso de...

—¡Papá, por favor! —gritó Ra.

Rossi disfrutó la pequeña tortura y continuó.

—Todos vamos para el mismo lado, querido. No es natural que un padre entierre a un hijo, pero no sería la primera vez, así que mejor estar preparados.

Elviejo no se movió de la ventana desde donde apenas llegaba el zumbido de su voz. Ra se puso de pie y caminó en torno a la mesa con el papelito en la mano.

—Estás loco —repetía—. Solamente un loco puede hablar así de la muerte de sus hijos. ¡Qué frialdad, por Dios! Loco, loco para enchalecar, loco.

Rossi se sirvió una taza de té. La cuestión de la muerte le era familiar. Pensaba muchas veces en eso. Cuando Baqui y Ra eran pequeños, había sido un padre aprensivo. Se levantaba de noche para comprobar que respiraran y solía tener pesadillas en las que, de las maneras más terribles, sus hijos resultaban muertos.

Cuando estaban enfermos, no era su esposa, sino él quien se quedaba junto a ellos durante la noche. Les ponía paños frescos, les tomaba la temperatura y dormía sobre un colchón que extendía entre las dos camas. Su esposa decía que exageraba, pero Rossi no lo hacía solo por los niños, sino porque era la única forma de asegurarse algo de sueño. Si volvía a su cama, daba vueltas imaginando los peores horrores y se levantaba mil veces. Después de varias noches en vela, había llegado a la conclusión de que mejor era dormir sobre un colchón duro que pasar la noche girando en la cama.

El miedo a la muerte de sus hijos llegó a tener ribetes de obsesión. Rossi pensaba que no lo soportaría, que caería fulminado si alguna vez le llegaba la infausta noticia. Años más tarde entendió que aquel miedo escondía bastante de egoísmo. Lo que en el fondo lo aterrorizaba era su desgracia, su dolor y, al cabo, su muerte. Amaba a sus hijos, pero el terror que le producía pensar que podían morir era más complejo que el amor de un padre. Ese sentimiento estaba cargado de miedo a sufrir, a que los hijos, cuyo nacimiento lo había hecho sentir casi pleno, fueran también emisarios de la tragedia.

No pensaba en las vidas truncadas, en los proyectos a medio camino. Pensaba, en el fondo, en su tristeza. Pensaba que un padre que entierra a su hijo debe renunciar para siempre a la felicidad. Y que es un peso demasiado grande para alguien cuyo pecado ha sido sobrevivir. Un padre al que se le muere un hijo no tiene derecho a la felicidad. Y esta condena es tan definitiva como la misma muerte. El dolor de Rossi era más egoísta que amoroso, aunque nunca se habría atrevido a confesarlo.

Tan enfermiza llegó a ser la cuestión que dedicó no pocos esfuerzos a reflexionar al respecto. Fue después de la muerte de su mujer cuando las piezas comenzaron a ordenarse y la obsesión dio muestras de ceder. Baqui tenía catorce años y Ra acababa de cumplir los trece. Los cuatro viajaban en una camioneta alquilada. Ella iba al volante. Estaban de vacaciones. Recorrían el trayecto entre Boston y Nueva York. Se habían detenido en Bridgeport, hasta donde habían llegado por pura casualidad después de pasarse un desvío en la ruta. Bridgeport no estaba en sus planes. Ni siquiera habían oído hablar del lugar y, a esa altura, era imposible que supieran que iba a quedar ligado a su vida como una cicatriz permanente. Un sitio desconocido que nada significaba para ellos, al que habían llegado sin proponérselo y en el que no pensaban detenerse, iba a convertirse en un mojón inolvidable.

Ra buscó en su guía de viaje y le resultó gracioso que se refiriera a Bridgeport como un *hamlet*, un poblado poco mayor que un caserío, según se explicaba en un recuadro. Baqui —que por aquel entonces no era Baqui, sino José— dormía extendido sobre el asiento trasero. Ra, acomodado en el borde, al centro, con el cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza metida como una cuña entre sus padres, insistió en lo de *hamlet* y hasta se permitió recitar alguna línea de Shakespeare que había aprendido en la secundaria. Su madre corrigió apenas la pronunciación y completó el texto en un inglés perfecto. ¿Cómo lo sabías, Ma?, gritó Ra

emocionadísimo. Su madre sonrió. Había impresionado a su hijo y eso la llenaba de satisfacción. Sabía, además, que aunque Rossi no dijera nada, también estaba impresionado.

Era una mujer culta, pero, cada tanto, debía disimularlo para que Rossi no se sintiera disminuido. El inglés era uno de los puntos álgidos de su relación. Ella lo manejaba del derecho y del revés. Rossi nunca había podido aprenderlo y achacaba su torpeza a una resistencia antiimperialista que ni él mismo se creía. Lo atormentaba la certeza de que, si hubiera sabido inglés, su desarrollo profesional no hubiera tenido techo. Había rechazado un par de becas por esa cuestión y, más de una vez, se había mordido los puños al ver que destinaban una entrevista jugosa a otro colega mediocre que, sin embargo, podía hablar en inglés o, al menos, chapucearlo como hacen tantos caraduras. Él, en cambio, tenía sentido del ridículo y era un periodista serio. Jamás se hubiera permitido atravesar el vergonzoso trámite de entrevistar hablando con errores y sin entender ni jota de las respuestas.

Y ella, ella que sí podía hacerlo, se había conformado con ser una modesta ama de casa. Como si despreciara aquel don que para Rossi hubiera significado toda la diferencia. Eso lo llenaba de un rencor sordo. Ella intentaba evitarlo, aunque aquella noche tenía el corazón herido. Quería lastimar a Rossi y sabía que sería una humillación para él. Completó el texto en su bello inglés. Ra quedó deslumbrado y le acarició el hombro como un devoto que toca los pies de un santo. Rossi sintió celos de esta conexión entre madre e hijo. Guardó silencio y ella entendió que la estaba castigando. Ahora debía pagar por su exceso. Se prometió no hablar hasta llegar a Manhattan. Concentró su mirada en la línea blanca de la ruta y, al poco rato, aferrada al volante, se durmió.

\*\*\*

Treinta años más tarde, Rossi había olvidado casi todo, menos el estruendo. Una explosión de hierro, hormigón y vidrios. Como si una bomba hubiera reventado en su falda. Hubo un solo grito y luego el silencio. Chocaron contra la cabecera de un puente y luego contra una columna del alumbrado, que atravesó la parte delantera del auto y se incrustó en el parabrisas. Rossi quedó de un lado de la columna, apesado por el cinturón y con las costillas trituradas. Podía oír un lamento que venía de la parte trasera del auto. Más tarde supo que era Baqui, que apenas había sufrido algunas contusiones. Ra no estaba por ninguna parte. Rossi solo podía pensar en él. Con un esfuerzo brutal se soltó del cinturón y se arrastró hacia fuera por el hueco de la ventana.

Ra estaba tendido a un par de metros, sobre el puente. Había atravesado el parabrisas. Parecía muerto. Rossi gateó hasta llegar a su hijo y le masajéó el corazón con las pocas fuerzas que le quedaban. Una, dos... veintiocho, veintinueve, treinta veces. Luego juntó las bocas y sopló. Y más masajes. Todo sin sentir dolor. Todo sin

saber que él tenía un riñón perforado, que la hemorragia interna apremiaba y que pronto se desvanecería. Pero Rossi no sentía nada. Solo quería revivir a su hijo, insuflarle aire, darle si era necesario lo poco que a él le quedaba. Se desmayó. Ni siquiera en ese momento pensó en su mujer.

Despertó en un hospital dos días más tarde. Le habían extirpado el riñón y le dolía cada milímetro del cuerpo. Se tocó la nariz, donde una venda le tensaba la piel. También palpó una curación sobre el párpado derecho. En los brazos, pequeños cortes. De pronto, la conciencia, la súbita conciencia de saber que algo terrible había sucedido. ¡Ra! ¡Ra! El grito atrajo a las enfermeras. Le pusieron un sedante y Rossi no supo hasta varias horas después que Ra estaba en terapia intensiva. Baqui ya caminaba con ayuda de muletas y su esposa había muerto.

La memoria de Rossi lo libró de detalles demasiado terribles. Cada tanto, cuando se permitía bajar a esas zonas de extremo sufrimiento, o cuando el pasado se le colaba en los sueños, le venía en oleadas confusas un lejano recuerdo. No eran imágenes, sino una sensación de opresión en el pecho. Allí estaba grabado cada segundo junto a la cama de Ra. La mirada estaqueada en el monitor, el pánico ante la mínima alteración de las gráficas, las oraciones elevadas a un dios, a cualquiera, el ofrecimiento de su vida a cambio, el anestesiado dolor por la muerte de su mujer, la mínima atención a Baqui que deambulaba por los pasillos y volvía en metro al hotel, cada vez más enojado con todos. Rossi solo pensaba en Ra. En él concentraba sus fuerzas, olvidaba su propia recuperación, exigía, insultaba, besaba manos. Así transcurrieron dos meses.

El paso de los años también había borrado los detalles de la repatriación del cuerpo de su esposa y el alivio cuando su cuñado llegó a Nueva York para ayudarlo con el papeleo. Solo podía pensar en Ra. El resto era un estorbo que le quitaba las energías necesarias para cuidar a su hijo. Apenas se dio cuenta de cuando Baqui volvió a Montevideo con su tío y le dejó todo el tiempo para librar aquella batalla. Rossi veló a Ra en vida por otro largo mes. Perdió peso, perdió pelo, perdió la voz. Solo quedó un remedo del hombre que había sido.

Una tarde, descubrió una ventana detrás de la cama de Ra. Había pasado cien días frente a ella, pero era la primera vez que la notaba. Al menos, de esa manera. Se acercó. Afuera la vida continuaba y no iba a detenerse, ni aun ante la muerte de su hijo. Un hilo de autos se desplazaba con lentitud y cientos de paragüitas multicolores tachonaban las veredas. Los cerezos estaban en flor. Debía de ser primavera. Rossi sintió que algo volvía a su cuerpo. Una fuerza, un hálito, una energía que lo abrumaba, como si se le hubiera abierto una compuerta largamente cerrada y, de pronto, la vida le regresara y se le instalara en los órganos, en los músculos, un inusitado renacimiento. Rossi quiso vivir. Se sintió atado a esa cama, destiñéndose poco a poco, apagándose. Y por un instante, un instante que sí quedó prendido a su recuerdo, el mismo instante en el que hubiera dado la vida por su hijo, Rossi quiso que Ra muriera.

—Todos vamos para el mismo lado, querido.

—¡Estás loco, papá! —gritaba Ra—. ¿Cómo es posible que hables con esa frialdad de la muerte de tus hijos?

Rossi sonreía. Desde hacía tiempo había hecho las paces con aquel terrible deseo que lo había asaltado en Nueva York mientras su hijo agonizaba y afuera estallaba la primavera. Sabía que durante aquellos meses de duelo anticipado en el hospital había deseado que Ra muriera y, a la vez, se había aferrado a la vida con desesperada obstinación, lo había limpiado y alimentado, había velado su sueño. Ahora sabía que en un padre convivían los más puros y también los peores sentimientos.

—¿Cuál es el problema? De todos modos, harán algo el día que muera, ¿no? Alguien tiene que encargarse del cuerpo. ¿No es mejor meterme en el horno y luego tirar las cenizas a dejar que me pudra en un agujero?

Ra se puso de pie con brusquedad. Le temblaba el labio como cada vez que estaba nervioso o a punto de pescarse un ataque de ira. Y entonces hizo lo que sabía que más lastimaba a Rossi: habló en su perfecto inglés, el de su madre.

—*How do you dare?*

La voz le cambiaba cuando hablaba en inglés. Se le volvía más grave, más cavernosa. En el silencio de la tarde, fue como si un quinto hombre entrara a la sala. Un hombre que traía en el brillo de sus ojos o en el olor de su piel el recuerdo de una mujer muerta hacía más de treinta años, una mujer cuya presencia hubiera hecho que todo fuera tan diferente. Rossi creía que sus hijos no se habrían echado a perder si ella no hubiera muerto. Que Baqui sería un ser sociable y no ese bicho embrutecido. Que Ra no pasaría horas tendido en su cama, mirando el techo y sintiendo que el mundo le debía algo.

Afuera ya había caído la noche y Rossi se levantó a encender las luces. Elviejo seguía junto a la ventana sin interrumpir su letanía. Rossi no tenía hambre, pero pensó que era hora de comer. No iba a cocinar hoy. Para eso estaban los pequeños restaurantes del barrio y esos muchachos arriesgando su vida en las motos que zumbaban entre los autos. Aquellos muchachos que no respetaban las reglas de tránsito y terminaban cada tanto con el cráneo abollado junto al cordón de la vereda. Pero tenían un trabajo, una dignidad. Valían más que sus hijos. Ni siquiera preguntó qué querían comer. Pidió *pizza* y empanadas de carne, una botella de cerveza y dos refrescos sin azúcar.

Con la parsimonia de todos los días, como si nada hubiera pasado, Rossi abrió el cajón del aparador y sacó cuatro mantelitos individuales. Los distribuyó en la mesa y puso encima cubiertos, vasos y servilletas. El cuchillo a la derecha, el tenedor a la izquierda. A ella siempre le habían gustado las mesas bien puestas. Cada tanto, Rossi agregaba el detalle de unas flores, pero nadie lo notaba. Estaba empezando a aburrirse de tanto esfuerzo y tan poco reconocimiento.

Veinte minutos más tarde oyó el ronroneo de la moto. Palpó la billetera en el bolsillo y abrió la puerta antes de que sonara el timbre. Volvió al comedor con dos cajas blancas y una bolsa con las botellas.

—¡A comer, todos a comeer! —anunció como si fuera necesario.

Elviejo pareció volver de un largo paseo.

—No tengo hambre —dijo.

—¿Cómo, papá? Hay que cenar, déjese de niñerías.

—No tengo hambre, ya comí.

—Qué va a comer, no mienta. Usted no come desde esta mañana. Siéntese y no me haga rezongar. No puede tomar las pastillas con el estómago vacío.

Entonces Elviejo supo en alguna parte que no le estaban hablando con buen tono y que no correspondía que un hijo rezongara a un padre de esa manera. Así que se acercó despacito a Rossi y le dijo:

—No tengo el estómago vacío. Me comí tu papelito. Ya podés ir muriéndote porque me sé el número de memoria.



## II

—¿Le queda grande, Rossi?

No fue la pregunta lo que le dolió, sino el tono. Rossi sabía distinguir la diferencia. Conocía periodistas que habían cimentado su nombre en eso. El contenido era lo de menos. Tanto podían entrevistar al Papa como a un chimpancé. Lo que importaba era el tono. Y dentro del tono, los matices.

El gran periodista era, para algunos, el que sabía aparentar inteligencia a través de un atrevimiento que muchas veces rozaba la mala educación o el sarcasmo. Rossi no era bueno para esas payasadas. Siempre se había sentido más cómodo enmarcado en la seriedad. Preparaba cada entrevista con minucia y mantenía al entrevistado de turno a una distancia prudente. Saludaba con un apretón de manos y no condescendía al tuteo. Tenía claro que la estrella nunca era él, pero sí quien ponía las reglas. Hacía preguntas breves, contundentes, y si el entrevistado intentaba escapar por una ventana retórica, Rossi siempre lo estaba esperando afuera.

No aceptaba invitaciones a cocteles ni salía a almorzar. Clasificaba a sus entrevistados en cinco categorías: diplomáticos, políticos, intelectuales, empresarios y gente de la calle. A su mesa llegaban invitaciones de toda índole. Al principio las rechazaba con cortesía. Luego, ni se molestaba. Ninguna de aquellas personas lo invitaba por afecto. Rossi no se dejaba acariciar el ego. Sabía que cada invitación a almorzar se pagaba más tarde.

De aquella *troupe*, los diplomáticos se llevaban el primer premio de su desdén. Ya fueran colocados a dedo o de carrera, Rossi no entendía por qué debían llevar aquel tren de vida fastuoso a costa de los impuestos que pagaba el pueblo. ¿Por qué un embajador o un cónsul debe tener choferes, mucamas y jardineros?, preguntaba. Pero si hasta hace un mes aquel viajaba en ómnibus y su mujer se compraba la ropa en la feria. Y, de golpe, ¡puf! El militante advenedizo que siempre está en alguna rosca, el político a quien se debe un favor y que no ha logrado una banca, el sindicalista que le toma el gusto a los privilegios, el otro que sabe demasiado y que mejor tener lejos, de un día para otro, dejan las camisas remangadas, se acomodan la corbata y se transforman en Señor Embajador. Por aquí, Señor Embajador. Permítame, Señor Embajador. ¿Cómo ha dormido, Señor Embajador? ¿A qué restaurante vamos, Señor Embajador? ¿Hoy toca ópera o *vernissage*, Señor Embajador? ¿A lo de aquella señorita, Señor Embajador? ¡De inmediato, Señor Embajador! ¡Señor Embajador, qué buena elección su corbata! ¡Buen provecho, Señor Embajador!

Rossi sentía náuseas. Cada vez que le tocaba entrevistar a un diplomático, entraba a la redacción vociferando. ¿Sabe qué diferencia a una persona normal de un diplomático?, solía preguntar y, sin esperar respuesta, decía: Las personas normales quisieran tener muchos amigos, pero saben que con pocos alcanza. Los diplomáticos saben que tienen pocos o ninguno, pero fingen que todos lo son.

No intentaba disimular su desprecio. Entendía las razones para la existencia de

una diplomacia, pero le resultaba incomprensible, anacrónico, vergonzoso que aquellos excesos fueran necesarios. Sáquenle los lujos a la diplomacia y verán a qué velocidad se bajan los monos de la palmera, decía. Quedarían solo los vocacionales, los que realmente trabajan por el país. ¡La aristocracia republicana! Así los llamaba y los evitaba cuanto podía, pero cada tanto, le pedían que entrevistara a alguno. Entonces sí que afilaba el tono y se convertía en maestro de la ironía. Por eso entendía bien la intención escondida tras la pregunta del director. La clave estaba en el tono.

\*\*\*

—¿Le queda grande, Rossi?

Hubiera querido decirle que lo único grande que tenía eran los testículos que, después de una vida de profesión mal remunerada, estaban por el piso, pero todavía necesitaba el salario y, además, adoraba su trabajo. Él sí era un vocacional. Había empezado en una época en la que no se estudiaba para ser periodista. Se hacía carrera al andar y se aprendía de los viejos a los que se consideraba maestros. No desdeñaba el paso por la universidad, pero resentía esa oleada invasora de jóvenes arrogantes que había irrumpido en las redacciones revoleando el título y frunciendo la nariz ante quien no lo tuviera.

La mayoría creía saberlo todo, pero ¡sabían tan poco! El periodismo se hace en la calle, chiquitos, se decía para sus adentros. En el fondo, Rossi sentía celos. Le hubiera gustado haber nacido más tarde solo para aprender lo que aquellos mocosos habían estudiado. No estaba seguro de ser mejor periodista por eso, pero sabía que una buena formación nunca podía jugar en contra. Con su profesionalidad y aquellos conocimientos, hubiera sido imbatible, pensaba.

—No entiendo por qué me manda a mí —preguntó.

El director se desperezó en su silla como un gato mañanero. Se tiró tan hacia atrás que, por un instante, Rossi esperó divertido que se fuera al suelo. Pero no. Extendió los brazos hacia el techo, bostezó y, como impulsado por un resorte, recuperó la vertical. Le ofreció un cigarrillo.

—Nunca fumé —dijo Rossi molesto porque, después de tanto tiempo, el hombre debería saberlo. La rabia le hizo doblar la agresión—. ¿Y cómo es eso? ¿Ahora se puede fumar adentro?

El director lo miró con odio, pero sonrió.

—Ay, Rossi, Rossi... Es mi oficina, es mi periódico, fumo donde quiero.

Será tu periódico hasta que los otros accionistas te peguen una patada en el culo, pensó Rossi. Conocía la inestable situación del director, que era socio minoritario y que estaba en la mira de los otros desde hacía tiempo. Un hálito de sarcasmo se instaló entre los dos y el director pareció notarlo. Probó con un tono más directo.

—Bueno, ¿en qué quedamos, entonces? ¿Acepta o no acepta?

—¿Y por qué yo?

Ahora era el director el que empezaba a impacientarse.

—¡Porque no voy a mandar a ninguno de estos pendejos! No habían nacido cuando este tipo ya era leyenda. No han oído hablar de él. Ni siquiera estoy seguro de que hayan leído al otro. ¡No leen! Salen de la facultad con lo mínimo para aprobar los exámenes, pero les falta boliche, ¿se entiende, Rossi?

Sí, entendía, claro que entendía. El director no iba a decírselo, pero la razón era evidente: Rossi era el único que podía conseguir aquella entrevista y sacarle jugo. ¡Claro que aceptaría! Por motivos que ni siquiera él tenía claros, aceptaría. Pero no iba a hacérselo tan fácil a aquel ganso. Ahora era Rossi quien jugaba. Y tenía la carta ganadora.

—No crea que no leen. Leen distinto, pero...

—¡No leen un carajo! ¿Chatear y escribir idioteces en las redes sociales es leer? ¿Ha visto las faltas de ortografía, la sintaxis? Qué digo. Eso no es sintaxis. Es un entrevero, un amasijo de palabras. Cagan palabras, Rossi, no piensan. Y, además, ¿le parece que a alguno de estos borregos puede interesarle entrevistar a un viejo? Cualquiera de ellos aceptaría en un segundo, no lo dude. De eso estoy segurísimo. Pero ¿sabe por qué? Por el viaje. Por tomarse un avioncito, comer de arriba y hacer turismo. ¿Sabe cuánto le dedicarían a preparar la entrevista? El tiempo necesario para leer la Wikipedia. Y un poco más si mando al mejor, pero no crea que habría demasiada diferencia. Y luego se presentarían en la casa del tipo, disfrazados de pordioseros... ¿Me quiere decir por qué tienen que ir vestidos de ese modo? ¿Se acuerda de antes, Rossi? ¿Cuando el periodismo era cosa seria? Usted estuvo en la época de la radio, cuando el periódico y la radio estaban en el mismo edificio, ¿se acuerda?

Rossi no contestó. El director sabía la respuesta. Estaban allí los dos desde hacía cuarenta años. Él era el hijo del dueño. Rossi, un joven con una voz privilegiada que había ganado un concurso de locución. Cuando la radio y el periódico eran la misma empresa, Rossi y el director habían compartido un programa. Después, Rossi mostró dotes para la escritura y lo derivaron al diario. El hijo del dueño no tenía dotes; tenía *la dote*: lo nombraron director. Años después, alguna crisis lo obligó a vender la mayoría de su paquete accionario y a quedarse con un mínimo que casi no le daba derechos, salvo el puesto de director, que tenía más de simbólico que de efectivo. Quizá para olvidar aquel comienzo conjunto y porque su inseguridad lo obligaba a mantener distancia, un día el director empezó a tratarlo de usted. Rossi le siguió el juego. Aún le sonaba artificial aquel trato. Cada tanto se le escapaba un tuteo o tenía el impulso de decirle: ¡Dejate de joder, Murera! ¡Si nos conocemos desde hace una vida!

—Se acuerda, Rossi, claro que se acuerda. Y recordará, entonces, que los informativistas se ponían el saco y se ajustaban la corbata cada vez que entraban al estudio a leer las noticias. Aquello era respeto. Ahora vienen de bermudas y ¡guay

con decirles algo! A los cinco minutos tengo al sindicato aporreando la puerta. ¿Usted cree que alguno de estos pelusas puede hacer una entrevista así? No, Rossi, sería un desperdicio.

¿Desperdicio para quién?, se dijo Rossi. Era obvio que el director se jugaba algo importante. No lo habría llamado de urgencia ni estaría dándole tanta vuelta al asunto de no ser porque algo tramaba. Aquella misión que le proponía tenía que ver con el director, con su futuro en el diario; quizá evitaría la patada que todos estaban esperando desde hacía mucho. Y a cada segundo se volvía evidente que, junto con la creciente desesperación del otro, el poder de Rossi aumentaba.

—¿Por qué entrevistarlo ahora? Nadie lo recuerda. Ni siquiera sabemos si está vivo. No volvió a salir ninguna nota sobre él.

—¡Exacto! ¡Por eso! El escándalo fue en los ochenta cuando el Nobel. No tengo que recordárselo; usted estuvo allí. Hubo de todo, ¿no? Gritos, insultos, amenazas, acusaciones de plagio, un juicio que quedó en la nada. Y una única entrevista, Rossi, la gran exclusiva que tuvo nuestro periódico. Sin fotos, es cierto, una macana, pero...

—La única condición que puso. Nada de fotos.

—Me acuerdo bien de eso. De todos modos, usted lo solucionó con aquel montaje. La foto del Nobel y, por detrás, una silueta, como una sombra. Muy ingenioso, Rossi; usted mereció aquel premio.

El director se detuvo para medir el efecto. Rossi se tomó un segundo antes de responder.

—Ya pasó demasiado tiempo.

—Y usted va a volver allí para ver qué ha sido de ese hombre. Otra vez nuestro periódico tendrá la gran historia. Y, por qué no, otro gran premio. Para usted, claro, otro gran premio de periodismo para usted. ¿Cuánto fue aquella vez? ¿Cincuenta, cien mil dólares?

—Veinte —corrigió Rossi. Y hubiera agregado que con esos veinte pagó aquellas vacaciones en Estados Unidos, aquellas malditas vacaciones de las que su mujer no volvió.

El director notó que el rostro de Rossi se oscurecía.

—Escuche, no le estoy ofreciendo cubrir una guerra. Ya sé, no me diga que ese no es argumento para un buen periodista, lo sé, usted no es de los que van de paseo. Pero, escuche, una semana en el Caribe, aquel hotel que fue convento, ¿cómo se llama?... bien, da igual, el lugar es un espectáculo...

Rossi escuchaba y la indignación iba en aumento. Dolía el recuerdo de su mujer, o peor, notar que el otro ni siquiera reparaba en eso, que no era capaz de entender que aquella entrevista había significado el cielo y el infierno. Cómo podía ser que este tipo fuera tan insensible. Que no recordara... Una gran entrevista, un premio y después, el peor de los castigos. Había llegado con mal humor, pero ahora estaba irritado. Se puso de pie.

—Mande a otro; yo no puedo. Tengo a mi padre enfermo.

—¿Enfermo?

—Enfermo.

—Pero, qué cosa, lo lamento, ¿cómo no me lo dijo antes? De haberlo sabido...  
¿Y en qué podemos ayudar?

Rossi lo miró con lástima.

—¿Ayudar? En nada. El cuerpo es una roca, pero la cabeza... no puedo dejarlo solo. Está como perdido. Dice que aún no ha hecho su gran obra y anda con pinceles embadurnando la casa... ayer pintó la pata de una silla. Solo una pata. Ahora tenemos una silla con una pata verde. Y nadie más lo ve, a nadie le importa. No puedo dejarlo, es un peligro, podría incendiar...

—¡Llévelo, Rossi! El periódico paga. Llévelo con usted. Imagine qué bien le sentarían unas vacaciones...

—No puedo...

—Pero cómo que no, si dice que está fuerte...

—No, no puedo...

—Déjese de tonterías, usted con sus pruritos... Nadie en el diario va a saber...

—¡Le digo que no puedo!

—¿Y por qué no puede, Rossi?

—Porque tiene problemas... No está para viajes. Acabo de decírselo, se pierde, olvida cosas...

—¿Y sus hijos? ¿Ayudan?

—Hágame el favor, Murera. Usted también tiene hijos. ¿Tengo que responderle eso?

El director no se dio por vencido y sacó el último as.

—Vea, Rossi, le voy a poner las cosas claras: mi situación no es buena. Necesito esa entrevista para refregársela a esa manga de ineptos del consejo. Llevo tiempo aguantando sus amenazas. Nada grosero, serían incapaces de una grosería, ya sabe, son grandes caballeros. Lo invitan a uno a almorzar al mejor lugar. A esta altura, uno entiende que cuanto más caro el restaurante, más afilada traen la cuchilla. El caso es que ayer tuvimos uno de esos almuerzitos en el Vendôme. Si no fuera porque conozco el modus operandi de estos cretinos, habría disfrutado, le aseguro. ¿Ha ido al Vendôme, Rossi? ¿No? Ah, sirven trufas, nada de hongos tiznados, trufas en serio. Y tienen una forma de preparar el pescado... Ya iremos... A su regreso, a festejar, ¿qué le parece? Bien, como le decía, estos paparulos me llevaron allí y esperaron al postre para la gran estocada. Así es siempre. Un almuerzo de una hora y en el minuto final te clavan. Van a vender el periódico. A un grupo extranjero. Nada que ver con la prensa; no son del ambiente. Están en la prospección minera o algo por el estilo, pero también están comprando medios. Y pagan bien. Demasiado para mi gusto. Yo sospecharía. De todos modos, aunque sospechen, estos no son periodistas, son empresarios y están para hacer dinero. Se lo venderían a Hitler si diera con el precio. Entonces, en qué estaba... ah, sí, que venden, Rossi, venden. Y nosotros no entramos

en el paquete. Ni usted ni yo, demasiado viejos. Me ofrecieron un cheque... la verdad es que me tentaron. A esta edad... ¡Bueno, a nuestra edad, Rossi! Usted también podría jubilarse...

—Yo me retiro muerto.

—¿Cómo dice?

—Que yo me retiro muerto. Voy a ser periodista hasta el último instante.

El director sonrió. Por fin empezaban a entenderse.

—Lo mismo yo —dijo y, como si de pronto hubiera quedado solo agregó—: Mi abuelo fundó la radio. Mi padre, este periódico. La sala de teletipos era mi sala de juegos. La vieja discoteca, mi lugar de estudio. He crecido en estos pasillos. Esta es mi casa y mi vida. Una manga de trepadores con diploma no me va a echar de mi casa.

Bebió un sorbo de agua para cortar la emoción.

—Y entonces les propuse un trato... más que un trato, un reto, una apuesta.

—¿?

—Sí, les dije que pidieran una entrevista, a quien quisieran, y que si no la tenían en sus jodidos escritorios en dos semanas, me retiraba. Si no, me quedaba cinco años más como director. Cinco años... después ya veremos. Usted, por supuesto, se queda conmigo.

Rossi lo miró como miran los perros cuando tienen miedo. Murera esperó unos segundos para prolongar el efecto.

—Pidieron una entrevista a Pedro Ángel Pastor. Los muy hijos de puta pidieron una entrevista a Pedro Ángel Pastor.

—Pero... ni siquiera sabemos si vive.

—No, nadie sabe. He investigado un poco, un par de llamadas y nada. Como si no hubiera existido. Ellos tienen claro que esto es igual a entrevistar a un fantasma. Tendría que haberles visto la sonrisita mientras lo proponían. Usted es el único que lo ha visto, Rossi. Si está vivo, nadie mejor para encontrarlo. Además, no puedo mandar a otro. Usted es parte de la apuesta. Ellos lo pidieron.

### III

Cuando Rossi se fastidiaba, torcía apenas la boca en algo que parecía una sonrisa. Era su forma de mostrar desdén, tan sutil que casi nadie se percataba. Si esa mañana, antes de ir al periódico, alguien le hubiera anunciado lo que el director iba a proponerle, Rossi hubiera torcido la boca. Pero ahora estaba camino a casa, mucho antes del mediodía, rumiando la posibilidad de aceptar o rehuir el desafío.

Treinta años atrás había viajado a Cartagena de Indias y había vuelto con una historia que significó su consagración y su condena. Apenas surgió el rumor de que a García Márquez le había aparecido un competidor y que, para colmo, reclamaba la paternidad de algunas de las obras por las que el otro se llevaba los laureles, Rossi olfateó que allí había mucho más que un escandalete pasajero.

Si hubiera algo valioso, le dijo el jefe, la prensa colombiana ya se habría encargado. Lo cierto era que hasta el momento no había ni una nota, nadie conocía la cara del retador, ni dónde vivía, nada. El periódico se negó a enviarlo a Cartagena. Demasiada inversión para poco, le dijeron. Sin duda, se trataba de un impostor tras su cuarto de hora.

Rossi no se amilanó. Pidió licencia y costeó el viaje de su bolsillo. Poco después volvía con aquella entrevista que le valió el premio. Aunque, curiosamente, ningún ascenso como hubiera sido de esperar. La entrevista había dado la vuelta al mundo. El periódico también había ganado en reputación. Otros medios intentaron entrevistar a Pedro Ángel Pastor, pero fue en vano. Y nunca más se habló de él.

El periódico se atribuyó parte del triunfo. Rossi tuvo que soportar en silencio cómo repetían que la idea había sido de tal o cual editor, que el diario había corrido sus riesgos. Se llenó de resentimiento. Su furia y su vanidad lo turbaron y solo tuvo tiempo para pensar en la injusticia que se estaba cometiendo. El premio suavizó un poco las cosas. Un premio internacional al que se había presentado por iniciativa de su mujer. Eso era un gran reconocimiento. Ahora nadie detendría su camino a la cumbre y quizá alguna cadena de las fuertes se interesaría por él. Pero no fue así.

Para entonces, Rossi ya era otra persona. Tenía treinta y ocho años y comenzaba a pensar con demasiada frecuencia en los cuarenta. El asunto se volvió una obsesión. Necesitaba proteger la sensación de grandeza que lo invadía. Había corrido tras ella durante toda su vida y no iba a dejarla escapar. Y estaba aquella forma en la que Alena lo había mirado y cómo esa mirada había despertado a un hombre nuevo.

Eufórico, egocéntrico, organizó el viaje familiar con el dinero del premio. Estaba envalentonado. Se sentía con fuerzas para hacer grandes cambios. Luego, el accidente y el fin de todos los sueños.

Ahora, treinta años más tarde, le proponían reeditar aquella experiencia que había sido el inicio de su gloria y de su caída. Los recuerdos le volvían desordenados, turbios. El Caribe, las murallas, la eterna rumba en las calles, las buganvillas, la búsqueda de Pedro Ángel Pastor, la desazón, el sabor de la derrota y, entonces, justo

cuando se preparaba para regresar vencido, Alena.

En todo eso pensaba y, al llegar a casa, ya había tomado su decisión. No le sorprendió encontrar los trastos del desayuno todavía sucios en la pileta. Se remangó y se calzó guantes de hule. Una mariconada, según decía Elviejo.

Dejó que el agua corriera y la espuma aumentara hasta cubrir tazas y platos. A través de la ventana que daba al patio, vio cuando su padre salía del dormitorio y se acomodaba en una de las sillas junto a las hortensias. Elviejo llevaba un mazo de naipes. Rossi sabía lo que iba a suceder. Lo había visto otras veces. Con el pecho anudado, esperó.

Elviejo mezcló los naipes. Repartió tres del lado opuesto de la mesa y tres para él. En el centro dispuso cuatro naipes a la vista. Luego, hizo una mueca y levantó una carta. Se cambió de silla, tomó las cartas del supuesto contrincante e hizo su juego. Volvió a su silla y siguió la partida. Así hasta que la mano llegó a su fin. Contó los puntos suyos y los del otro y los anotó en una libreta. Rossi veía que movía los labios y, aunque no le llegaba el sonido, sabía que su padre estaba conversando. El pañal abultaba bajo el pantalón. Cada tanto, Elviejo se lo acomodaba. Rossi tuvo un súbito deseo de abrazarlo. Salió al patio.

—Buenos días, papá. ¿Durmió?

—No, bailé la jota toda la noche.

Rossi sonrió. Estaba habituado a la acidez de su padre. No era una agresión, sino una forma exacerbada del humor que había tenido alguna vez.

—Nos vamos de viaje, papá.

—¡Dejate de pavadas! ¿Ahora me venís con eso?

—Es que acabo de enterarme.

—¿Y vos creés que con ese siete de porquería vas a vencerme? ¡Tomá! ¡Un as y me llevo todo!

—¿Papá? ¿Me está escuchando? Que nos vamos de viaje.

—¡Ajá!

—¿Qué?

—Un tres, a ver si te da para una escobita...

—¿Papá?

—¿Y adónde sería?

—A Cartagena.

—¡Ah, muy bonito!

—¿Le gusta?

—El señor cree que puede hacer lo que quiera, ¿no?

—¿Qué dice?

—Resulta que como estoy viejo, el señor puede hacer lo que quiera.

—Pero no, papá...

—Le advierto, mi amigo, que este viejo se caga, pero no lame aserrín, ¿estamos? Si usted cree que con ese rey va a hacer juego, se equivoca. ¿Ve? ¡Un seis! ¡Me lo



llevo! ¡Y escoba!

—¡Papá! ¡Pare con eso! ¡Míreme, que tengo que hablarle!

Elviejo levantó los ojos un poco fastidiado, pero no soltó los naipes. Hizo una seña al contrincante imaginario para que esperara, como quien dice «Un momento, voy a atender a este pesado y vuelvo», y luego giró hacia su hijo, que se había agarrado la cabeza con las manos todavía enguantadas.

—¿Qué pasa? ¿No ves que estoy en medio de un juego?

—Escúcheme, nos vamos de viaje, a Cartagena, a Colombia, ¿le gusta? Es invitación del diario. Me mandan para hacer una entrevista y les dije que sin usted no iba. ¿Qué le parece? Una semanita en el Caribe, hoteles buenos, comida... ¿le gusta? ¿Qué dice, eh?

—Una entrevista... ¿al tipo aquel, el que escribía? ¿El Pastor? ¿El loquito?

Rossi se irguió, sorprendido. Jamás hubiera pensado que su padre recordara aquel apellido. De hecho, no se había mostrado orgulloso cuando su hijo se convirtió por unos días en una especie de héroe de la prensa. Apenas lo había felicitado. Rossi, dolido, había optado por ignorar su indiferencia.

—Sí, el que escribía. Pero no estaba loco...

—Eso decían todos, que era un pobre chiflado. Todos salvo mi hijo...

Rossi vio cómo la mirada, que antes había adquirido el brillo de la lucidez, volvía a ensombrecerse. Elviejo tiró un naipe sobre la mesa y regresó a su partida.

—Es tu turno, a ver si podés matar esto. No conocés a mi hijo. Es el que le hizo la entrevista al Pastor ese. Mi hijo se fue solito por las de él y lo entrevistó. ¿Y sabés qué? El tipo resultó genial. ¡Yo qué sé si él escribió todo aquello! No lo sé. Es posible que haya querido un poco de atención... no, eso no lo sabrá nadie nunca, pero la entrevista de mi hijo fue una belleza. ¿Querés leerla? Tengo una copia. ¿Prestártela? No, pero podés leerla acá. Mi hijo es un gran periodista; pobre, se le murió la mujer, los hijos no sirven ni para avisar si llueve, él es un gran periodista, pero en el diario nadie se lo dice... yo tampoco. ¿Y qué me mirás? ¡Jugá, dale!

Cambió de silla y se acomodó el pañal. Rossi volvió a pensar en Alena.

—Entonces, papá, ¿vamos?

—Sí, vamos, vamos. Y ahora dejate de joder que con este no puedo distraerme.

## IV

—Permítanme el pasaporte, señores. ¡Tony, las maletas!

Rossi cedió la suya, pero Elviejo se aferró a sus bolsos con tanta violencia que el botones no insistió.

—Un baño —dijo.

—Enseguida, señor, ya mismo los acompañan a la habitación...

—Tengo que ir al baño ahora —lo dijo suavemente, con los dientes apretados.

Rossi entendió y miró al hombre de la recepción con una sonrisa de súplica.

—Si hubiera un baño aquí abajo...

—Claro, señor. Tony, acompaña al señor, por favor.

—¡No! —gritó Elviejo—. Usted dígame dónde es, que yo voy solito.

—Pero, claro, como guste. Siga por ese pasillo, el de las columnas, ¿sí, ve? Donde están las maticas... —se dirigió a Rossi como si Elviejo fuera un imbécil que no merecía el comentario—. ¿Bellas, cierto?

Elviejo estaba impaciente y Rossi comenzaba a desesperar. Sabía que aquello podía terminar de la peor manera.

—Siga por el pasillo, el de las columnas y las maticas, como le decía, y luego doble a la izquierda. Si alguien le pregunta para dónde va, usted le dice que es huésped, o mejor, espere que le coloco la manillita.

Elviejo vio con horror cómo el hombre le acercaba a la muñeca una pulserita de goma verde.

—¡No se le ocurra ponerme eso!

—Es para su comodidad, señor. La llevan todos los huéspedes. Le da derecho a...

Elviejo lo dejó con la palabra en la boca y enfiló hacia el corredor de las plantas con el más pequeño de los bolsos a cuestas. Rossi se disculpó y terminó de hacer el registro muerto de vergüenza. El otro insistió con las pulseritas que a Rossi también se le antojaban ridículas.

—Démelas. Ya nos las pondremos más tarde.

—Le advierto, señor, que para usar las instalaciones del hotel las deben llevar siempre puestas.

—Claro, cómo no. Le agradezco. ¿Qué habitación me dijo?

Rossi se alejó unos pasos del mostrador pensando en el absurdo detalle de las pulseritas. En eso estaba cuando, de pronto, como si hubiera recordado por qué estaba allí giró y se acercó al conserje.

—Disculpe. Necesito ubicar a un señor... Pedro Ángel Pastor. No sé si usted podría...

—¿Buscó en el directorio?

—La verdad es que iba a hacerlo más tarde. Pero quizá usted... hace mucho que no lo veo.

—Pastor... no, señor, no conozco a nadie con ese nombre, qué pena, ¿y a qué se

dedica?

Rossi iba a decir que era escritor, pero le resultó una exageración. Era probable que después de aquel escándalo Pedro Ángel Pastor no hubiera vuelto a escribir.

—Lo vi solo una vez y hace mucho de eso. Un señor de unos ochenta años, quizá un poco menos...

—Qué pena, señor, no, no sé... déjeme averiguarle y ya le digo.

El conserje desapareció tras una puerta y Rossi miró el reloj como hubiera podido mirar cualquier cosa, un gesto mecánico para ocultar la ansiedad. El directorio telefónico, claro, cómo no se le había ocurrido. Por allí debía empezar. La búsqueda en Internet había sido infructuosa. No existe, le había dicho uno de sus compañeros, si no está en la Wiki, no existe. Rossi detestaba aquello. Había hecho la búsqueda, de todos modos. Aunque cabía la posibilidad de que la hubiera hecho mal o a medias. El conserje volvió un par de minutos después. Sonreía. Rossi sabía que eso no significaba demasiado. En Cartagena todo el mundo sonríe.

—Está de suerte. Imagínese que el cocinero sí lo recuerda.

—¡No diga! —Rossi enderezó el cuello como cada vez que sentía que su olfato periodístico había dado en el blanco—. ¿Y sabe dónde encontrarlo?

—Qué pena, señor, ni idea... hace años que nadie sabe de él. Y que tampoco se lo nombra —bajó la voz como para una confesión—. Parece que el tal Pedro Ángel tuvo que irse de Cartagena.

Rossi se desinfló en un suspiro.

—Pues hasta ahí llega el cocinero. Dizque hubo mucho enredo hace años y que el Pedro Ángel no es bien visto por estos lados. ¡A la fija fue lío de faldas!

Rossi hubiera querido explicarle que se había tratado de un lío de pantalones, pero el súbito cambio de la euforia a la desazón lo dejó exhausto. Por el corredor vio avanzar a su padre con idéntica expresión de agotamiento.

—Vamos a descansar, papá.

Elviejo señaló las pulseritas que Rossi llevaba enganchadas al meñique.

—Antes me corto las bolas, ¿entendiste?

\*\*\*

—¿Quién paga esto? —preguntó Elviejo al día siguiente durante el desayuno.

—El periódico, pero no pagan, lo canjean por algo, publicidad, seguramente.

—¿Y los pasajes?

—Tampoco. Quédese tranquilo, papá. La gente con plata casi nunca usa dinero. Tienen otras formas de pagar.

—No digas, ¿en serio?

—Con favores, por ejemplo.

Elviejo ya estaba en otra cosa y se había desentendido de la conversación. En su plato había frutas de todo tipo, pero no las comía. Se entretenía cambiando su

disposición y jugando con los colores como si los estuviera mezclando en la paleta. Eran casi las diez y el salón del hotel hervía. De fondo, sonaba la voz cantarina de Joe Arroyo.

*En los años 1600, cuando el tirano mandó las calles de Cartagena, aquella historia vivió...*

Rossi se acercó a la gran mesa. Una señora de lo más encopetada se quejaba con otra de la inconveniencia de una canción como esa en un hotel de tanta categoría. A Rossi le pareció una exageración. A sus oídos, la canción era perfecta para ambientar el lugar. Aun así, una veloz asociación le trajo el pensamiento fugaz de que las pulseritas no iban bien con un sitio como ese, donde los huéspedes preferían pasar inadvertidos y no ser identificados en cualquier parte como vacas marcadas.

En eso andaba cuando, distraído, estuvo a punto de servirse una rodaja de pan. Sonrió. En los antiguos tiempos, no se permitía probar la comida típica durante los viajes de trabajo. La restricción era un recordatorio de que no había ido a hacer turismo. Mientras sus colegas se daban grandes panzadas y bebían hasta quedar por el piso, Rossi mantenía las formas. Eso era, a su modo, ser profesional. Pero esta vez iba a ser diferente. Levantó el pan con una pinza y lo detuvo un instante en el aire. Volvió a apoyarlo en la fuente. Caminó hasta el centro de la mesa y tomó un plato limpio. Le vinieron unas súbitas ganas de probarlo todo, como si el mundo se fuera a terminar ese día.

*... esclavitud perpetua... un matrimonio africano, esclavos de un español, él les daba muy mal trato, y a su negra le pegó, y fue allí, se rebeló el negro... No le pegue a mi negra...*

Se sirvió unos huevos revueltos, unas tajaditas de algo que parecía plátano verde y una carne guisada con tomates y cebollines. Luego vio unas verduras salteadas que no pudo reconocer y se sirvió un poco. Tomó una cazuelita y preguntó al camarero por una especie de sopa que olía a paraíso. ¿Sopa en el desayuno? Sí, sopa y lo que se le ocurriera. Por una vez iba a dejarse guiar por las tripas y no por la cabeza. El mozo se permitió darle un consejo.

—Yuca, señor. Yuca y ñame cocido. Pa' chuparse los dedos —y se besó la punta de las yemas mientras sonreía—. ¿Le sirvo? —sin esperar la respuesta, ya le estaba sirviendo—. Una delicia. Le puede agregar un poquito de suero.

—¿Disculpe?

—Suerito, ¿ha probado? ¿No? Échele un poquito también. Y, si quiere, le agrega unas goticas de limón —el camarero se mostraba tan entusiasmado que a Rossi le abrió el apetito—. ¡Ah! Y no se le olvide probá una buena arepa de huevo. Yo se la pido al *chef*. Déjeme que le colabore. Sírvase, nomás, que yo le voy haciendo el pedido y se lo alcanzo a la mesa. ¿Una carimañolita? Pruébela. Le va a encantar.

—Le agradezco —dijo Rossi, ahora con hambre de lobo—. Mi sitio está junto a la ventana, donde el señor... —miró en dirección a su mesa, pero su padre no estaba—. Un señor con camisa celeste, ¿lo ha visto? Un señor mayor que estaba conmigo.

—Seguro iría al baño. Si quiere, me fijo.

*... esa negra se me respeta... que el alma, que el alma, que el alma se me revienta...*

El mozo llevó la comida de Rossi a la mesa. El apetito había desaparecido. De todos modos, tomó las tajaditas con la mano. Estaban crocantes. Pesadas para esa hora de la mañana, pero deliciosas. Qué bien había hecho en dejar aquel pan insulso. Y qué estupidez la suya hasta ese momento. ¿De cuántos manjares se había privado? ¡Cómo juzgaba a sus compañeros cuando los veía disfrutar a pleno mientras él se recluía en la habitación a teclear lo que había recogido durante el día! ¿Por qué aquella exageración, aquel miedo a que alguien pensara que estaba malgastando el dinero del periódico dándose un banquete en un viaje de trabajo? ¿Y cómo no se le había ocurrido antes que estos detalles también eran parte de las entrevistas? ¿Que podía haberlas sazonado con estos sabores y estos olores? Cuánta equivocación, se dijo Rossi, pero quizá podía enmendarlo ahora. Iba a probar todo y después ya vería cómo darle buen uso al momento de escribir. Se llenaría la barriga y luego almorzaría si tenía ganas en el momento. O no. Podía hacer lo que quisiera. Si no almorzaba, pensó, dispondría de más tiempo para buscar a Pedro Ángel Pastor. Antes, debía encontrar a su padre. ¡Joder! ¡Cómo si no tuviera suficiente con el otro viejo!

El mozo volvió al instante y negó con la cabeza.

—¿En la habitación, quizá?

—No lo creo, tengo la llave conmigo —y le mostró una tarjeta magnética.

—¿Y al otro señor no le han dado su llave?

Rossi omitió explicarle que se había guardado la llave de su padre. Era una manera de controlarlo. Y también, ahora se daba cuenta, de complicarse la vida. Tenía que solucionar eso. No podía estar pendiente de él. Si se perdía, alguien se encargaría de traerlo. Claro que era improbable que Elviejo recordara el nombre del hotel. Rossi resopló con rabia. Si había salido por su cuenta, andaría perdido dando vueltas por la ciudad, asándose al sol sin sombrero y dejándose pescar por los vendedores de esmeraldas que lo interceptaban a uno en la calle, lo metían en las tiendas y lo abrumaban con tanto catálogo y tanta piedra que uno acababa comprando algo. Había que ser Houdini para librarse de ellos. Le alivió pensar que su padre no llevaba dinero.

—Si el señor quiere, puedo...

—Está bien, no se preocupe. Habrá salido a dar un paseo.

Rossi dejó la mitad de la comida. Preguntó en la recepción si habían visto salir a su padre. Nadie sabía nada, pero no significaba mucho en un hotel tan grande con gente que entraba y salía, más en aquel momento cuando la ciudad era anfitriona de un encuentro literario y bullía de escritores, editores y agentes. La recepción era un verdadero centro de negocios. La literatura también tenía su parte comercial. En las reuniones de trabajo poco se hablaba de libros. Allí el tema eran derechos, contratos, números de ventas. Rossi distinguía a algunos escritores apoltronados en las sillas de

mimbre, copa en mano, riendo más allá de cualquier pose de intelectual atormentado. ¡Al carajo la antigua bohemia!, pensó Rossi. Estos sí que se la pasan bomba.

Los intelectuales ocupaban el tercer puesto en su lista de despreciados. ¿Y qué significa, después de todo, ser un intelectual?, se preguntaba Rossi. ¿Quién los nombra? ¿Dónde se estudia para eso, eh? Una caterva de vagos, eso son. Savater lo admitió en su biografía: «En el comienzo estuvo siempre mi firme propósito de no trabajar». Al menos él sí fue honesto. Porque no le llames trabajo a pasarse el día de seminario en reunión, de reunión en congreso, escuchándose entre ellos, horas encerrados recitando las mismas conferencias que vienen refritando por años y con las que dan la vuelta al mundo. Hay que verlos fingir agotamiento después de una sesión soporífera en la que se van turnando para desaparecer discretamente, mucho más si toca después del almuerzo y el vinito ya empieza a hacer su efecto. ¡Si los conocería! Venden papelitos de colores, se palmean entre ellos, coleccionan doctorados y se los echan a los otros en la cara como niños que se juntan en cualquier callejón para medirse la verga. Claro que aquí nadie se agrede de frente. Los serruchos operan en la oscuridad, en pequeños cónclaves de hotel o conspiraciones de mensajes electrónicos y redes sociales. En esas ollas podridas se cocinan los nombramientos, las designaciones, los viajecitos, las comilonas. Porque no es cierto que los intelectuales pasan hambre, no, señor. Pueden venir de abajo, incluso pasarla mal cuando vuelven a casa, vivir con austeridad, andar con la ropa raída, sacrificar a la familia, pero en los viajes, no, qué va. No hay más que ver dónde organizan los congresos. París, Río, Bruselas, ¡Cartagena! ¡Cartagena, el sitio perfecto! Sol, rumba, buen trago y mujeres bellas. ¡Jodidos intelectuales! Olvidan sus causas, sus ideales, y trabajan para su propio proyecto, esto es, conseguir el próximo viajecito, los viáticos que ahorrarán porque siempre acaban comiendo de arriba, agregando páginas a sus currículos que, bien mirados, son la repetición de una única escena contada de distinto modo. Méritos fraguados en la forja de una mafia del pensamiento, que no roba ni mata, pero que tampoco sirve para nadie ni para nada. Para nada más que ellos y su propósito firme de no trabajar. En eso sí que se ponen de acuerdo.

Rossi no estaba seguro de que todos fueran iguales. ¿Un escritor es un intelectual? No, salvo que un día empiece a creérselo. Ese día está terminado, pensaba Rossi. Al diablo la imaginación, la creatividad, la magia. Se lo traga el sistema. Los compromisos ideológicos, las reuniones académicas, los homenajes que, poco a poco, se convierten en su jaula. Barrotes en lugar de laureles. Y luego había que cumplir, estar a la altura, reunirse con poderosos, codearse con políticos — ¡políticos!, el segundo lugar en la lista de Rossi, mejor ni pensar en ellos—, hacer *lobby* para que tal o cual recibiera un premio, o para que jamás se lo dieran. Firmar contratos, comprometerse a escribir incluso sin ganas, alejarse de sus lectores, cansarse de sus lectores. ¡Cómo podía un escritor negarse a firmar autógrafos, no responder cartas! ¿De dónde has salido, escritita? ¿Cuánto hubieras dado hace unos años por tener la milésima parte de esto? ¿Y ahora? Ahora te has acostumbrado.

Mareado, confundido, tan lejos de aquella pureza cuando todavía respetabas tu escritura. Un escritor debía preservarse de aquel circo. Pedro Ángel Pastor lo había hecho.

Rossi atravesó el vestíbulo de arcos y columnas en cuyo centro crecía un árbol cuajado de flores amarillas. Las ramas carnosas trepaban hasta el tercer piso y se enredaban en los balcones. Por las noches, la fragancia dulce de aquellas flores acunaba el sueño. Rossi lamentó que hubieran flanqueado los pasillos con velas aromatizadas. Aquello le daba un toque místico al lugar, un aire colonial, quizá, o un aura de religiosidad propia de la antigua función del edificio. Pero resultaba una puesta en escena tan artificial como innecesaria, que nada tenía que ver con la sensualidad que flotaba en el aire, esa lujuria contenida y siempre a punto de explotar en el roce de una piel morena, el olorcito que desprendían aquellas mujeres, exultantes, tan hembras... Alena. Tres décadas después, ¿qué habría sido de ella?

Hacía calor y Rossi se alegró de haber optado por unas bermudas. Siempre hacía calor en Cartagena. El clima ideal para un enclave turístico, pensó.

En cambio, allá en el sur de donde venía, con esa ciclotimia de veranos bochornosos y fríos inviernos que dejaban las ciudades turísticas convertidas en pueblos fantasma... En su país, la infraestructura estaba pensada para la temporada de playas que, cada vez, duraba menos. Parecía razonable que pocos se animaran a invertir en emprendimientos para todo el año. A excepción de algún hotel con casino y la oferta termal del norte, el resto se limitaba a recibir turistas durante enero y febrero. Sin inversión, la calidad bajaba. Con menor calidad, también venían menos turistas. El círculo era perverso.

En la explanada frente al hotel habían dispuesto mesas, sillitas y sombrillas. Unos grandotes rubios desayunaban a su sombra. Salvo ellos, que tenían toda la pinta de venir del frío y estarían gozando como locos del solazo, a nadie más se le ocurría achicharrarse a esa hora. Por la noche, cuando encendían las luces de la ciudad y el hotel recuperaba algo de su antigua magia conventual, era una delicia sentarse allí.

A pocos metros, en el baluarte de San Francisco Javier, anunciaban para la tardecita una conversación pública con el gran Carlos Fuentes. Después venía un debate acerca de Julio Cortázar entre Daniel Samper Pizano, Juan Gustavo Cobo Borda y una escritora uruguaya cuyo nombre a Rossi no le decía nada. Se apenó por eso. ¡Somos tres gatos y qué poco nos conocemos!, se dijo. Ya estaban disponiendo las sillas de madera para los asistentes y un pequeño estrado con sillones blancos rodeados por palmeras jóvenes plantadas en macetas. A las siete, tomó nota Rossi y se dijo que sería agradable escuchar a Fuentes en la fresca penumbra del viento caribeño. Ahora comenzaba a apretar el bochorno y se amparó en la sombra de un balcón para aclarar las ideas. Lo primero era encontrar a su padre.

Caminó hasta la iglesia de San Pedro Claver. No la recordaba de su última visita. De haber estado acompañado, se habría permitido el mal chiste de preguntar si era una construcción nueva. Se avergonzó de su pésimo sentido del humor. En cambio,

su padre en las buenas épocas era imbatible. Rossi estaba seguro de que Elviejo había sabido usar aquella arma de seducción como nadie. Tres esposas y, en el medio, ¿cuántas mujeres? Rossi recordaba a algunas. No con rasgos claros, sino más bien identificadas con sentimientos. Para Rossi aquellas mujeres no tenían rostro ni cuerpo, pero significaban alegría, ternura, a veces, miedo a un segundo abandono. Sí, el buen humor de su padre, la capacidad de hacer una gracia con cualquier cosa y, a la vez, no resultar pesado como esos idiotas que no paran de hacer chistes y obligan a los demás al esfuerzo de mantenerles la sonrisa durante un almuerzo completo. Elviejo era un *gentleman* hasta en su fino humor. Ahora la fineza se había convertido en acidez.

Rossi se detuvo un instante ante la fachada de piedra y entró. «Pedro Claver», leyó en una placa, un jesuita que en el siglo XVII luchó por la dignidad de los esclavos. Ante el altar mayor, donde se guardan sus restos, Rossi recordó que aún no había decidido qué hacer con sus cenizas. Ni siquiera sabía a quién pedirle el favor. «Esclavo de los esclavos», leyó en alguna parte. ¿Esclavo de quién, Rossi? Del pasado, eso estaba claro. Pero, sobre todo, esclavo de una culpa, una culpa tan grande que desde hacía años consumía su vida completa. Rossi vivía pidiendo perdón. El resto —en especial, su familia— lo había entendido y se aprovechaba. Rossi empezaba a cansarse. Cambió súbitamente de pensamiento: ¡Esclavo de un loco!, se lamentó. ¿Dónde se metió este viejo?

Salió al calor insoportable. El tiempo y el salitre habían descascarado los muros y dejado a la vista la mezcla de corales y ladrillos. Junto a uno de esos muros unas mujeres vendían fruta. Las tres de turbante y pendientes hasta la base del cuello, negras hermosas de caderas anchas y mirada pícara. La más vieja llevaba una blusa con los colores de la bandera. Rossi dio una rápida mirada a las fuentes repletas de mangos, papayas, sandías y pomelos. Pidió sandía. La mujer lo miró sin entender. Rossi le señaló la fruta.

—¡Paaaatiillaaaaa! —gritó la mujer divertidísima y cortó una tajada con una navajita—. Aquí tienes, bonito, pa' ti, bien sabrosa.

Rossi le extendió el dinero y la mujer se lo guardó en el escote. Al acercarse lo invadió el olor de la piel que brillaba al sol del mediodía. Hasta el sudor les queda bien a estas mujeres, pensó.

—Estoy buscando a un hombre mayor, mi padre, camisa celeste...

Las mujeres se miraron y sonrieron. Rossi creyó que el mundo se pulverizaba con aquellas sonrisas. No eran dientes perfectos, pero no podía haber sonrisas más francas que esas. Son felices, pensó Rossi. Todo el mundo aquí es feliz.

—¡Ni que fuéramos cotorras p'andá con cuentos! —dijo una y lanzó una carcajada estrepitosa.

—¡Tú, más que cotorra, maría mulata! ¡Por lo negra! —gritó la más joven y ahora la carcajada fue general.

Rossi sonrió por compromiso.



—Y también busco a otro hombre, un tal Pedro Ángel Pastor...

La risa se interrumpió. La mayor se santiguó, negó con la cabeza y dijo unas palabras que Rossi no alcanzó a entender. Aquellas mujeres no sabían nada de su padre. Quizá sí de Pedro Ángel Pastor, pero era obvio que no iban a contarle. Se despidió y siguió rumbo a la Plaza de la Aduana.

En el ir y venir de la gente era fácil reconocer a los turistas. Rossi se colocó al amparo de la sombra de un balcón. Admiró el estado de conservación del lugar y se preguntó por qué en su país no podían hacer algo parecido con su decrepita Ciudad Vieja. Durante unos segundos, mientras observaba los carruajes tirados por caballos y la preciosura de aquellos edificios antiguos —que en su época habían servido como sedes para el comercio y donde ahora estaba la alcaldía y las filiales de algunos bancos—, Rossi pensó que mucho había cambiado en los últimos cinco siglos, pero la matriz de la dominación se mantenía. América Latina era el continente más desigual y la desigualdad seguía pegando a los mismos. Los turistas eran los que tenían el dinero. Los lugareños seguían sirviéndolos.

Terminó su sandía. Al instante volvió la sed. Tenía la ropa empapada y sentía la necesidad de una ducha. Desanduvo sus pasos rumbo al hotel.

Fue hasta la habitación. Los bolsos de su padre estaban allí. Uno lleno de ropa. El otro, de pañales. Recordó cómo unas horas antes, al bajar al desayuno, su padre se había guardado dos en el morral que siempre llevaba colgado. Dos pañales, pensó Rossi y, como una madre que hace los cálculos de supervivencia de un hijo perdido, se dijo que hasta la noche aguantaría. Pero no iba a esperar tanto. Un hombre senil perdido en una ciudad, por amurallada que estuviera, constituía un peligro. Pidió en recepción que le indicaran cómo hacer la denuncia en la policía. En pocos minutos, recibió una llamada.

—Ochenta y ocho años, pero aparenta diez menos. Espaldas anchas, alto, ¿cuánto?, calcule un metro ochenta, piel blanca, tostada, canoso, casi calvo, ¿anteojos?, no, ve mejor que usted y yo, le aseguro. Camisa celeste, pantalón, si mal no recuerdo, *beige*, no qué digo, hace mucho que no usa pantalones claros, no lo sé, pero es posible que llevara un pantalón vaquero. Tendría que fijarme qué calzado falta en su equipaje, pero serán mocasines de cuero marrón o negro. Miguel Rossi, con doble s, a la italiana, sí. Jubilado, pero ¿qué tiene que ver eso? Entiendo, sí, claro... Pintar, es pintor, no profesional, pero es lo que... bien, le agradezco. Si no estoy en mi habitación, ¿podría dejarme el mensaje abajo? No, móvil no tengo... Perfecto. Muy amable. Se lo agradezco muchísimo. Hasta luego.

Rossi apagó el aire acondicionado, abrió las ventanas y se tumbó en la cama con las piernas y los brazos abiertos, como crucificado a las sábanas. Cerró los ojos y olió con deleite el perfume que llegaba de afuera. Sintió el ligero placer de algo parecido a un descanso y deseó quitarse de encima todas las responsabilidades, su padre, la dichosa entrevista. Deseaba estar allí por el gusto de estar, nomás. Después de una vida de trabajo se había ganado ese derecho. Me estoy poniendo viejo, pensó y dio

vuelta la almohada. De inmediato, como si lo hubiera alcanzado un rayo, hizo un ademán brusco y la giró de nuevo. Recuperó el incómodo calor de la tela. No estás aquí de vacaciones, se dijo. Pero el cansancio pudo más y no tuvo fuerzas para levantarse.

## V

Era inevitable recordar. El olor del aire le avivaba la memoria. Era el olor de Alena. Lo reconocería entre miles. Treinta años hacía. A él le faltaban dos para cumplir cuarenta. Nunca había creído en las crisis. No en un hombre como él, un tipo que se preciaba de ir siempre derecho, sin concesiones, lejos del engaño y la mentira. Confiaste, Rossi, te tuviste demasiada fe. Creías que eras mejor que tus colegas, pero no. Estabas hecho de la misma materia. Solo que ellos se habían adelantado, nada más. Era cuestión de tiempo. Nunca te permitiste ir al fondo de tus miserias, de tus miedos. ¡Cobarde! Si alguna vez te hubieras asomado, habrías visto que no eras tan diferente a los otros. Los otros. Tus compañeros de trabajo, la morralla, como te gustaba llamarlos para sentirte superior. Puro complejo, Rossi. No eras mejor que ellos.

Vivías juzgándolos, señalándolos. Eras un delator. ¡Cuidado con los tipos como vos! ¡Dios nos salve de los cruzados del bien que van a la caza de infieles! Los delatabas. Ni siquiera te cuestionabas que estuviera mal hacerlo. Tampoco reclamabas recompensas. No recibías dinero. No te ascendían. Era por tu propio sentido de justicia. Rossi, el justiciero. Querías depurar el periódico de miserables, de advenedizos, de chupatintas.

¿Y quién juzgaba, Rossi? Vos, vos eras el juez. Lo hacías en silencio. No te involucrabas demasiado. Nunca salías con ellos ni compartías su mesa en la cafetería. No fingías ser su amigo. Creías que eso te preservaba de ser un traidor. Que el mantenerte a distancia era tu escudo. Solo observabas, tomabas nota. Luego, la delación. Aquel que se guardaba los viáticos. El otro que aceptaba coimas de un empresario. El que iba a almorzar una vez por semana con la diputada. El que se acostaba con la diputada. El que vendía primicias a la competencia. El que no tenía prurito en dar los nombres de las fuentes. El que mentía por encargo. El que se iba de juerga en los viajes. El que se hacía escribir los artículos por su amante. A todos les diste caza, Rossi.

Y todos en algún momento pagaron. No siempre los despedían. En algunos casos convenía mantenerlos, pero los de arriba estaban sobre aviso, sabían dónde apretar, sabían que, llegado el caso, tenían argumentos en contra. En general, a la hora de la patada, la mayoría se contentaba con un subsidio por despido y una salida silenciosa. Y vos te enojabas cuando el castigo no era inmediato. No entendías que los de arriba también estaban hechos de lo mismo, que todos están hechos de lo mismo, que es la naturaleza humana, Rossi, y que vos eras apenas un peón en aquel tablero. Te decías que era por la profesión, por la pureza de la profesión, la profesión más noble del mundo, el pilar de las democracias, la voz de los débiles. Te sentías el abanderado de la verdad, pero eras un traidor. Eras el peor de todos.

Si hubieras estado alerta, te habrías dado cuenta de que era cuestión de tiempo. Quien traiciona, traiciona siempre. Antes o después, pero siempre. Está en su esencia.

Te creíste inmune. Vos, que ni siquiera te dabas cuenta de que tu misión de justiciero era la peor de las traiciones, no pudiste ver que también ibas a caer. El vivo del batallón. El incorruptible. El derecho. Esos son los más sencillos, un bocadito. Y vos estabas a punto de caramelo.

Entonces alguien comentó que en Cartagena un hombre acusaba de farsante al reciente Premio Nobel. Un hombre que decía ser el dueño de las ideas que el otro había llevado a la gloria. No era una gran noticia, Rossi. No te engañes. El periódico no iba a costear un viaje para entrevistar a un loco cuyos reclamos pronto se olvidarían. Eran malos tiempos. Uruguay venía de una devaluación tremenda y había más deudas que dinero. Eran los estertores de una dictadura que ya llevaba más de una década y la dirección del periódico había decidido poner toda la carne en el asador. El asador no era la cultura, precisamente. La política lo inundaba todo. En nada más invertirían.

Pero vos lo olfateaste y ese mérito no te lo saca nadie. Instinto puro. Los buenos periodistas tienen eso. Pediste licencia y allá te fuiste, a la nada. A probarte. Porque estabas en plena crisis existencial, necesitabas oxígeno, salir de tu casa, de tu rutina. Necesitabas aventuras, un mundo nuevo. Saliste a buscar a un hombre que nadie había visto y del que solo te había llegado un rumor ligero. Un rumor y un nombre, Pedro Ángel Pastor, un nombre que parecía sacado de una novela.

Ahora sabés por qué lo hiciste. Desde hace tiempo lo sabés. Huías. Te había pegado la crisis de los cuarenta. Esa misma de la que tanto te burlabas cuando veías a tus compañeros enloquecerse con muchachas jóvenes y mandar al diablo a su familia por una calentura que a veces duraba un verano. Hacían todos los papelones juntos. Se cambiaban el peinado, se perfumaban, pedían adelantos, compraban una moto y hasta caían en el ridículo de las camperas de cuero. Recuperaban por un tiempo el brillo en la mirada. Volvían a sentirse jóvenes. Algunos navegaban en el remordimiento y se partían en dos cuando regresaban a casa y sabían, porque eso se sabe siempre, Rossi, que estaban traicionando lo más querido, haciendo sufrir, convirtiéndose en unas mierdas. Pero entonces pensaban en la felicidad que les proporcionaba aquella carne fresca, cómo se sentían cuando cogían como adolescentes, cómo se les calentaba la sangre cuando no había caras agriadas ni reclamos, no, qué va, había solo caricias y palabras que los hacían recuperar aquella virilidad perdida a fuerza de esfuerzo y rutina. Porque levantar una familia significa esfuerzo, Rossi. Y desgasta.

A los cuarenta un tipo todavía está joven y no quiere ser tironeado por esa vejez anticipada que le devuelven los ojos resentidos de su esposa. No. A ese tipo todavía se le para. Es un semental, tiene hijos. Eso les gusta a las jóvenes. Un macho probado. Entonces esos machos salen de caza. Pero casi siempre los cazados son ellos. Y es tan fácil. Basta con hacerlos sentir importantes, admirados; basta con restituirles un poco de la hombría y, sobre todo, aunque sea al principio, liberarlos de cualquier exigencia. Pura ilusión. Eso termina mal siempre. Y todos sufren. Salvo los

cínicos, los putañeros contumaces. Pero el resto, el que se tira de cabeza tras una ilusión o incluso se enamora, esos sufren, siempre sufren y el final está cantado. A todos los despreciabas. Por idiotas o por hijos de puta, qué asco te daba su debilidad.

Ya empieza a volverse insoportable el recuerdo, ¿verdad, Rossi? Pero no vas a detenerlo. Para que duela. Para mortificarte como lo has hecho en los últimos treinta años. No te hace sentir mejor, pero es algo. Al menos privarte del derecho a cualquier misericordia. Esa es tu forma de castigarte. Por eso, ahora que desataste el nudo, no te vas a detener. Como tantas veces, vas a ir hasta el tuétano. Vas a recordar cada instante, cada grito, cada lágrima y también cada caricia, cada beso. Y luego vas a renovar tu perenne convicción de ser una basura, una bosta que ni siquiera para abono sirve. Ese remordimiento que te quema es lo que te mantiene vivo. Es lo que te ha salvado del tiro o de la ventana abierta. Vas a vivir y a recordar porque así sufrirás hasta el último día.

Estabas cerca de los cuarenta y todavía no habías hecho nada importante. Eras un periodista correcto, tu firma tenía algún valor, pero nadie iba a darte un Pulitzer por eso. Sentiste la amenaza de la mediocridad. Y no solo en el trabajo. En casa también lo importante estaba hecho y empezaba el lento camino hacia la vejez, a la que llegarías de la mano de tu esposa, solo para ver cómo crecían tus hijos y, quizá, tus nietos. Envejecer juntos. Te supo a poco, Rossi. Te quedaba chico aquel mundo de seguridades. Vos sabías que podías dar más, pero ellos no lo veían. Ni en el diario ni en casa se daban cuenta. No te valoraban. Para ellos, ya habías llegado a tu techo.

Oíste hablar de Pedro Ángel Pastor y, como una revelación, supiste que algo podría cambiar en tu vida. No sabías qué, pero aquel rumor del que todos se reían era para vos la promesa de algo. Si hubieras tenido los huevos para decirte que te importaba un bledo el tipo aquel, que lo único que de verdad y con desesperación querías era huir. Huir de tu vida. Y que aquello te daba la oportunidad de irte lejos.

Entonces vino aquel arrebato que nadie entendió. Ni siquiera vos lo entendías. Te habías aferrado a una meta: entrevistar a Pedro Ángel Pastor. Y te entregaste a eso como si de aquel encuentro dependiera la paz del mundo o el ciclo de las mareas. Nadie entendió. Ni siquiera vos. En el periódico te dieron la licencia, quince días. Y en casa ella levantó los techos con sus protestas porque no comprendía cómo eras capaz de gastar el ahorro para las vacaciones en aquella patriada absurda que solo iba a dejarte con deudas. Quizá ella intuía algo con ese instinto bestial que tienen algunas mujeres. Quizá ella lo vio todo y quiso detenerte, aferrarse a vos y librar la última batalla. Quizá ella ya presentía que te estaba perdiendo. Por eso no entendiste, no pudiste entender cuando te preguntó, mientras cerraba tu maleta, si ibas a volver. ¿Qué pregunta era aquella? ¿No estaba claro que eras un hombre en viaje de trabajo? ¿Cómo pudo saberlo, cómo pudo verlo con tanta claridad?

Te fuiste. Pero no ibas a buscar a un tal Pedro Ángel Pastor, no. Ibas a buscarte a ti; ibas en busca del hombre que querías ser. Ibas a probarte, a medirte, a mostrar a todos cuánto valías. A enrostrarles que tenían, que siempre habían tenido enfrente al

periodista más sagaz, al tipo más recto, al mejor de los mejores, y que se les había escapado. No habían sabido cuidarte. Ahora no tenían derecho al pataleo.

Los días siguientes se mezclan en tu memoria y, conforme pasan los años, van apareciendo recuerdos nuevos. Otros se evanescen o se reacomoda la cronología para que ya no estés seguro de nada. O quizá, para que entiendas de una vez que la memoria no miente, pero trampea. Es una gran tramposa, Rossi. A veces se presenta condescendiente. Otras es un fiscal demoledor. Siempre distorsiona. Porque la memoria nunca nos pertenece. Cada hombre guarda apenas un fragmento, ¿se entiende? Y ese fragmento varía. Depende de cómo muevas el caleidoscopio, de cómo veas en los cristales tu reflejo, de cómo se organicen las otras piezas. Solo si pudiéramos reunir todas tendríamos una memoria completa. Habría que juntar los recuerdos de todos, considerar todos los puntos de vista. Una utopía. Incluso el más honesto no puede evitar que la memoria se acomode a su conveniencia. No sobreviviríamos de otro modo. La culpa nos mataría. Así que no creas que estás recordándolo todo. Es apenas lo tolerable. Un poco de flagelación para convencerte de que estás recibiendo tu castigo, pero nunca vas a decirte la verdad entera porque no la soportarías. Reventarías como un globo. ¡Paf! Nadie soporta la verdad de la memoria. Siempre se necesita un poco de autoindulgencia.

Alena fue aire en tu vida. Aire como este aire endulzado del Caribe que ahora entra por tu ventana. No era amor, qué va, cómo podía serlo. Estuvieron juntos apenas unos días. El amor necesita más para cuajar. El amor es cosa seria. Aquello era atracción, calentura, deseo. Se gustaban. Le gustabas, Rossi, y eso te hacía sentir bien. Pero, por sobre todo, ella te admiraba. Ella te restituía aquel honor perdido en tantos años de ninguneo. Te hacía sentir el más inteligente, el más importante, el más bello. Ella no exigía. ¿Y qué podía exigir? ¿Acaso ibas a pagar tú sus cuentas? ¿Acaso compartían hijos que tuvieran fiebre por la noche o a los que hubiera que llevar a la escuela? ¿Qué puede exigir una mujer que recibe a un hombre por unos días y sabe que después va a perderlo? Nada. Alena no exigía nada porque no podía. Y tú creíste que eso era la vida. ¡Estúpido! ¿No pensaste qué haría de ustedes el tiempo?

¿Cuánto duró? ¿Siete, ocho, once días? ¡Una noche! Apenas una noche. ¡Nada! Nada, Rossi. Y cómo te confundiste. Necesitabas tanto creer... Te hacía tan feliz aquella mirada... Te sentías tan fuerte... Ahora sí ibas a escapar a tu destino de mediocre. Ahora ibas a mostrar a todos que eras un hombre completo y el mejor de los periodistas. Aquella mujer te había dado las fuerzas, las ganas. O eso creías, idiota. Ninguna mujer es tan poderosa. Se necesita más para cambiar una vida.

Entonces volviste a casa y, mientras tu esposa deshacía la maleta y olfateaba tu ropa como un sabueso, sentiste que te asfixiabas. Que ibas a morir si no te ibas. Un pájaro prisionero por años que un día nota la puerta de la jaula abierta. Se lo dijiste, Rossi. Se lo descerrajaste en la nuca, la mataste por la espalda para no ver cómo el rostro se le deformaba en una mueca de dolor que no hubieras soportado. Ella siguió

sacando la ropa de tu maleta. Tiraba al piso la sucia y doblaba con exagerada parsimonia el resto. Como si no te hubiera oído, como si te estuviera dando una segunda oportunidad de pensarlo o de decirle que había sido una de tus pésimas bromas. Pero no aceptaste aquella piedad que te ofrecía. Te sentías tan poderoso, tan viril, eras el más macho entre los machos, el recuerdo de Alena te lo susurraba al oído desde lejos. Le dijiste la verdad sin delicadeza porque para vos eso era ser honesto. Que te ibas, Rossi. Y no fue necesario mencionar a Alena, porque tampoco pensabas volver con ella.

La casa se vino abajo. Vos estabas cada día más pletórico, pero tu mujer se consumía. Te odiaba y tenía motivos para hacerlo. Luego intentó seducirte. Una seducción de manual, una torpeza. Se denigró, se volvió tu sombra. Suplicó, gritó, golpeó. Era una batalla perdida porque la desesperación no hacía más que aumentar la brecha. Ni siquiera tus hijos bastaban. Los veías sufrir, temer tu abandono. El mismo que vos sufriste. Qué curioso. Ni eso te detuvo. Los veías sufrir y te molestaba ese sufrimiento. Pero entonces la culpa no bastaba para detenerte. Esos hijos eran el lazo que te unía a tu pasado y se habían convertido en un estorbo. Ya habría tiempo de extrañarlos y regresar con la cabeza gacha a suplicar su amor, a reconquistarlos con caprichos caros en salidas esporádicas de padre soltero. Ahora solo querías irte.

La entrevista a Pedro Ángel superó todas las expectativas. El periódico la vendió a varias agencias y durante días no se habló de otra cosa que de la historia de aquel hombre ignoto que reclamaba el Nobel y daba sus argumentos. Se vendieron los derechos para una película que jamás se hizo. Tu prestigio, Rossi, no tuvo techo y creíste que aquello era la señal de que la buena suerte había comenzado. Luego vino el premio y aquel manotazo desesperado del viaje. Un viaje para recomponer las cosas, para que la familia se reencontrara en un ámbito distinto y se refrescaran los vínculos. Ninguno de los dos se engañaba. Aquello era una despedida.

La mañana del accidente le dijiste que no volverías con ellos a casa. Ella no respondió. A veces, como ahora, cuando los sentimientos se mezclan y la memoria se vuelve una boca inmundada que escupe culpas, te preguntás si aquello fue un accidente. Si ella, como la versión oficial lo dijo, se durmió al volante o si fue una última maniobra para impedir que te fueras. Una manera terrible de que la familia permaneciera unida para siempre.

\*\*\*

Estaba casi dormido cuando oyó que golpeaban. Se sobresaltó como quien es descubierto en pleno delito. Recordó que estaba en Cartagena y que su padre se había perdido. Se ajustó el cinturón y corrió a abrir.

—¿Dónde se había metido?!

Elviejo le sonreía. Entró como un niño que ha hecho una travesura, pero que no reconoce la autoridad de nadie para reprenderlo. Mucho menos de un hijo. A Rossi le

llamó la atención que llevara puestas unas bermudas oscuras y una guayabera.

—¿Almorzaste? —preguntó Elviejo.

Solo entonces Rossi cayó en la cuenta de que se había quedado dormido y que ya eran las tres.

—¿Dónde estaba, papá? Casi me enloquezco. La policía está buscándolo.

Elviejo amplió su sonrisa.

—Ellos me trajeron.

—Pero cómo puede ser. Me di vuelta un segundo y ya no estaba. ¿Y si lo atropella un auto? ¿Salió sin documentos?

Elviejo metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja doblada.

—La fotocopia de mi pasaporte. ¿Vos trajiste?

Rossi se sintió descolocado. No, no había tenido la precaución de sacarle una fotocopia a su pasaporte. Una vez más, la lucidez de su padre lo sorprendía. Fue al baño y se lavó la cara. En parte, para sacarse el sabor de aquella rara duermevela.

—Escuche, papá, no estamos en nuestro país. Aquí nadie lo conoce y es más fácil perderse. Necesito tranquilidad para hacer mi trabajo. Yo tampoco soy un jovencito, ¿entiende? Me canso mucho, sufro el calor, todo me lleva más tiempo. Tengo cinco días para encontrar a este tipo y ni siquiera sé por dónde empezar.

—Teatro Heredia.

—¿Qué dice?

—Que está en el Teatro Heredia.

—¿Cómo es eso, papá? Busco a Pedro Ángel Pastor. Un hombre del que nadie quiere hablar. Los más jóvenes ni siquiera lo recuerdan.

—Te digo que vayas al Teatro Heredia.

—Pero, ¿a qué? ¿Qué hay en el Teatro Heredia?

—George Bush y los tres chanchitos. ¿Quién va a ser? ¡El que estás buscando! Bueno, yo te digo que está en el Teatro Heredia. Tuve un apuro, ya sabés. Me dejé entrar al baño, lavar la ropa y me prestó esta casaca...

—Guayabera, papá.

—Y las bermudas. Le dije que eran de marica, pero se las acepté porque no podía volver en pelotas. Estuvimos hablando y me mostró el teatro. ¿Querés...?

Llamaron a la puerta. Un policía se cuadraba en el umbral y, en lugar de la expresión adusta que Rossi hubiera esperado, sonreía. No hay pueblo más amable que el colombiano, pensó Rossi.

—Oficial Cerrillos, señor. Lo molesto por su padre. ¿Está aquí?

—Aquí lo tengo.

El policía se aflojó, aliviado.

—Se me escapó, señor. Estaba llenando un formulario en la recepción y... no entiendo cómo se me fue tan rápido, un hombre de su edad...

—¡La de su madre! —gritó Elviejo desde adentro. El policía amplió la sonrisa y extendió a Rossi el formulario de la denuncia.



—¿Me regala una firmita aquí, por favor?

—Mire, no sé cómo agradecerle... —se detuvo un instante y cambió el tono mientras firmaba—. Disculpe, una pregunta...

—Dígame.

—Pedro Ángel Pastor. ¿Le dice algo el nombre? Necesito encontrarlo.

—No le conozco, pero si quiere puedo averiguarle. Si me...

—No, no es necesario. Voy a buscarlo por mi cuenta. No se preocupe y gracias.

—A sus órdenes. Oficial Cerrillos...

Rossi tuvo la vaga sensación de que el policía esperaba una propina, pero no estaba seguro y temió ofenderlo. Lo despidió y volvió a sentarse en el borde de la cama, frente a su padre, que lo miraba divertido. La habitación estaba calurosa. No encendió el aire. Prefirió un ventilador de techo. Se colocó bajo las aspas durante unos segundos con los ojos cerrados, en silencio. Elviejo se sacó las bermudas y quedó en calzoncillos. Rossi no quería ver eso. Apretó los ojos.

—Se lo pido por favor, papá. Ayúdeme.

—¡Y qué carajo estoy haciendo!

## VI

Rossi hubiera salido corriendo en ese momento, pero no lo hizo. Elviejo se sumió en un sopor y no despertó hasta tres horas más tarde. Rossi no quería dejarlo solo. Además, tenía varias preguntas que hacerle antes de ir al teatro. Era probable que fueran puras fantasías de su padre, que su mente enferma hubiera inventado lo de Pedro Ángel Pastor. No podía ser tan fácil. Es cierto que la zona histórica de Cartagena es pequeña, pero ni en la película más barata suceden estas coincidencias, se decía. Es absurdo que un viejo loco encuentre por azar a alguien que está perdido desde hace treinta años. Y en una ciudad que no conoce. Absurdo. Hollywood en su peor versión. Todo cierra, todo encaja y el espectador suspira extasiado al ver cómo va formándose poco a poco el rompecabezas. Pero la vida es otra cosa y Rossi lo sabía. Nadie se encuentra por casualidad con el sospechoso que busca ni se topa uno con el amor al dar la vuelta a la esquina. O quizá sí. A la vuelta de una esquina se había encontrado con Alena.

Aquello nunca fue amor. ¿Cómo amar sin conocerse? ¿Y qué es el amor?, se preguntaba. ¿Un sentimiento forjado sobre la base de un compromiso que incluía la pasión al principio y una tibia tolerancia después? ¿O ese arrebatado de los sentidos, el mareo, el hundimiento, la entrega y la fuerza que lo llevaban a uno a abandonarlo todo? Esas preguntas atormentaban a Rossi desde hacía treinta años. ¿Cuánto había pesado Alena en su decisión de echar al mar su proyecto de familia? ¿O había sido la reacción de un irresponsable en plena crisis de los cuarenta? Tanto dolor debía tener un motivo, se decía Rossi.

Alena lo había alzado del suelo, le había cambiado todas las perspectivas, lo había renovado por dentro, agua fresca, aire puro cuando Rossi se sentía reseco, como muerto. Y, de pronto, era un hombre nuevo. ¿Era eso el amor? ¿O era nada más que la necesidad de proyectarse en el reflejo que otro le devolvía? ¿Cuánto hubiera durado la vida junto a ella?

Rossi había conocido a Alena de ese modo, a la vuelta de la esquina. No había sido su belleza —no era particularmente bella—, sino su piel. La piel de Alena todavía lo perturbaba en sueños. Brillosa, tersa, siempre húmeda. Aquella vez, treinta años antes, Rossi iba con su cámara a cuestas y un muchachito en bicicleta lo atropelló. Alena le ofreció el brazo para incorporarse. Él sintió su piel. Enseguida un leve mareo y luego una alegría inexplicable. Porque Alena le sonreía. Le sonreía con una de esas bocazas cartageneras que parecen tener un exceso de dientes, un encantador exceso. Después, lo había ayudado a encontrar a Pedro Ángel Pastor. Así de sencillo. Más tarde iba a enterarse de que nada había sido tan casual como le había parecido.

Pedro Ángel Pastor no vivía en el casco antiguo por aquellos días. Su casa estaba en una de las islas del Rosario, un archipiélago a unos treinta y cinco kilómetros de Cartagena. El viaje les tomó un par de horas en una lancha destartada a la que, cada

tanto, había que vaciar con un balde. El pago por el viaje incluía aquella tarea que al lancharo parecía divertirse y que a Rossi puso de mal humor. Solo la presencia de Alena lo tranquilizaba. Rodeado por un agua verde turquesa bajo la que se deslizaban pequeños peces multicolores, se dijo que jamás había visto algo tan hermoso.

Ahí, dijo Alena y extendió su brazo. Rossi levantó los ojos y no dio crédito a lo que veía. Una choza en el mar, en el medio del mar, una choza suspendida sobre el agua. Seis o siete pilares de madera oscura sustentaban una base también de madera rodeada por una franja negra —viejas llantas, según después vio—, algo a la distancia que podía ser una habitación, luego una pasarela flotante y más chozas. Alena dio un gritito de alegría. Habían llegado.

El lancharo ajustó una gruesa soga a las amarras y saltó a tierra. ¿A tierra? Allí no había tierra. Rossi se maravilló. Entonces Alena lo tomó de la mano y tironeó suavemente para animarlo a salir. Rossi apoyó un pie con algo de temor. Luego el otro. Estaba parado sobre terreno firme apenas cubierto por una fina capa de agua transparente. Un arrecife, se dijo. Miró a su alrededor. Había más de aquellas casitas pequeñas. En algunas vio personas sentadas bajo el alero, con las piernas en el agua, chapoteando. Otros caminaban sobre las plataformas o atravesaban a pie el arrecife. De lejos, daba la sensación de estar presenciando un milagro cristiano. Un hombre desenredaba unos cangrejos enormes y los iba lanzando a un balde. Saludó con un rápido movimiento de la mano y volvió a su tarea. A sus espaldas, una hamaca colgaba entre dos palmeras. Un poco más allá, empezaba la isla.

\*\*\*

Rossi miró dormir a su padre. La sábana apenas tapaba el pañal. Sintió una enorme tristeza. El cuerpo todavía se mantenía esbelto, a pesar de los años y de la enfermedad. Elviejo había roto varios corazones. Rossi, en cambio, siempre había sido torpe con las mujeres. Se casó con su primera novia y fue ella quien hizo todo el trabajo de seducción. Solo entonces, cuando estuvo seguro, se animó a dar un paso. El resto fue sencillo. Nunca dudó de que iba a casarse con ella. La galantería no estaba dentro de sus preocupaciones. Además, ya tenía a su novia. Su lógica simple le indicaba que el único destino posible era el casamiento. Ni siquiera entendía cómo ella se había fijado en él y lo había elegido. Porque si algo tenía claro era que ella lo había elegido. Él se había limitado a aceptar y a seguirla. No era un tipo apuesto. Estaba a años luz del atractivo de su padre, que seducía a hombres y a mujeres con aquella presencia avasallante y el sentido del humor imbatible. Rossi pensaba que, de ser cierto que uno ha de parecerse a alguien, él se parecería a su madre.

Apenas la recordaba. Solo conservaba algunas fotos en las que se los veía tomados de la mano. No sentía nostalgia por ella. A los tres años un niño olvida pronto. Su madre desapareció y, según le contaron más tarde, él lloró y pataleó un par de días. Luego se calmó y no volvió a preguntar. Se aferraba a cada mujer que su

padre traía a casa, pero duraban poco. Fue habituándose a los abandonos.

\*\*\*

Alena lo condujo a través de la isla. Vio muelles, embarcaderos, más chozas sobre playas de arenas blancas. Ella le sugirió que se quitara los zapatos y solo entonces Rossi cayó en el absurdo de que llevaba medias. Ella se arrodilló y le remangó las perneras. Años después, en la soledad de sus insomnios, Rossi recordaba aquel gesto y se emocionaba. Una mujer arrodillada a sus pies doblándole amorosamente los pantalones... Caminaron. A cada paso se sentía más libre. Y en su piel iba asomando una animalidad desconocida, un impulso sensual que había creído para siempre perdido.

¿Cuántos años tendrás?, se preguntaba mientras la seguía. La mano que al principio se sostenía tensa ahora estaba abandonada a la otra mano que lo conducía. Rossi era el hombre que siempre había intuido en su interior, tras su disfraz avinagrado. Ahora, ese hombre que tanto había temido no conocer jamás se desperezaba y corría tras los pasos de una mulatita que, cada tanto, volvía la cabeza y le preguntaba con la mirada si todo iba bien.

Llegaron a una casa en el otro extremo de la isla, recostada sobre un peñón hasta donde la lancha no hubiera podido llegar. Alena se detuvo. Jadeaba. Rossi vio cómo el pecho se movía rítmicamente y resaltaban unos senos pequeños. ¿Cuántos años tendrás?, preguntaron sus manos. Alena se había adelantado y había ido al encuentro de un hombre que la esperaba en el umbral de la casa. Rossi sintió una puntada en el pecho. El hombre tomó el rostro de la muchacha, lo levantó un poco y depositó un beso en la frente. Ella lo abrazó con fuerza. Era pequeña y apenas le llegaba al hombro. Luego giró y le hizo señas a Rossi para que se acercara. El hombre le extendió la mano.

—Siga. Está en su casa.

Solo cuando estuvo adentro, cayó en la cuenta de que había pasado horas bajo el sol y que tenía sed. Pedro Ángel Pastor le sirvió un jugo amarronado y lo observó mientras Rossi empujaba el vaso hasta el fondo. Era un mulato enorme. Tenía manos de pescador. Andaba descalzo, se ajustaba el pantalón con un cabo trenzado y no llevaba camisa. Le hizo señas para que tomara asiento. Rossi solo vio unos troncos desmochados y supuso que no había opción. Pedro Ángel Pastor también se acomodó con el torso inclinado entre las rodillas abiertas. Alena se había recostado en una de las hamacas, afuera, a la sombra de unos almendros. Detrás de ella estaba la cerca. Y, más allá, algo que podía ser una pequeña laguna.

—Bueno, pues, usted quería conocerme.

—Le agradezco la amabilidad. Todo el mundo anda buscándolo.

Pedro Ángel Pastor sonrió. Fue una sonrisa triste.

—Y pa' qué, digo yo.

—Es que usted tiró un gato sobre la mesa.

Pedro Ángel Pastor soltó una carcajada.

—¡Un gato sobre la mesa! Esa es buena. ¿Se la puedo copiar?

—Es una expresión común —respondió Rossi sin comprender que el otro ya lo tenía en su juego.

—¡Ajá! Y si lo repitiera, ¿sería una copia?

—No, no sería.

—¿Y si lo escribo?

—Supongo que tampoco. Ya le dije, es una expresión común. Del dominio público.

—Ajá... —Pedro Ángel Pastor se levantó y sirvió más jugo. A su paso, el piso de arena crujía—. Y ¿cuándo es una copia?

Rossi no estaba preparado para eso. Los roles se invertían. Pensó que debía ganar algo de control.

—¿Por qué me eligió a mí? —preguntó.

Pedro Ángel Pastor pareció no haber oído. Extendió el brazo y tomó dos corales de una mesita baja.

—¿Qué ve?

—Dos corales.

—Descríbalos.

—Parecen plantas, pero no. Son duros, como un esqueleto, blancos, con ramificaciones, ásperos... —Rossi se detuvo—. Si supiera más, podría añadir información...

—No, no, solo diga lo que ve.

—Eso —dijo Rossi algo impaciente—, solo eso.

Pedro Ángel Pastor supo que aquel hombre no era un escritor, ni un pintor, ni siquiera un músico. Apenas un cronista de realidades. La constatación le dio un cierto alivio.

—¡Ajá! Si escribe alguna vaina de estos corales, el que lo lea va a pensar que habla de dos cosas igualitas. Pero solamente ha echado un cuento de lo que ve, no más con lo que yo le he dicho. Y si yo le dijera más cosas, ¿eh? ¿Qué me dice si le traigo un diccionario de esos grandes? No, no, no, señor. Eso no es lo que va a volver raro su cuento. Cualquier periodista podría escribir algo así. ¿Qué es lo que vuelve distinto a lo que usted escribe?

Rossi levantó los hombros.

—Los ojos y los años —dijo Pedro Ángel con seriedad, como quien revela una de las leyes del universo.

Rossi se enderezó y esbozó una leve sonrisa. Empezaba a vislumbrar el camino por el que Pedro Ángel lo guiaba.

—Los ojos y los años —continuó Pedro Ángel y como si necesitara explicarse mejor agregó—, la mirada y la experiencia hacen que cada relato sea irrepetible. Si

todo ya ha sido escrito, y muy bien escrito, señor, se lo aseguro, solo vale la pena escribir si uno tiene una mirada nueva. ¿Ve este coral? Está en mi familia desde... ¡uff!... hace un pocotón de años. Fue pasando de varón a varón. Así como se lo digo. Vengo de familia de esclavos. Este coral debió ser importante para ellos. A lo mejor le rezaban, veían belleza en él y eso les hacía entender que eran humanos. Un esclavo no tenía derecho a nada porque ni persona era. Ni siquiera tenía derecho a la vida. Algo como esto podía ser su única alegría. Y la continuidad. Pasarlo era decirles a los hijos que venían de algún lado, que no olvidaran.

»En cambio, este, tan parecido, no significa nada. Lo encontré mientras pescaba. Lo traje porque me recordó al otro y cuando los vi juntos me costó saber cuál era cuál. Cada vez que viene Alena lo intenta. La mitad de las veces falla. Las cosas y los hechos se parecen. Pero todo cambia con la experiencia, ¿me comprende? Es lo que hace que todo sea diferente. Y también la mirada...

Rossi estaba maravillado. Aquel discurso bellamente articulado, aquella fundamentación clara expresada con elegancia y sencillez no era lo que había esperado encontrar en la isla. Pedro Ángel hablaba como un poeta.

—Sí, sí, suena bien y ya entiendo por dónde me lleva, pero no me diga que el hombre no tiene su arte. ¿Usted podría escribir como él?

—¡Ni en mil años! ¡Nadie puede escribir como él! Como él no podría escribir, no, pero sí podría contar las mismas cosas porque todo está a la vista. ¿Ha andado mucho por aquí?

—Es mi primer viaje a Colombia.

—Ah, ya veo. ¿Y Cartagena? ¿Ha tenido tiempo para conocerla? ¿Dio una vueltica por ahí?

—No hago turismo cuando trabajo.

—Ya, ya... Le haría bien echar un vistazo. Vería que todo está ahí, en las calles, en la gente. Basta ir con los ojos bien abiertos. Las historias saltan de las paredes. Mi amada Colombia. Mi país es tan real como mágico, señor, y también mi gente.

\*\*\*

Elviejo se movía incómodo en la cama. El olor a excremento se expandió por la habitación. Rossi salió a la terracita y esperó. No podía despertarlo. No podía someterlo a esa humillación. Mientras su padre pudiera limpiarse por sus medios, continuaría fingiendo que nada pasaba, que no resultaba repugnante el olor a mierda llenando la habitación del hotel como llenaba la casa en Montevideo. La casa olía a mierda. Baqui lo decía cada vez que volvía del campo. Lo decía a lo bestia y Elviejo se escapaba avergonzado al baño. Pero era inútil. El olor había impregnado la casa y se había convertido en su sello característico. Como todas las casas que tienen su olor y uno lo recuerda años después, cuando la casa no existe y casi todos han muerto. Pero basta con entrar a algún lugar y percibir aquel olor para que vuelvan los

recuerdos. La casa de su infancia olía a pintura fresca. La casa que Rossi y su mujer levantaron olía a especias. Esa misma casa donde se criaron los hijos. Esa misma casa que ahora olía a mierda.

\*\*\*

La casa de la isla olía a sal. El olor del mar, pensó Rossi, y también el de la piel de Alena. ¿Cuánto había permanecido allí? ¿Siete, ocho días? Los días que cambiaron el curso de tu vida, Rossi. Se abrió una puerta en el tiempo y la atravesaste. Del otro lado, estaba el hombre nuevo. No querías morir sin encontrarlo y allí estaba. Ahora no ibas a perderlo. Ese hombre en el que te habías convertido andaba con la camisa anudada a la cintura, las perneras remangadas un poco más abajo de la rodilla, descalzo... se bañaba a cielo abierto, encendía fogatas, comía bajo las estrellas... ese hombre no pensaba en sus hijos, ni en las cuentas, ni en horarios... Una virilidad inusitada lo envolvía; era, de pronto, un titán, un macho. Puro hedonismo y lo estabas disfrutando.

—¿Por qué yo? —volvió a preguntar Rossi un día después.

Pedro Ángel Pastor juntaba las redes y le señalaba un pez plateado que se debatía para liberarse.

—Un pargo —dijo—. Uno joven. En alta mar hay del tamaño de un hombre.

Rossi miró el pescadito, un poco más largo que una caja de zapatos, y pensó que el otro exageraba. Pedro Ángel Pastor lo sacó de la red y lo tiró al fondo del bote. Devolvió al mar unos pequeños peces azules y algo que podía ser una estrella. El pargo se doblaba como un contorsionista. Giraba de un lado a otro y boqueaba con dificultad. Rossi sintió un incipiente ahogo. Deseó que aquello terminara pronto. Pedro Ángel Pastor lo miró con una expresión entre piadosa y burlona. Tomó un cuchillo y, de un tajo, abrió el pez a lo largo.

—Con la cabeza haremos un sancocho —dijo y le extendió el cuchillo—. ¿Sabe limpiar?

Rossi negó e intentó ocultar el asco. Iba a explicar que casi nunca comía pescado y que, si comía, ya venía limpio o incluso cocinado. Pero Pedro Ángel Pastor no lo oía. Quitó rápidamente las escamas. Metía y sacaba su mano entre la línea fina que ahora se transformaba en una masa de vísceras sanguinolentas. Las tiró al mar y de la nada surgió un pequeño cardumen y luego unas gaviotas que en segundos dieron cuenta de aquello. Cortó la carne y echó los trozos a una caja de plástico que tapó con una lona. Volvió a tirar la red y se sentó a esperar en silencio. El mar parecía cambiar de tonalidad a cada instante. Una alfombra turquesa erizada por la brisa.

—¿Por qué salió a la prensa, Pedro?

—Yo no salí a ninguna prensa. Fue un accidente.

—¿Disculpe?

—Estaba borracho y hablé de más. ¿Cómo así?, se preguntará. Pues así fue. No sé

qué dije. Fijo alguna huevonada. Le habré sacado mérito al hombre, o que yo podía escribir mejor los mismos cuentos. No lo recuerdo. Algún desgraciao fue con el chisme. Al otro día, andaba yo todavía enguayabao y me sacaron de la cama. Habían venido de un periódico, y hasta de la radio... No los dejé entrar, pero publicaron la noticia...

—Entonces, lo de «Me robaron el Nobel»...

—Nunca dije eso.

—Pero la noticia dio la vuelta al mundo. Un cartagenero que reclamaba la paternidad de las obras del reciente ganador del Nobel. No era un asunto menor... eso es hablar de plagio. ¿Cómo es posible...?

—¡Plagio! ¡Me vale huevo lo que digan! Yo escribo desde que tengo memoria. Aprendí de chiquitico y es lo único que sé hacer. Escribo despierto y también dormido. Eso es para mí ser un escritor. Alguien que vive de una manera... Usted es periodista. Dígame si de lejitos no distingue a los que se hacen de los que son.

Rossi sonrió y pensó que Pedro Ángel había encontrado las palabras justas.

—Los que se hacen y los que son... —repitió.

—El que es no necesita disfraz. Es y con eso tiene lo suyo. Pero nunca falta el vivo que quiere pasar de agache. En aquella época yo leía todo, también los leía a ellos, a los del *Boom*, me refiero. Eran buenos, buenísimos, pero también montaban un circo. Yo no necesitaba nada para sentirme escritor. La escritura estaba en mi sangre. A mí no me importaba cómo me vestía, qué tomaba, dónde vivía. Tampoco se me pasó por la cabeza publicar nada. Solo quería leer y escribir. Yo lo leía a él. Lo había leído siempre. No me sorprendían sus cuentos porque todo lo que contaba estaba ahí, a la vista de quien quisiera verlo, pero él tenía, él tiene ese don... nació con el diccionario dentro, ¿ve? Yo sentía que podía haber escrito las mismas historias, no del mismo modo, claro. Nunca estuve ardío por eso. Los dos escribíamos. Yo me ganaba la vida escribiendo cartas de amor, ¿sabe? Él publicaba y se llevaba los premios. Yo solo escribía cartas de amor. Pero eso no me hacía ser ni una pizca menos.

—Entonces, Pedro Ángel, lo del plagio...

—¡Nunca dije eso! Ni siquiera sé qué dije. Ya le conté que andaba con una chapetera del otro mundo. Al día estaba el tropelín armado y sus colegas andaban como perros poniendo la ciudad patas p'arriba. Fue una cacería. Lo único que buscaban era carroña, los muy guaches... no les importaba la escritura. No querían saber, querían el escándalo, hacerle daño a él. Porque yo no importaba, qué podía importar un pobre escritor de cartas. El que valía era él. Yo andaba en chanclas, no tenía un peso. Me ofrecieron plata, buen billete, ¿oyó? Los mandé a comer mierda. ¿Sabe lo peor? Lo peor es que nunca supe quién fue el sapo, pero fijo que alguno de los que estaban aquella noche en la parranda. Avispaos sobran. Él era la presa. Tenía unos cuantos enemigos, no crea. Ahora son todos amigos, todos lo quieren, nadie se anima a hablar mal. Pero algunos no lo querían nadita. Y yo les estaba dando la



excusa para atacarlo sin quedar feo ante los ojos de la gente.

»Pues sí, por ahí venía la vaina. Tenía enemigos, gente a la que él incomodaba con su escritura, aquello del naufrago, ¿se acuerda?, eso dejó emputaos a unos cuantos. Por otra parte, a él siempre le gustó codearse con los de arriba. Eso molesta. ¡Mire si se le daba por la política! No, señor, habrán pensado los cabrones, mejor reventarlo desde abajo, hacerlo menos creíble. ¡Vea usted! ¡Cómo si a un escritor le importara la credibilidad!

Levantó los ojos y señaló a la distancia. Sobre la superficie del mar se alzaban unos destellos plateados. Describían semicírculos en el aire, desaparecían y volvían a surgir como saetas.

—Peces voladores —dijo Pedro Ángel—. ¿Ve lo que le digo? Aquí pasan esas cosas. Escribirlas es lo menos. Entonces, como le contaba, tuve que esconderme por unos días. Dejé de ir al portal donde tenía mi puesto. Y el que no trabaja, se raja. Me quedé en las tablas, sin un peso. No tenía familia que mantener, pero algo había que echar a la barriga. Si no hubiera sido por Alena... El alboroto no duró mucho. Volví al portal. Monté mi puesto como todos los días. La mesa plegable, el cajón para sentarme, las hojas, los distintos lápices... porque me había dado cuenta de que algunas personas hacían la diferencia en el color de la escritura —sonrió con desprecio—. ¡Qué importa eso! Pero me pedían colores y yo los complacía. Había colgado un cartel con los precios. Cartas de amor, tanto. De desamor, tanto. Para despedida, otro cuanto. De extrañeza, de deseo... todo bien tarifaíto. Y agregaba un poco más si querían que se las llevara en persona. Tenía mucho trabajo; sí, señor. Y formé unas cuantas parejas. Cuando no había clientes, leía o escribía lo mío. Lo mío que era lo de él, ¿me entiende?, porque él no inventó nada. Usted hace un pozo en cualquier lugar de esta tierra, y allí nomás le brota el cuento. Nomás hay que tener el arte para darle la forma... y yo también lo tenía. A mi manera.

—Si me permite decírselo, se expresa muy bien. Tiene un vocabulario que ya quisieran tener unos cuantos de mis colegas.

—Ah, pues, se agradece que lo note. Es que trabajo de eso. Vivo de las palabras. No tengo grandes estudios, pero leo muchísimo. Y las palabras siempre fueron mansitas conmigo. Soy bueno pa' buscarlas y ponerlas en su sitio.

—¿Y qué fue de su trabajo?

—Como le decía, volví cuando la vaina se calmó. Pero tuve problemas. Se dijeron muchas huevonadas en aquellos días. Me llamaron mentiroso, fantochero... que había ensuciado el nombre de nuestro Nobel. Que no merecía ser costeño. ¡Y yo soy costeño hasta la médula! Yo también estaba orgulloso de él. Nunca quise nada para mí. Si dije algo, habrá sido esto que le digo. Porque así es. También yo había escrito cuentos de manglares, de gente que se elevaba... Pero no era lo mismo. El premio era de él. Nadie más lo merecía.

—¿Entonces?

—La gente del lugar me ignoraba, pero los turistas seguían viniendo. Y luego

pasaron cosas... una piedra, algún insulto, la pintada. En mi pared, en el sitio del portal donde armaba mi puesto... «Pedro Ángel Pastor miente». No entendía nada y ya se me estaba subiendo la música a la cabeza. Aquello iba a terminar mal. Decidí irme lejos, al menos por un tiempo. Y aquí me tiene. Alena me prestó su casa hasta que pueda volver. Si es que vuelvo.

—¿Por qué yo? —preguntó Rossi por tercera vez.

\*\*\*

Elviejo se despertó y fue al baño. Rossi no se movió de la terraza, donde el aire de la tarde se cargaba de perfumes y llegaban desde la planta baja los murmullos de la gente que entraba y salía. Se asomó al barandal. No distinguía rostros, pero sí el andar despreocupado de los turistas y las pequeñas tensiones de los que estaban allí por trabajo. El festival literario convertía las calles en una fiesta. Eran las seis y Rossi pensó que ya era tarde para ir al teatro, si es que valía la pena. Recordó la charla de Carlos Fuentes y calculó si le daría tiempo. Debía esperar a que su padre terminara y otros quince minutos posteriores en los que nadie podía entrar al baño. Se daría una ducha e iría hasta el baluarte de San Francisco Javier.

\*\*\*

—Necesitaba explicarle esto a alguien —dijo Pedro Ángel—, sobre todo, porque había que limpiar mi nombre. Y el de él, claro. Pero yo sabía que a él no iba a causarle más que una pequeña molestia. La gente lo adoraba. En cambio, yo debía recuperar mi trabajo y para eso había que limpiar mi nombre de tanta embarrada que se dijo en aquellos días. Tenía que encontrar a un periodista, uno que no fuera de acá. Le pedí a Alena. Ella me habló de usted. Lo siguió durante un par de días, ¿no se dio cuenta?

Rossi se sintió halagado, pero también incómodo.

—Alena me dijo que usted parecía honesto.

—¿Así sin más? ¿Solo con verme andar por la calle?

—¿Se equivocó?

—No, no se equivocó. Es lo único que puedo ofrecerle, Pedro Ángel, mi honestidad. No escribiré nada que usted no diga, ni sacaré sus palabras de contexto. Estoy aquí por mi cuenta, ni siquiera sé si mi periódico publicará la entrevista.

—Entonces, ¿no lo mandaron?

—A nadie le interesó, para serle sincero. La noticia impactó como algo pintoresco, pero duró un día. Ya sabe, una noticia tapa la otra y para que dure hay que sostenerla. Además, no se sabía nada de usted. Ni siquiera había seguridad de que fuera real, de que existiera. Vine por las mías. Pero... —se tocó la punta de la nariz—

olfateé que aquí podía haber una buena historia. Y ahora no lo sé. Podría titularla *El escribiente*. Es un gran título, ¿no cree?

—A mí me gustaría más que me llamara escritor, pero ya está el de Vargas Llosa y no queremos otro pleito.

—Aquí no habría tía Julia.

—No, por mi madrecita que está en el cielo se lo aseguro, aquí no habría una tía Julia. Yo no sería capaz de algo así.

—Es una estupenda novela.

—A la historia real, me refiero. Casi nadie la conoce, pero ya llegará el momento en el que se oirá la otra trompeta.

—¿De quién?

—De Julia, de quién si no. La Julia tendrá que decir su verdad algún día.

—¿La conoce?

—De oídas. Una vez anduvo por aquí un boliviano que decía ser su primo. Él contó lo mal que había quedado la pobre. Y cómo había tenido que aguantarse la novelita que, mal que le pese, es buenísima.

—Siempre me pareció una historia divertida.

—Mucho. Pero para ella no lo fue. Quizá algún día deba escribir la otra historia, lo que Varguitas no dijo. Pero quién sabe. Es lo que le estaba diciendo. No conviene hablar de estas cosas. Nadie querría escucharlas. Sería ir en contra de otro mito. La gente los necesita. La gente necesita creer que hay otra gente admirable. Pero un mito es una realidad torcida...

—¿Cómo dice?

—Eso, una realidad torcida. En algo hay que creer, ¿no? Y bueno, se inventa un mito y se lo protege a toda costa, incluso a costa de la verdad, si es necesario.

—¡Pedro! ¡Me dan ganas de anotar todo lo que dice!

—¿Sabe lo que significó para este pueblo que uno de sus hijos ganara el Nobel? Colombia está bendita, mi amigo. Y también maldita. Tiene el paraíso cerca, pero nunca llega. ¿Ha visto usted gente más bonita, más dispuesta, siempre de rumba aunque se le haya caído el cielo en su misma cabeza? Y, sin embargo, somos un pueblo castigado. Violencia por donde se busque. En el medio, el pueblo, el hermoso pueblo colombiano plantándose ante la tragedia a pura alegría, una fuerza inquebrantable, una resistencia.

—Y entonces aparecen sus declaraciones.

—¡Es que no fueron declaraciones, cómo tengo que explicárselo! Estaba borracho. No sé qué habré dicho ni cómo llegó eso a la prensa. Ni cómo se enteraron de afuera. De un día para otro me volví el hombre más buscado de Cartagena. Estaba asustado. No entendía. Me escondí. Esa vaina fue creciendo. La gente de aquí comenzaba a molestarse porque por mi culpa caía la duda sobre su héroe. Entonces empezó... Recibí amenazas, insultos. Gente que dejó de saludarme, caras que se me daban vuelta. La piedra, la pintada... Hace un mes de eso y aquí me tiene —soltó una

carcajada— literalmente viviendo de la caza y de la pesca. Alena me ayuda bastante.

—Alena es...

—Mi hermana, ¿no se lo dijo? Pero es que esa niña no le explicó nada.

—Nada de nada.

—¿Y lo arrastró hasta aquí sin más?

—Sin preguntas.

—Podría haber sido un secuestro.

—¿A mí? ¿Quién querría secuestrarme?

—No sería el primer periodista. Colombia tiene triste fama también por eso.

—No creo que fuera un botín interesante. Me habrían devuelto a los dos días.

Nadie iba a pagar un peso por mí.

—¿Y su familia? ¿Es casado? ¿Tiene hijos?

—No, no, no, no, no, para nada, no, no, no tengo.

\*\*\*

Elviejo salió del baño. Había lavado la bermuda y la traía colgada de una percha. La guayabera estaba doblada sobre una silla.

—Habrá que devolver eso, papá.

—¿A quién?

—A su dueño.

Elviejo se puso serio y se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé quién carajo es su dueño?

## VII

Lo de Carlos Fuentes estuvo bien, pero Rossi tenía la mente lejos. No se quedó a escuchar el debate sobre Cortázar, ni siquiera para conocer a la escritora compatriota de la que nada sabía. Tampoco pasó por su cabeza entrevistar a alguno de los famosos que pululaban con absoluta naturalidad como si aquella fuera tierra solo de escritores o hubieran brotado de ella. Años atrás no habría dejado pasar una oportunidad así. Ahora había venido por otra cosa y apenas tenía energía. Caminó hasta la explanada que une el bastión con el hotel y eligió una de las mesitas. Habían puesto manteles de papel donde aparecían impresos los nombres de los escritores que participaban del festival. Para Rossi la mayoría eran nombres nuevos. Sonaba una música que solo podía ser caribeña y el aire tibio de la noche se encendía con bombillas de colores y faroles en cada esquina.

A pocos metros distinguió a un grupo de escritores jóvenes que bebían en torno a una de las mesas. Un fotógrafo los iba llamando y posaban de las formas más divertidas. Uno se tapó un ojo con un posavasos, como un pirata a punto de tomar la ciudad por asalto. Otro fingió estar borracho y se abrazó a una palmera. Un tercero se acostó a lo largo de tres mesas. Una de las mujeres se puso un aguacate en la cabeza y el más joven se convirtió en lanzador de cucharitas. Otra de las mujeres —hermosa, pensó Rossi, quién dijo que las escritoras son feas— jugaba con una iguana y el fotógrafo hacía tomas desde varios ángulos. Rossi se divirtió un buen rato viéndolos. Los rostros no le decían nada y, sin embargo, ahí estaba el futuro de las letras latinoamericanas. El semillero.

De momento, parecían cachorros en pleno juego y el fotógrafo, el adulto responsable que los había sacado de paseo. Pero era cuestión de tiempo. No todos llegarán, se dijo Rossi. Algunos serán grandes. Otros se perderán, como Pedro Ángel. Importa su talento, pero también su capacidad de adaptación. Para triunfar hay que conocer las reglas del juego. Llega el más apto, no siempre el mejor. Y es imprescindible que haya un toque de suerte. Como en el periodismo, pensó.

Elviejo había prometido quedarse en la habitación viendo *Bonanza*. Fue el único requisito que había puesto para viajar. Rossi le aseguró que así sería y fue grande el alivio cuando comprobó que el hotel incluía la señal de cable que pasaba la serie. Eran las ocho y media. Caminó hasta la recepción y marcó el número de la habitación.

—¡Diga!

—Papá, voy a cenar. ¿Baja?

—Termina esto y voy.

—¿Cuánto falta?

—Esperá que le pregunto a Cartwright y te digo. ¡Qué sé yo cuánto falta!

—Está bien, papá. Lo espero abajo. No demore. Tómese las pastillas y póngase la manillita.

—¿La qué?

—La pulserita. Ya hablamos de eso.

—Andá a la puta que te parió —dijo Elviejo, bajito, y se perdió en la pantalla donde Hoss y Joe cabalgaban por el desierto tras las huellas de dos hombres que acababan de robar el banco de Virginia City.

Rossi chasqueó la lengua y movió la cabeza hacia los lados como un médico que acepta que su paciente es un caso perdido.

—Disculpe.

El fotógrafo estaba de pie junto él y, para no desentonar con los cartageneros, sonreía. A pesar de la sonrisa, nadie hubiera pensado que se trataba de un lugareño. Era delgado, con cabello y barba rubio rojizos. Los ojos muy claros. Un vikingo, pensó Rossi, pero no; le faltaba corpulencia y le sobraba dulzura.

—¿El señor Rossi?

—¡El mismo! ¿Nos conocemos?

—No creo que me recuerde.

—La verdad es que...

—No hay problema. En aquella época yo era un jovencito y usted...

—Ah, entonces nos conocemos. Lo estuve mirando trabajar. Son escritores, ¿verdad?

—Un grupo que se formó hace unos años. No están todos aquí, pero sí unos cuantos. Les tomé fotos primero en Bogotá cuando los reunieron por primera vez.

—¿No diga?

—Son treinta y nueve. Jóvenes. Llenos de ambición. Quieren hacer algo bueno. Saben que ya significa mucho estar aquí, que alguien los haya visto entre tantos. Pero también saben que esto no será nada si no trabajan.

—Es que por más talento... si no hay esfuerzo...

—Buenos chicos. Es un placer fotografiarlos. Me pregunto cuántos llegarán.

—¿Adónde?

—Esa es la pregunta. ¿Adónde quiere llegar un escritor?

—A ser el mejor, aunque...

—O quizá la meta sea escribir una buena obra. Solo una.

—Que ya es bastante.

—¿Bastante? Muchísimo. Fotografío escritores desde hace años. Me he especializado en ellos. Y no me animaría a decir quién llegará y quién no. Tampoco estoy seguro de qué es buena o mala literatura.

—¿Se especializa en escritores?

—No me presenté. Daniel...

Un griterío que venía desde el hotel impidió que Rossi oyera el apellido. Los dos giraron la cabeza, pero no se veía más que el movimiento normal y anodino de los hoteles. Gente que entraba y salía, algún carruaje con turistas, un hombre que ofrecía un monito a quien quisiera tomarse una foto.

—... Borges, Vargas Llosa, Bolaño...

—¿Argentino?

—Argentino, pero vivo en Francia.

—¿Y de dónde nos conocemos?

—De aquí, de Cartagena. Los dos habíamos venido a buscar lo mismo, pero usted lo encontró primero. Leí su entrevista y le juro que habría pagado el dinero que no tenía porque la hubiera acompañado una de mis fotos.

—¿Usted estaba aquí, entonces? Es una coincidencia enorme. Disculpe la pregunta, pero ¿cómo me reconoció? Son treinta años...

—Oí su nombre cuando se registró. Yo andaba en las mismas. Al principio, no lo asocié, pero de pronto me vino a la memoria todo aquel lío y entonces sí, su cara me resultó familiar. No podía ser otro que aquel Franco Rossi.

—Madre mía, qué memoria. Ni yo me reconozco en el espejo. En fin..., recordará que Pedro Ángel no quiso fotos.

—Lo leí también. No terminé de entender por qué un hombre que se exponía tanto se negaba a una foto. Excentricidades de escritor...

—¿Usted le creyó?

—¿?

—Lo de que era escritor.

—Eso lo sabía todo el mundo. Se ganaba la vida escribiendo, ¿no? En el Portal de los Dulces; más de uno le habría solicitado los servicios. Lo de las cartas de amor... eso fue hermoso. Yo lo había leído en alguno de los libros, en el del cólera, creo. ¿Fue en el del cólera? O fue... el caso es que nunca imaginé que esas cosas pasaran. Pero, por lo visto, todo pasa en Cartagena.

—Pensé que era un personaje inventado, una genialidad de Gabo. El hombre despechado que no puede concretar su amor y se dedica a escribir cartas para otros. Pero resulta que no era inventado. El personaje existía y tenía nombre.

—Exacto. Un tipo popular, querido. Y luego se convierte en un resentido, un ser odiado. Sí, fue una magnífica entrevista... un hombre que escribe para otros hombres, que declara con naturalidad que en los relatos de Gabo no hay nada original, que él ya lo escribió antes. Que amenaza con hacerle un juicio. Claro que ¿quién iba a creerle a un pobre mediocre de estos? Era evidente que quería colgarse del éxito del otro. Y no iban a perdonárselo. Le salió carísimo. Triste papel. Puro fuego artificial. Nada más que eso. Sin embargo, hizo su daño, no crea. Su entrevista, digo. Gabo tuvo que dar explicaciones. No le dejó marca, pero lo molestó por un tiempo, justo cuando podía estar disfrutando de su premio.

—Ya nadie se acuerda de eso.

—Yo sí me acuerdo. Su nota era muy buena. Lo pintaba tal cual al sinvergüenza ese. Pero ¿sabe lo que más recuerdo? Algo que usted decía acerca de la mirada. Que la diferencia estaba en la mirada.

—Y en la experiencia —completó Rossi con tristeza.

—Cada vez que voy a tomar una foto lo tengo presente. Ese rostro que tengo delante ha sido fotografiado cientos, miles de veces, pero yo lo hago desde una mirada nueva. Nunca puede ser una copia. No existen las copias porque no hay dos creaciones idénticas. Ya ve cuánto me marcó su entrevista.

—¿Está alojado aquí?

—Como medio mundo.

—Entonces ya nos cruzaremos. Si me disculpa, mi padre me está esperando.

Se despidieron. Rossi estaba mareado. Sabía que no había sido amable con el fotógrafo. Era torpe para responder a los halagos. Había perdido la costumbre o quizá fuera otra forma de castigarse. Se decía que era una de las corazas con las que se mantenía a salvo de la vanidad. Pensó en alguno de sus colegas y sintió la náusea habitual. ¡Pavos reales! ¡Pavotes! Bastaba un chiflido para que abrieran su cola y terminaran comiendo de la mano que les palmeaba la espalda. Entró al hotel y vio que en el vestíbulo había gran alboroto.

—¿Pasó algo?

El botones le dijo que un huésped había bajado desnudo. Se había puesto bravo y habían tenido que reducirlo. Ahora estaba en el centro de aquel grupito e intentaban llevarlo a su habitación. Rossi tuvo un mal presentimiento.

En medio de almohadones, sobre una de las alfombras, su padre parecía un faquir encaprichado. Se había atado una toalla alrededor de la cintura y miraba el piso como si estuviera escudriñando el plano de una cárcel y organizara su huida. Alrededor había personal del hotel y algunos curiosos que se reían a su costa. Una vieja tomaba fotos. Rossi creyó que se desmoronaba de la pena. Sintió que se le incendiaban las orejas.

—Papá —lo tomó de un brazo y lo ayudó a incorporarse. El personal del hotel se apartó con discreción, pero los curiosos seguían atentos al espectáculo. La vieja apuntó otra vez su cámara. Rossi se le paró delante y apretó los dientes.

—Sacás una foto más, vieja malcogida, y te meto la máquina por el culo, ¿me entendiste?

La mujer se apartó un poco y lo miró con asco.

—*Oh, piss off, don't you dare touch me!*

—Dountachmi, las bolas... ¡Sí, no me mirés así! ¡Vieja podrida! ¡Rajá de acá, que te retuerzo el cogote!

La mujer desapareció agitando los brazos. Los demás se dispersaron.

—¡Papá! ¿De qué te estás riendo?

—¡Linda boquita, eh!

Rossi no pudo contener la risa. Allí estaban los dos, en el centro de un hotel lujoso en Cartagena. Su padre medio desnudo y él convertido en un energúmeno atacando a una vieja. Ni siquiera sabía que era capaz de hablarle así a una mujer. Qué violencia se le había despertado de pronto. Solo por un hijo, pensó Rossi, solo por un hijo uno hace estas locuras. Abrazó a su padre y marcharon juntos hacia el



dormitorio.

—¿Qué pasó, papá?

—¿Y yo qué sé? Bajé a tomar uno de esos bañitos de vapor y... aparecí ahí.

—¡Sauna! Pero ¿usted quiere volverme loco? Quedábamos en que bajaba a cenar, ¿se acuerda? De ahora en adelante, quiero que me diga qué va a hacer. Y yo lo acompaño, ¿me entendió?

—Pero vos estás trabajando.

—No se preocupe, nos arreglamos. Me avisa y veo. Si puedo, lo acompaño. Si no puedo, vamos más tarde. Ya veremos. Son unos días, nomás. Necesito que me ayude.

—Hay que pedir que traigan más papel higiénico.

—No hay problema. ¿Quiere cenar?

—Yo me comería un sanguchito.

—¿Pedimos que nos suban algo?

—Y, bueno... pedimos. ¿Los chiquilines ya cenaron? Extrañan a la madre. ¿Cenaron?

—Sí, ya cenaron, no se preocupe.

Se durmieron con la televisión encendida. Rossi puso el despertador a las siete. Lo acomodó debajo de su almohada con la intención de que su padre no lo oyera. Iba a levantarse con sigilo y caminaría hasta el teatro. Si tenía suerte, antes de las ocho estaría de vuelta, a tiempo para desayunar con Elviejo.

## VIII

Afuera la mañana tenía una luminosidad gomosa, como si acabara de llover o fuera a suceder en cualquier momento. Rossi calculó cuántas cuerdas debía caminar hasta el teatro. Pronto sintió el olor del mar.

El corralito de piedra, pensó Rossi cuando estuvo junto a la muralla. No costaba imaginar cómo había surgido la necesidad de aquella construcción cinco siglos antes. Ni trincheras ni estacas envenenadas alcanzaron para detener a los corsarios ingleses que ya habían olfateado la riqueza del lugar. La ciudad resistía. Hasta que llegó Drake y la arrasó. Felipe II entendió, por fin, que las murallas reclamadas por los habitantes no eran un capricho y envió a un ingeniero italiano para que se hiciera cargo del asunto.

Desde el mar, la muralla tenía pocas probabilidades de ser escalada, aunque sí destruida por la artillería. Era imprescindible levantar muros gruesos. Emplazaron un fuerte en la Punta de Icacos y otro en el acceso a Bocagrande, sobre la bahía. Diseñaron baluartes y los reforzaron con contraguarnidos y fosos. El siglo XVII amaneció con las obras de construcción avanzadas. Pero el ingeniero Antonelli no había tenido en cuenta la potencia de la naturaleza, que en poco tiempo causó daños irreversibles. Fue su sobrino quien amplió el recinto y le confirió la solidez definitiva. Las influencias italianas y flamencas se disputaban el diseño de los planos. Los habitantes, de todos modos, solo querían seguridad y no estaban preocupados por cuestiones estéticas.

Todavía estaba fresco el recuerdo de la irrupción de Drake, cuya escuadra se coló una noche por la bahía y tomó la ciudad. El rescate fue cuantioso e incluyó joyas, piezas de artillería y hasta las campanas de una torre de la catedral, que Drake mandó derribar a cañonazos. Rossi conocía la historia. Pedro Ángel Pastor se la había contado hacía treinta años durante uno de sus paseos de pesca. Por ese entonces, repetía que algún día iba a escribir una novela que relatara aquellos hechos. Rossi se preguntó en qué habrían quedado ese y otros tantos de sus proyectos literarios.

Sin dejar de andar, se imaginó en una película de bucaneros. Cada tanto, deslizaba la mano por la superficie rugosa de la piedra carcomida por un moho grisáceo que le confería la solemnidad de las cosas viejas. Sentía —o creía sentir— una energía, como un latigazo de electricidad que lo conectaba con aquellos hombres muertos hacía siglos. Todo está en estas piedras, pensó.

A la altura de la Plaza de la Merced, giró a la derecha y se alejó de la muralla. Un par de cuerdas más adelante supo que iba por buen rumbo y se sorprendió de que su memoria conservara aquella capacidad para orientarse. Al fondo de la calle estaba el Teatro Heredia. Sintió alegría. Luego algo parecido al miedo, como quien llega al hogar después de una larga ausencia y teme encontrar a alguien ocupando su cama.

Había estado allí solo una vez, pero no entró. Como para todo lo demás, Rossi

siempre había tenido presente que eran viajes de trabajo, no de placer. Y el trabajo no incluía visitas al teatro.

Inmerso en la antigüedad del entorno, el edificio centenario se veía joven. La fachada neoclásica se adaptaba con armonía al resto de las construcciones. Rossi no estaba seguro, pero a la distancia le parecía que el teatro estaba más limpio, más luminoso, como un mueble viejo que alguien acaba de lustrar. El calor empezaba a colarse por debajo de la ropa y la humedecía. Rossi sabía que ese sudor también nacía de sus nervios.

Era probable que Pedro Ángel Pastor hubiera muerto hacía tiempo, olvidado y solo, quizá en aquella misma isla donde debió esconderse. Y también era probable que su padre hubiera imaginado aquel encuentro de la tarde anterior. Por pequeño que fuera el recinto amurallado resultaba una coincidencia casi imposible que un viejo medio chiflado hubiera encontrado sin esfuerzo al hombre que nadie recordaba.

Rodeó el teatro y volvió a la fachada. Se alejó unos metros y se quedó parado al sol, con la mirada puesta en los balcones, simulando ser un turista de paseo. Era absurdo pretender entrar a esa hora de la mañana. ¿Y qué pensabas, idiota?, se dijo. No esperarías que hubiera función, ¿no? ¿O que tu padre dijera algo coherente? Se sintió ridículo, torpe y, de pronto, lo envolvió la tristeza.

Te lo ganaste, Rossi, por hijo de puta te lo ganaste. Una mujer muerta, dos hijos que dan lástima, un padre loco y una carrera que pudo haber seguido, pero que vos truncaste. Vos mismo te encargaste de destruirlo todo con aquella pendejada. ¿Crisis de los cuarenta? ¿Cuál fue tu crisis, eh? Tenías una familia y un porvenir lleno de promesas. Pero querías más. Querías emociones. Sentirte joven... ¡Si eras joven, imbécil! Si todo estaba allí, tan cerca. Y, en lugar de estirar la mano para tomarlo, lo arrancaste de cuajo, lo rompiste. Estás solo porque te lo buscaste. Y bien merecido lo tenés.

La mañana se inundó con una luz blanca y los rayos del sol eran puntadas que se le clavaban en la frente. Le dolía la cabeza, tenía sed. No había nada más que hacer allí. Cuando ya casi volteaba para el regreso, algo le atrajo la mirada. Desde la azotea del teatro, caía una lluvia plateada, una sucesión de gotitas que bajaban planeando hasta la calle como si alguien hubiera abierto una jaula de mariposas. Rossi aguzó la vista, pero no distinguió el punto exacto de donde surgían. Y antes de que la última mariposa se posara en el suelo, ya otra bandada planeaba desde el extremo opuesto del teatro. La brisa era leve, pero suficiente para balancear el vuelo y mantenerlas suspendidas en el aire durante varios segundos en los que el sol se reflejaba en tornasoles. No había que preguntarse si eran mariposas; bastaba con creerlo.

—Es el loco —dijo una voz a sus espaldas.

Rossi giró. Un muchacho, poco más que un niño, se había detenido a un par de metros y también miraba hacia arriba, donde una mariposa solitaria demoraba su vuelo. Traía puestos varios sombreros, uno sobre el otro, y un bolso tejido que llevaba colgado en bandolera.

—¿Sombbrero p'al sol? Sombrero vueltaio, original de Tuchín, no chino..., trenzaio por nuestra gente.

Rossi tomó el sombrero y le divirtió la alusión al origen. Treinta años antes a nadie se le hubiera ocurrido que una artesanía colombiana pudiera ser china, pero ahora parecía necesario aclararlo. Miró las trenzas de caña flecha alternadas en negro, blanco y marrón.

—¿Loco?

—El loquito del teatro.

—¿Vive alguien allí?

—Ajá, señó', vive, sí. Pero ¿va a llevá' el sombrero? Mire que está bonito. Puede elegí'. ¡Se lo deajo en ochenta barritas!

—¿Ochenta que?

—Pesitos, ochenta mil pesitos por este sombrero...

Rossi sabía que lo estaba pagando caro, pero no era el momento para regateos. Extendió unos billetes y tomó cualquier sombrero.

—Entonces, me contabas del loco...

Satisfecho por la primera venta de la mañana, el muchacho se desentendió de la conversación y miró a Rossi con cara de desconcierto, como si lo hubiera inquirido por el aterrizaje de un marciano. Pero Rossi no lo iba a dejar ir así nomás. Ni siquiera iba a usar el sombrero. Los detestaba. Te aplastan el pelo y las ideas, decía cuando alguno de sus colegas se aparecía por la redacción con la cabeza cubierta. Quizá su padre lo quisiera. De momento, aquella cosita que colgaba de su índice como un trozo de cerdo de un gancho carnicero debía rendir sus frutos. Buscó toda la amabilidad que encontró en su interior y, ya molesto, apoyó la mano libre en el hombro del muchacho.

—Dijiste que en el teatro hay un loco.

—Sí, señó', y bien loquito.

—¿Desde cuándo vive allí?

—Pues, a mí no me lo pregunte. Desde que yo era pelao...

—¿Pelao?

—Pelao, así —colocó la palma de la mano a la altura de la rodilla—, desde que yo era niño. Pero quién sabe. Mi madre dice que se metió al teatro antes de lo de mi hermano. Y mi hermano se fue hace ¡uff!..., ni yo le he visto la cara... p'al monte, con la guerrilla, mucho antes que yo naciera.

Hizo un gesto como quien empuña un fusil y dispara al aire. Rossi ensayó una sonrisa que no pasó del intento. El chistecito no le causaba la menor gracia. Sabía de los sufrimientos del pueblo colombiano desgarrado por la violencia que atacaba desde cualquier flanco y en cualquier momento. Y ese pueblo sufriente que cada día lloraba a sus secuestrados y a sus muertos, sin embargo, no perdía la alegría. A Colombia la salvaba su pueblo aferrado con obstinada alegría a la vida.

—Entonces, ¿está ahí desde hace cuánto? —se preguntó en voz alta—. Y ¿loco

por qué? ¿Qué hace?

—¡Hombre, eso! Tira papelitos a los turistas, pura huevonada.

—¿Y tú lo has visto?

—Una vez, nomás. Antes le tenía miedo.

—¿Miedo?

—Ese man es raro, señó', el hijueputa nos corretió una vez, a mí y a mis amigos. Nomás unos metros, pero nos corretió.

—¿Y ustedes?

—Nada, señó', se lo juro por esta —y se besó la yema de los dedos—. Nomás queríamos ve' si no era embuste...

—¿Qué cosa?

—Lo que dicen, que el loquito se disfraza y se trepa al exenario.

—Escenario.

—Esa vaina, sí.

—¿Y?

—Y nada, le entramos por la puerta aquella, ¿ve?, ahora la reforzaron, pero antes cualquiera la abría... le entramos y allí estaba, señó', se lo juro... Tenía ropa como de soldado y decía cosas de un gallo, que el gallo esto y aquello, mismo no me acuerdo —se rio con ganas—. Estábamos cagaos de la risa y entonces, al Tili, el Tili es mi amigo, se le escapó un ruido, se rio, creo, porque era algo ese hombre, verlo ahí gritándole al gallo...

—¿Y?

—Nos vio y salimos como voladó' sin palo. Eso hace mucho. El Tili también se fue p'al monte. Ahora está con su mamá, no aquí en la ciudad, afuera, y está mocho —se tocó un brazo—... y toma mucho el Tili, a veces voy a verlo...

—¿Cómo se llama este hombre?

—Eso no se dice —escupió en el piso—, es de mala suerte. Del loquito no se habla. Mi mamá me lo tiene prohibido. A veces lo veo cuando vuelvo de noche. Anda siempre detrás de la ventana. ¿Ve? Seguro que ahora nos está mirando, y ya me está entrando el susto. Pa' qué me hizo hablá' tanto que después tengo que volvé' por aquí. Mire si se le da...

Rossi ya no escuchaba. El muchacho dijo un par de cosas, hizo una reverencia con su pila de sombreros y desapareció. El dolor de cabeza se centraba en la frente, justo encima de la nariz y se disipaba hacia las sienes. Aún tuvo fuerzas para elegir una puerta y golpear. No hubo respuesta. Insistió. Cambió de puerta, batió palmas. Nada. Creyó que la cabeza le iba a estallar y buscó una sombra para guarecerse. Se sentó en el piso y apretó la parte superior del hueso nasal con dos dedos. Digitopuntura básica, como le había enseñado ya no recordaba quién ni dónde. Así estuvo un par de minutos hasta que el dolor comenzó a ceder. Abrió los ojos y, aún encandilado por el sol, vio que su sombrero vueltaio, su sombrero original, hecho por la gente del lugar y de ningún modo en la China, su dichoso sombrero por el que

acababa de pagar muy buen dinero, lucía con descaro el borde desflecado de una etiqueta blanca que alguien se había tomado el trabajo de cortar.

—Sentadito, sentadito en el pisito durito...

Parado frente a él, su padre lo miraba con cara de maestro que ha descubierto al alumno en plena rabona. Llevaba su bolsito con los pañales y la fotocopia de su pasaporte. La tarde anterior había agregado una tarjeta del hotel. Si se perdía, alguien lo ayudaría a encontrar el camino.

—... así te va a quedar el culito.

—¡Papá!

—Muy lindo, eh. El viejito hace el trabajo de detective y el muchachito se corta por las de él —estiró el cuello y, como un tenor a punto de lanzar su nota más alta, gritó—. ¡Traidooooooooor!

—Papá, shhh, que va a despertar a medio pueblo.

—¡Si aquí nadie duerme!

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—En submarino. ¡Caminando, cómo va a ser!

—Pero si es lejos, papá.

—Qué lejos ni lejos, hay que ir pegadito a la muralla y ya está. Después te enseño. Ahora tengo que devolverle la ropa a este hombre —abrió el bolso y revolvió en su interior—. ¡Jo! Me parece que falta algo, ¿no?

—Déjeme ver. Las bermudas y la guayabera. Está todo. ¿Sabe qué? Todavía no entiendo por qué terminó aquí las otras tardes. ¿Qué se le dio por meterse en el teatro?

—No me metí. Andaba caminando, medio perdido, y tuve un apuro. Los pantalones... tenía los pantalones... Se ve que el loquito me estaba mirando y salió. Me dio ropa... y cuando me dijo su nombre... yo me olvido de algunas cosas, pero ese nombre... —volvió a revolver su morral—. Para mí que falta algo.

—Vamos, papá, vamos que todavía no desayuné. ¿Desayunó usted?

—El mozo es puto.

—¿Eh?

—Eso, que el mozo es puto. Me ofreció un platanico; señor, ¿le pongo un platanico? ¡Platanico, las bolas! Lo mandé a cagar. Y no pienso desayunar más ahí. Me compré esto a la vuelta del hotel.

Sacó un paquete del bolsillo trasero del pantalón y lo abrió. Había tres tortillitas de un amarillo intenso. El aceite de la fritanga había traspasado el papel.

—¡Pocotines! —gritó Elviejo.

—Patacones, papá —tomó uno, más por complacer a su padre que por apetito. Elviejo lo miró comer y se sentó a su lado. Masticaba con gusto y se limpiaba las manos en el cordón de la vereda.

La calle comenzaba a poblarse de colores y sonidos. Rossi creyó distinguir un grupo de escritores que bien podían ir a una de sus actividades o volver de una juerga.

Dada la hora, lo segundo era más probable. Dormirán hasta entrada la tarde, pensó Rossi, y luego se lo contarán a medio mundo como si fuera una hazaña. Harán de esta nochecita una gran historia de excesos y la repetirán hasta el día de su muerte: la noche de borrachera en Cartagena. Como si un escritor tuviera que pasar por eso, como si fuera un requisito para escribir bien. A todos tiene que gustar el alcohol y la noche. Y, si no les gusta, fingirlo, pensó con desdén.

—Papá, tengo que hablar con ese hombre.

—¡Y habla!

—No abre.

—Pero ¡qué no va a abrir ese viejo mañero! Dejámelo a mí.

Caminó hasta el teatro y lo rodeó. Rossi comprobó lo que temía: una mancha de aceite se extendía en la parte trasera de los pantalones. Unos minutos más tarde Elviejo estaba de regreso.

—Dice que...

—¿Le abrió?

—¡Claro! Dice que hay que esperar a que termine de arreglarse.

—¿Y eso? ¿Cuánto será? El sol está apretando.

—¡Yo qué sé! ¿A mí me preguntás? Estos viejos son medio locos, lo mismo se toma el día entero para disfrazarse.

—¿Disfrazarse?

—Hoy le toca algo de un ángel...

—Papá, ¿qué está diciendo?

—Un ángel creo que dijo, sí, un viejo con alas de ángel. ¡Qué sé yo! No me mires con esa cara. El loco es él.

Media hora más tarde, las esperanzas abandonaban a Rossi. Cinco minutos más, solo cinco, se dijo. Los minutos pasaron pastosos en su reloj. Una maría mulata picoteaba el suelo. Rossi se fascinó con la iridiscencia de su plumaje negrísimo que lanzaba destellos hacia el sol. Si grazna, pensó Rossi, esperaré un minuto más. Pero el pájaro no graznó. Rossi tomó a su padre por el codo y lo tironeó con suavidad.

—Vamos, papá. Vuelvo más tarde, cuando abra.

Elviejo se puso de pie, pero en lugar de seguir a Rossi que ya enfilaba calle arriba, se dirigió al teatro.

—¡Papá! —gritó Rossi y dio una corta carrera hasta alcanzarlo.

Entonces Elviejo le señaló una puertita lateral entreabierta.

—¿Ves? Por ahí...

Entraron. Estaba oscuro. Poco a poco las formas fueron adquiriendo sentido. Elviejo tomó a Rossi de la mano y lo tironeó hacia un pasillo. Rossi apretó la mano de su padre y se dejó llevar a través de la penumbra. Supo que siempre recordaría ese momento. Entraron a uno de los palcos laterales. Lo que se abrió ante su vista fue de una belleza sobrecogedora y, por un instante, Rossi olvidó por qué estaba allí.

—Esto es... papá, esto es tan, tan hermoso, es...

Elviejo había perdido todo interés en el lugar y revolvía su bolso. Sacó un pañal descartable, lo desplegó y se sonó la nariz. Luego volvió a guardarlo. El teatro no era demasiado grande ni demasiado pequeño. Perfecto, diría Rossi cuando más tarde intentara buscar el mejor adjetivo. Pero bien sabía que no había necesidad de adjetivos si uno tenía el sustantivo correcto; que incluso el adjetivo podía devaluar ese sustantivo cuando era innecesario. Que la múltiple adjetivación era, en casi todos los casos, puro exceso en el que cada palabra cedía a favor de las otras un poco de su valor y, al final, todas acababan perdiendo. Rossi detestaba los adjetivos y los cazaba con gusto cada vez que corregía sus textos.

Se apoyó en el balconcito de madera y levantó los ojos hacia el magnífico plafón sobre la platea. Nueve mujeres danzaban desnudas en torno a la araña de cristal. Una sostenía una máscara; otra, un libro; otra un instrumento que podía ser un laúd. En el fondo, un cielo azul, un azul velazqueño tachonado de nubes. Musas, pensó Rossi. En un extremo, como un Espíritu Santo pagano, dos pájaros negros señalaban con el pico la danza de las mujeres. Cuándo no, se dijo Rossi, la maría mulata tenía que ser. La única luz provenía de la galería alta y apenas alcanzaba para iluminar la yesería dorada de los frisos, que se revelaba como una delicada filigrana y confería al recinto un carácter solemne. Rossi apreció el trabajo fino de ebanistería en las celosías de madera calada que cerraban los palcos y que impregnaban el lugar de un lejano aire mudéjar.

—¡Allá! —dijo su padre en un susurro que casi fue un grito.

Sobre el escenario, delante del imponente telón pintado en el que se apreciaba la ciudad de Cartagena, un hombre estaba de pie, con la cabeza gacha. Vestía andrajos y llevaba unas alas enormes detrás de la espalda. Rossi lo reconoció de inmediato. El tiempo no había podido con aquel cuerpo. Su altura, ahora disimulada en la inclinación hacia las tablas, amenazaba con alcanzar proporciones gigantescas si se erguía. Rossi recordó fugazmente una pintura de Klimt que siempre lo había impresionado. El hombre de la pintura besaba a una mujer. Si enderezaba el cuello, su cabeza traspasaría el marco y se saldría del cuadro.

De pronto, como si se hubiera elevado sobre sí y la gravedad lo hubiera hecho caer bruscamente en sus zapatos, Rossi recordó por qué estaba allí. Por qué había vuelto a Cartagena treinta años después de la tragedia y cuánto había tallado en su vida aquel hombrón ahora de pie en el escenario de un teatro vacío. No era solo la apuesta, ni el pedido del director, ni siquiera la obstinada defensa de su vocación de viejo periodista. No. Tampoco había vuelto para repetir el éxito de aquella entrevista, ni para ver a Pedro Ángel Pastor, ni siquiera a Alena. Había vuelto para todo eso y para algo distinto, un motivo superior que tenía que ver con Rossi, pero también con sus seres queridos.

Había vuelto para recuperar el pasado, estar en el sitio donde todo había ocurrido, respirar el mismo aire, pisar el mismo suelo. Para entender. Había vuelto a Cartagena para entender. Había vuelto con una pregunta, la única pregunta que lo había



atormentado durante tres décadas, la única que día y noche martillaba su pensamiento y se le instalaba como un puño en el estómago o como una lágrima siempre a punto en el fondo de los ojos. Y era saber si tanto sufrimiento había tenido una razón que valiera la pena. Y si acaso existía una posibilidad de perdón. Porque había hecho algo terrible. Algo que taladraba su conciencia. Una canallada tan tremenda que había arruinado la vida de muchos, pero, sobre todo, la de un hombre.

\*\*\*

Rossi no podía saberlo entonces, pero esa tarde, a la hora de la siesta, apenas iba a dormir. Convertido en una oruga gigantesca, pasaría los minutos dando vueltas y enrollándose en las sábanas. El cielo estaría oscureciendo cuando una imagen se le instalaría en la mente para conducirlo con dulzura hasta el sueño. Desde la azotea del teatro, entreveradas con las mariposas de plata, Rossi iba a soñar que alguien lanzaba al viento sus cenizas.

## IX

Entre el palco y el escenario se extendía la platea de butacas rojas. El hombre desapareció detrás del telón y unos segundos después se encendieron las luces superiores, que apuntaban al techo y creaban una iluminación difusa. El telón pintado con colores vivos se agitó cuando el hombre volvió a aparecer, esta vez por el extremo izquierdo. Por allí hizo su entrada con sus harapos y sus alas. Era, sin lugar a dudas, ropa de utilería. Incluso a la distancia Rossi pudo ver que la tela no estaba sucia y que tenía un suave brillo de satén, algo absurdo para un harapo verdadero. Dios mío, pensó, está disfrazado.

El hombre extendió las alas y corrió, como si revoloteara, a lo largo del escenario. A un lado y al otro, a uno y a otro lado hasta que, extenuado, se sentó en el piso y hundió la cabeza entre las manos. Como impulsado por un súbito temor, levantó de pronto la mirada, los ojos bien abiertos, y comenzó a gemir. Se protegía la cara, pedía que, por favor, ya no le tiraran cosas, lloraba, o parecía llorar. Luego, otra vez quedó en silencio, convertido en un montón de huesos, acurrucado contra el telón, con las alas caídas. Y así permaneció un tiempo que a Rossi le pareció inacabable, pero que no duró más que medio minuto, al cabo del cual estiró las alas, miró cada palmo de su cuerpo como un mecánico que comprueba el orden de las piezas, se irguió entre sus harapos y, extendiendo los brazos —las alas con ellos—, comenzó a agitarlos en un simulacro de algo que solo podía ser un vuelo. Y se fue.

Elviejo se puso de pie y aplaudió con un entusiasmo que Rossi no le había visto desde algún lejano partido de fútbol. Bravo, bravo, gritaba. Rossi aplaudió también. El hombre retornó al escenario e hizo una reverencia. Las palmas retumbaban en la soledad del teatro.

—Gracias, gracias, gracias —dijo y Rossi volvió a sentir el pinchazo del recuerdo. Estaba más delgado, muchísimo, pero bajo la piel agrisada aún se distinguía al mulato imponente. Les hizo una seña y Elviejo indicó a Rossi que era momento de ir a saludarlo. Aquello era tan absurdo. Parecían dos espectadores camino al camarín de la estrella.

—¿Adónde vamos, papá?

—¿No querías hablar con él?

—Pero papá, ese...

Elviejo ya se había desentendido de su hijo, o mejor dicho, del discurso de su hijo que siempre le había resultado aburrido y del que ahora, sin esfuerzo, podía prescindir como quien desenchufa una radio. Era una de las ventajas de la enfermedad. Escuchaba lo que quería. Y lo que no, era como si no existiera. Rossi lo siguió hasta el borde de la platea junto al escenario, donde el hombre los esperaba con sus alas y sus harapos. Elviejo parecía encantado de haber propiciado el encuentro. Se sentía importante. O quizá útil, un sentimiento que lo había abandonado hacía mucho.

—¿Cómo dice que le va, amigo?

—¿Quihubo, compadre? ¡Chóquele esas alas! —abrió la boca en una mueca como una risa. Le faltaban varios dientes.

—Aquí le traigo a mi hijo.

—¿Y qué le pareció?

—¿Qué cosa?

—La actuación, compa, qué va a ser, la actuación.

—¡De puta madre!

—Ya, eso me pareció a mí. ¿Vio cuánto aplauso?

—Todo el mundo de pie. Muy natural... lo de las alas, digo, parecía que volaba en serio.

—Es que volé, por esta se lo juro, volé. ¿Y qué me dice del gallinero, eh? Vio qué escena. ¿Y el curita? No diga que no salió bien esa escena, compadre. Ah, sí, aunque lo mejor es el vuelo, el vuelo final... a la gente le encanta.

—Vine a devolverle esto y algo más que no me acuerdo.

—Deje ver... la guayabera y el pantaloncico, pa' mí que con esto estamos, compadre.

—Si usted dice.

Recién entonces el hombre reparó en Rossi. Elviejo también pareció recordar que su hijo, atónito ante el diálogo que acababa de presenciar, estaba a sus espaldas.

—Ah, lo que le decía, aquí le traje a mi hijo, el periodista.

Rossi le extendió la mano.

—Disculpe que no le dé la mano, señor, es que con estas alas...

—No se preocupe. ¿Cómo le va?

—¿A mí? A mí me va de maravilla, ¿y a usted? ¿Qué tal el espectáculo?

—Yo... lo, lo, lo felicito.

—Se agradece. ¿Vino a hacerme una entrevista?

Rossi tragó saliva y acomodó la voz con una tosecita suave.

—¿Pedro Ángel Pastor?

—El mismo.

—¿Me recuerda?

—Ay, compa —dijo Pedro Ángel a Elviejo—, ¿cómo no me lo dijo? Se supone que yo conozco al señor —volviéndose hacia Rossi—. ¿Sabe cuántos vienen a verme? ¿Cómo me voy a acordar yo de todos ellos? Pero qué pena, m'hijo, qué pena, no vaya usted por ahí diciendo que Pedro Ángel Pastor es un maleducado, no, es que son tantos...

—Franco Rossi. Le hice una entrevista hace treinta años.

Pedro Ángel pareció levemente incómodo, algo que Rossi notó en la voz y hubiera podido notar en cierto brillo de la mirada si la iluminación lo hubiera permitido, un brillo junto al lacrimal y una mínima caída de los párpados.

—Treinta años —repitió Pedro Ángel con un dejo de amargura— es casi una

vida, o una vida enterita p' algunos —luego, como si se hubiera repuesto de un desmayo y necesitara recuperar el tiempo perdido, volvió a su anterior excitación—. ¡Pasen por aquí! ¡Prensa extranjera! ¿Han recorrido Cartagena? ¿No? Pues ya mismito me la recorren. Están en la ciudad más bella del mundo. De aquí derecho a la plaza de San Diego. A esta hora se aguanta bien el calor. Eso sí, por la sombrita. Se sientan en un banco y me miran toíto alrededor. Ya me dirán si han visto algo así. Casitas bajas del color que pidan... No está lejos, no, unas cinco o seis cuabras, ya les indico después...

—Le agradezco la recomendación, pero... ¿usted cree que puede darme esa entrevista? Digo, ¿podemos charlar?

—¿Y qué estamos haciendo, m'hijo?

—Disculpe, me refería a si quiere cambiarse, ponerse cómodo, yo vuelvo a la hora que usted me diga.

—¿Cambiar-me?

—El disfraz... el vestuario.

Pedro Ángel Pastor miró a Elviejo como interrogándolo acerca de ese imbécil que le había traído a importunarlo. E ignorando a Rossi preguntó:

—Entonces, compadre, ¿se siente mejor hoy? ¿Qué vuelta la de ayer, eh?

—¡Ni me lo diga! Menos mal que lo encontré a usted, que si no...

—¡Ajá! No es nada; no agradezca. Boté su ropa, como me dijo.

—¿Le dije eso?

—Pues, sí, compadre, eso me dijo y, además, no se ofenda, pero quién iba a guardar un pantalón cagao.

Los dos rieron. Rossi quería llorar y estaba a punto de hacerlo.

—Pase por aquí, compadre.

Caminaron por un extenso pasillo que descendía hacia las profundidades del teatro. La oscuridad apenas se cortaba con una bombilla encendida cada tanto y un farol antiguo en cuyo interior ardía una solitaria vela. Caminaron entre cuerdas, andamios y trozos de madera de antiguos decorados. Olía a humedad y el polvo se metía por la nariz, pero la temperatura era bastante más agradable que arriba y en algún tramo Rossi creyó ver en las paredes un resplandor tenue que solo podía ser agua filtrada.

Descendieron hasta desembocar en un sótano sin ventanas, amplio, atiborrado de percheros largos de los que colgaban las más excéntricas prendas. Allí solo había dos bombillas encendidas y Rossi alcanzó a divisar, entre las ropas, una cama de hierro y una puerta diminuta que, más tarde, cuando su padre tuvo uno de sus apuros, supo que era un baño precario. Rossi sintió claustrofobia y una piedad honda, la vergüenza ajena de quien sabe que no debe estar viendo esa miseria. Recordó la cabaña en la isla, el turquesa de las aguas, la frescura de las plantas que se colaban por cualquier ventana y se integraban como una pieza más del mobiliario. Buscó la mirada de Pedro Ángel y, a pesar de la oscuridad, hubiera podido jurar que también él estaba

avergonzado.

—¡Jo! —dijo Elviejo—. ¿Vive aquí?

—Aquí mismo.

—El fantasma de la ópera —dijo Rossi bajito.

Pedro Ángel se metió detrás de un perchero del que colgaban gruesos trajes bordados con plumas y pedrería multicolor y apareció por el otro lado con dos cajones de madera sobre los que colocó unos almohadones raídos. De un estante trajo vasos y una botella que ofreció como el mejor ron, pero que resultó ser limonada tibia. Él se sirvió agua de una jarra sucia. Elviejo estaba encantado. Rossi apenas se mojó los labios. Pedro Ángel se alejó un poco para observarlos, como un rey que agasaja en su palacio.

—¡Beban! ¡A la salud de Melpómene! —y bebió un trago—. ¡A la salud de Talía!

Siempre con sus alas auestas, fue encendiendo los faroles con velas que había por toda la habitación, algunos colgados de las paredes, otros apoyados en el piso. La estancia se inundó de una luz dorada que proyectaba sombras cuando se le interponía un perchero o un traje con su tocado de plumas. Rossi sintió que una muchedumbre de espectros había acudido a algún llamado silencioso y que ahora deambulaban por el sótano jugando a las escondidas entre las estrafalarias piezas de vestuario. Pedro Ángel caminó hasta el centro de la habitación y se detuvo sobre una pequeña plataforma metálica.

—Si fuera tan amable —dijo a Rossi—, cuando se lo indique, ¿podría levantar aquella palanca? Bien suavemente.

Rossi se llevó la mano al pecho con cara de ¿yo, es a mí a quien habla?

—Sí, vos, hacé lo que te dice —ordenó Elviejo y miró a Pedro Ángel buscando comprensión por el idiota de su hijo.

Rossi se acercó a la palanca, a unos metros de la plataforma, y esperó. Pedro Ángel cerró los ojos, tomó aire y asintió con la cabeza. Rossi levantó la palanca con lentitud y Pedro Ángel extendió cuanto pudo sus alas mientras se elevaba hacia el techo sobre la plataforma que ascendía.

—¡Bravo! —volvió a aplaudir Elviejo.

A no más de metro y medio del suelo, Pedro Ángel se veía feliz.

—No puedo hacerlo en el escenario —explicó—. Necesito que alguien me ayude a cargar la plataforma y estos verracos siempre con pereza. Los de mantenimiento, ¿los ha visto? —volvía a dirigirse solo a Elviejo, como si Rossi tuviera la propiedad de aparecer y desaparecer cada tanto—. ¡No, claro! ¡Qué los va a ver! Si vienen un rato antes de la función. Trabajan lo menos posible y, si pueden, no trabajan. Y un ángel necesita volar, ¿no le parece?

—Yo nunca había visto uno —contestó Elviejo.

—¡Hasta hoy, compadre, hasta hoy! Ya tiene su primer ángel. Y verá muchos más por aquí. En Cartagena está lleno. Se meten en las casas por la noche y comen toda la fruta que encuentran. Hay gente que los sorprende dormiditos en la hamaca del patio.

No hay que despertarlos. Nunca despierte a un ángel, compadre, porque se vuela y se le lleva la buena suerte. ¡Puf! Si quiere ver uno, déjele una canasta con frutas. Donde haya fruta tenga seguridad de que habrá un ángel cerca —se volvió hacia Rossi—. ¿Me presta aquella cajita, señor, si es tan amable?

Rossi se acercó al estante que el hombre le señalaba y tomó la cajita. Junto a ella se apilaban unos cuantos libros desvencijados por el uso, pero dispuestos con un orden que obedecía a algún tipo de cuidado. A Rossi se le apretó la garganta cuando vio el nombre del autor de todos ellos. Solo un autor, siempre el mismo, diez o doce, quizá veinte libros firmados por Gabriel García Márquez. Su gloria había significado la caída de otro hombre, ese otro que ahora estaba de pie sobre una ridícula plataforma, aleteando como un ángel prisionero, convencido de ser quien no era. Transformado en un personaje, un personaje creado por el otro, el que se había llevado todos los honores. Rossi entregó la cajita a Pedro Ángel y se apoyó contra un muro intentando controlar la emoción.

Pedro Ángel dio cuerda y dejó que de la cajita escapara una música simplona, como de campanitas, una música que, sin embargo, añadía el complemento perfecto a la cursilería de la escena. Volvió a dar cuerda una y otra vez. Rossi perdió la cuenta y casi la paciencia, pero se contuvo. Así permanecieron los tres en silencio hasta que la música acabó y Pedro Ángel le pidió que bajara con cuidado la palanca para que el ángel se posara otra vez en la tierra.

—Soy un ángel y es tan bello lo que siento...

—Me gustaría hacerle la entrevista, si le parece.

—La entrevista, sí, entrevista a un ángel. Es un buen título. ¿Ya había entrevistado a otro antes?

—No, señor, es el primer ángel que veo.

—Ajá, entiendo. No será el último, señor. Aquí, en Cartagena, está lleno.

—Lo sé. Iré atento, se lo prometo. Y pondré una canasta con frutas en mi balcón. ¿Le parece si nos sentamos aquí?

—¿Aquí? ¿Es la cueva de un ángel un buen lugar para una entrevista? ¿O mejor sería ir a las nubes? ¿Qué dice usted?

—Aquí está bien, creo.

—¿Y las fotos?

—¿Quiere fotos?

—Toda entrevista debe tener su foto. Las alas no se verán, de todos modos; no me pregunte por qué, pero las alas nunca salen. Tiene que haber una foto. La gente no creerá de otro modo. La gente tiene que ver. Sin foto, no habrá entrevista.

—¿Puedo venir más tarde con una cámara? —de pronto, Rossi recordó a Daniel y supo que el encuentro del día anterior no había sido una pieza inútil de aquel extraño rompecabezas—. Podría traer a un fotógrafo, incluso. Un fotógrafo de gente famosa, solo gente importante. ¿A las once? ¿A las once le parece?

—Va pa' esa —dijo Pedro Ángel y, como si lo hubiera cubierto de pronto una

nube de sueño, se acurrucó en un rincón y se durmió. O fingió hacerlo.

—Este tipo está del tomate —dijo Elviejo— Mirá si va a ser un ángel. Voy al baño un segundito y nos vamos al hotel que me está entrando hambre.

Desanduvieron cuesta arriba el pasillo y dieron con el corredor que los llevó a la puerta lateral por donde habían entrado. El sol del mediodía los cegó. Rossi sintió sed, una sed desesperada que le raspaba la garganta y se le confundía con la angustia. De golpe tuvo miedo. Miedo a que aquello no le estuviera sucediendo, a despertar en su triste cama de Montevideo, pero sobre todo, miedo a regresar por la noche y que Pedro Ángel ya no estuviera. Porque solo él podía conducirlo a Alena.

## X

No le costó trabajo encontrar a Daniel. Deambulaba por el vestíbulo del hotel fotografiando todo lo que se le ponía a tiro. Hacía gala de una simpatía extrema y jamás se negaba cuando le pedían una foto, ni siquiera con los turistas o los jovencitos inoportunos que zumbaban a cualquier hora en enjambres estridentes.

Rossi pensó que en otra época un fotógrafo debía pensar dos veces antes de tomar una foto. Los rollos y el revelado eran carísimos y limitaban las posibilidades. Ahora no había que preocuparse por eso. Los fotógrafos disparaban y disparaban como soldados enloquecidos en medio de una guerra de trincheras. Luego, siempre había tiempo de descartar tomas y quedarse con las mejores fotos.

No solo había cambiado el trabajo de los profesionales. La gente común también abusaba e iba con su camarita a todas partes fotografiando desde un atardecer hasta el nudo del cordón de los zapatos. Y todo para qué, se preguntaba Rossi. Para acabar con miles de fotos en una computadora. Fotos que se enviaban por correo electrónico y que eran olvidadas al instante. Fotos que ya nadie colocaba en portarretratos.

Y el *fotoshop*, esa mentira institucionalizada que había acabado con el prestigio de la fotografía como prueba de la realidad. Antes las cosas eran verdad solo porque así aparecían en una foto. Ahora, una foto más bien inducía a pensar todo lo contrario, es decir, que lo que parecía ser, no era. El antiguo arte del retoque no podía compararse con esto. Había una diferencia entre la fineza de aquellos labios enrojados artificialmente y esta capacidad frankensteiniana de convertir en sílfide a cualquier ballena.

—A las once menos cuarto, entonces, aquí abajo —dijo Daniel divertido—. Pero ¿no va a adelantarme algo? ¿Ni siquiera adónde vamos?

—A las once menos cuarto, Daniel. No puedo decirle más porque es probable que nos volvamos con las manos vacías. Pero si sale...

Rossi fue al comedor, donde su padre lo esperaba para el almuerzo. Apenas tenía apetito. Se sirvió una ensalada de rúcula, peras y queso, pero no la probó. Su padre, en cambio, comió por los dos.

—Voy a pintar algo —dijo.

—Eso es muy bueno, papá, lo va a mantener ocupado. Todavía nos quedan unos días por aquí.

—Para el hombre del teatro, el Pastor.

—¿Va a pintar para Pedro Ángel?

—Ese.

—¿Y qué va a pintar?

—Algo me pidió, pero no me acuerdo —se lo veía triste. Buceaba en su mente y la encontraba vacía o llena de lo que en ese momento no necesitaba.

—No se preocupe, papá, ya se va a acordar. Voy a dormir una siesta.

Subieron a la habitación. Hacía demasiado calor y encendieron el aire



acondicionado, pero no cerraron la ventana. Rossi necesitaba oxígeno. Un ambiente cerrado, por fresco que estuviera, se le antojaba una lata de conservas. Entornaron los postigos y Elviejo se durmió casi de inmediato. Rossi miró las pastillas sobre la mesa de luz. Tantas veces había pensado en tomar una y tantas veces se había negado. Sentía algo de desprecio por quienes necesitaban esa ayuda química para descansar. El mismo desprecio que sentía por los que iban al psicólogo o al psiquiatra. El problema está dentro de uno, decía, es uno quien lo arregla; los de afuera te ayudan a que no te importe o te drogan para que no te des cuenta, pero es uno el que tiene que hacer los arreglos de su propia casa.

La lucidez de Rossi no alcanzaba para decirse que necesitaba sufrir y que no se hubiera permitido ninguna cura. Necesitaba esa culpa que durante treinta años había constituido el motor de su vida. Esa culpa lo mantenía vivo. Y era en su purga de todos los días que iba recibiendo el castigo. Era un condenado a muerte lenta. Un torturado al que cada día abren un tajito nuevo con una hojilla de afeitar.

Aquella tarde apenas pegó un ojo. Después de girar a un lado y al otro, después de ir al baño un par de veces, lavarse la cara, acostarse, volver, ya cuando era obvio que no conciliaría el sueño, decidió quedarse tumbado boca arriba y esperar. Calculó que serían las cuatro o las cinco y que el sol estaría derritiendo la tierra. Encendió el ventilador de techo solo para concentrarse en las aspas y ver si de ese modo, medio hipnotizado, lograba dormir. Estuvo otro largo rato así, quieto, con los ojos abiertos, y poco a poco sintió que lo ganaba un sopor agradable, algo que podía ser sueño. En esa duermevela dulce volvió a ver que alguien tiraba sus cenizas desde una ventana alta del Teatro Heredia. Y luego se le instaló el recuerdo de Alena.

La vio al amanecer, pequeña y morenita, caminar descalza a lo largo de la playa e inclinarse cada tanto a juntar algo que de inmediato arrojaba al agua. Estrellas de mar, le dijo. La marea las trae por la noche y, si no logran volver, el sol las seca. Hablaba sin mirarlo, pero cuando lo hacía, Rossi sentía que lo analizaba. Fue una larga caminata. Alena le enseñó un rincón de la playa donde el viento había tumbado un grupo de palmeras y ahora estaban con las raíces al aire, inclinadas sobre el agua, resistiendo. Lo llevó hasta un muelle de madera que se adentraba en el mar como una cicatriz y caminaron hasta su extremo, tomados de la mano para no caerse, aunque Rossi perdió el equilibrio y se fue al agua de espaldas. Alena se doblaba de la risa. Rossi se sentía algo avergonzado, pero también feliz. Aquella mujercita lo hacía sentir capaz de cualquier tontería que la hiciera reír otra vez. Reía con todo el rostro, con los ojos y con su boca de dientes blanquísimos. Su risa era como un millar de cascabelitos y Rossi pensaba que bien valía la pena hacerse el payaso para ver y oír aquello.

Las sesiones con Pedro Ángel empezaban después del almuerzo y duraban un par de horas. El resto del tiempo era para Alena. Se despertaban temprano, caminaban por la orilla y devolvían las estrellas al mar. Alena le enseñó los frutos que podía comer y cuáles eran venenosos. Tomaron leche de coco y masticaron las hojas dulces

de una planta cuyo nombre ella no conocía. Y hablaban. Alena le contaba de sus sueños. Quería ser modista. Sabía hacer dobladillos, coser botones y hasta confeccionar alguna prenda sencilla, pero ella quería otra cosa. Quería ser *la* modista de Cartagena, que las señoras pudientes, las que se iban instalando en las viejas casas de fachada inmutable e interiores refinados, vinieran a su taller para que les hiciera la ropa. Un sueño menor, pensó Rossi, de una muchachita con poca educación que no puede aspirar a gran cosa.

Y aun así, incluso desde la subestimación y el ligero desprecio, Rossi se fascinaba con los sueños de Alena, que ya se veía instalada en una casa del barrio de San Diego, una casa blanca, con un alerito de tejas rojas y una buganvilia junto a la puerta. Allí montaría su taller y hasta allí irían las señoras de la ciudad y pedirían hora para que ella las atendiera. Rossi la escuchaba sin entusiasmo, seguro de que Alena nunca alcanzaría su sueño, pero embelesado con el brillo que adquirirían los ojos oscuros y la manera en que la boca se extendía en una línea que parecía una risa siempre a punto de nacer.

Toda ella rezumaba luz. Su piel, las manos que aleteaban con entusiasmo, la boca que se abría para Rossi con una ingenuidad que lo enternecía y excitaba. Él le hablaba de su trabajo en el periódico y exageraba los relatos de algunas anécdotas que Alena escuchaba como una niña ante un cuento de hadas. Más, le pedía, cuénteme más. Él ya no tenía qué contar. Su vida había sido tan aburrida, tan escasa de aventuras, tan plana. Pero ella lo alentaba con su mirada inquieta, lo hacía sentir un superhombre. Y entonces tuvo que inventar algunas historias, entrevistas a gente importante, corresponsalías de guerra, un mundo del que Rossi se había mantenido siempre alejado por cobardía o por pereza, y que ahora creaba para Alena.

¿Cuántos años tenía aquella mulatita? No más de veinte, calculaba Rossi, y la imaginaba desnuda tendida junto a él, acariciándolo y haciéndolo sentir el centro del universo. Porque eso era lo que verdaderamente fascinaba a Rossi, cómo lo hacía sentir. En esos pocos días de caminatas por las playas del Rosario, temprano en la mañana, antes de que irrumpieran los turistas o amparados en la penumbra de los anocheceres, Rossi recibió a cada instante la admiración de Alena. Como un adicto que necesita una dosis en aumento, supo que eso era lo que tanto había buscado. No una mujer, sino una sensación. La sensación de sentirse importante, inteligente, útil, bello.

Alena no preguntó a Rossi si tenía una familia. Ni siquiera sabía dónde estaba Montevideo. Y él no entró en detalles, un poco para no ahuyentarla, otro poco para no herirla. Pero sobre todo, porque necesitaba mantener aquella sensación viva. No iba a permitir que una situación lejana estropeará eso que estaba sintiendo. El hombre de casi cuarenta años había encontrado, por fin, lo que buscaba. La sensación, eso era lo importante ahora y había que mantenerla.

Algunas veces pensaba en su esposa y en sus hijos, pero se esforzaba por alejar el recuerdo. Si persistía, lo guiaba hacia escenas poco gratas, peleas de familia,

reclamos por toallas mojadas, berrinches de niños, ojerías, gritos, quejas. Y no debía esforzarse mucho para que su pensamiento buscara imágenes más gratas; entonces aparecía Alena. Alena caminando por las playas blancas, Alena devolviendo estrellas al mar turquesa, Alena abriendo una fruta con los dedos, Alena recatada y, a la vez, sensual, Alena, Alena, Alena.

Hicieron el amor la última noche. En la cabaña que Pedro Ángel les dejó como quien de pronto recuerda que debe hacer algo importantísimo al otro lado de la isla. Se fue sin aviso luego de la siesta y Rossi no volvió a verlo. Esa noche, arrullados por el mar y el viento, con la única luz de un farol lejano y ese aroma a sal que tanto podía venir de la playa como de la piel de Alena, lo hicieron con una pasión dulce y desesperada. Y a la mañana siguiente se dijeron adiós.

Durante el regreso a casa y en los días que siguieron, Rossi vivió sumido en una especie de borrachera. Había dejado atrás Cartagena y ahora debía escribir aquella entrevista para que el viaje hubiera valido la pena. Pero no podía concentrarse. Estaba lleno de aquella sensación. Volvía un hombre distinto. A los ojos de los demás, quizá era el mismo, pero por dentro, se sentía joven, invencible, capaz de cualquier desafío.

La vuelta a casa fue un calvario. Todo le molestaba. Los niños, su esposa, la rutina. Se sentía asfixiado, necesitaba el aire limpio del Caribe, el olor a sal, y más que nada, necesitaba que la sensación se mantuviera. Temía que fuera desapareciendo, aplastada por la amargura de las responsabilidades diarias. Buscó en su mujer aquella mirada, la energía, el deseo, pero nada. La sensación se debilitaba día tras día. Rossi supo que debía hacer cualquier cosa para no perderla. Debía escribir aquella entrevista. Lo hizo en un estado febril, lleno del recuerdo de Alena.

Con la entrevista vino el éxito. El éxito fortaleció la sensación y, de pronto, fue un titán capaz de cualquier cosa. Luego el premio, y aquellas vacaciones familiares con las que Rossi pretendía atenuar la culpa. Y la certeza de que ya no volvería a casa con su familia, de que cambiaría su billete de regreso. Habría otras Alenas que lo estarían esperando con su amor y su cuerpo, con su forma de mirarlo para que la sensación permaneciera. Y él se transformaría en el mejor periodista del mundo, y mandaría dinero a su familia. Y nadie sufriría. No demasiado. El tiempo iba a acomodar los dolores y los afectos.

\*\*\*

La sensación. Quizá esa era otra de las razones por las que había vuelto a Cartagena. El sueño lo venció justo cuando comenzaba a oscurecer. Elviejo se había levantado hacía rato, de puntillas, y se había metido en el baño a oscuras. Ahora estaba sentado en el borde de la cama y se esforzaba por recordar qué le había pedido el ángel que le pintara. Cuanto más presionaba la memoria, más lejos parecían ponerse los recuerdos. Hacía mucho que no tomaba un pincel y no estaba seguro de poder hacerlo. Nadie lo había notado hasta ahora —o, al menos, nadie se lo había

comentado— pero Elviejo sabía que el temblor iba en aumento. Había empezado hacía unos meses, un ligero temblor de los dedos que se extendía a toda la mano. Nada grave, nada que le impidiera valerse por sí mismo, pero cada semana se volvía evidente que, lejos de retroceder, el temblor se agudizaba. Su hijo ya había dormido demasiado para una siesta. Lo despertó para pedirle que lo acompañara a comprar la tela y los óleos.

—¿A esta hora?!

—Y, sí, a esta hora. ¿Vos no me dijiste que ibas a salir? Bueno, yo me quedo aquí pintando.

—Papá, no voy a conseguir pintura a esta hora y no creo que vendan esas cosas en el casco antiguo.

—En la plaza había un tipo que pintaba, yo lo vi.

—Yo también lo vi, pero habrá traído las pinturas de otra parte.

Rossi no estaba del todo despierto y luchaba por recuperar la placidez del sueño desde donde la voz de su padre lo había arrancado. En medio de la confusión vislumbró una posibilidad. Quizá sería buena idea mantener a su padre ocupado mientras él iba al teatro con Daniel.

—Déjeme ver si puedo arreglarlo.

Levantó el teléfono e hizo una consulta en recepción. A los diez minutos un botones le entregaba a Rossi una bandejita con pasteles y lápices de colores. También un cuaderno grande con hojas gruesas.

—Qué pena, señor, es todo lo que encontramos —se rio con picardía—. Lo tomé del club de niños; hasta mañana no les va a hacer falta.

Rossi le dio una propina y rogó que su padre no se pusiera pesado. Elviejo miró cada objeto y, sin mediar palabra, tomó la bandeja y caminó hasta la terraza. Eligió un pastel verde y comenzó a pintar. Rossi respiró aliviado. Se dio una ducha y calculó que todavía tenía un cuarto de hora antes de encontrarse con Daniel en el vestíbulo. Sacó un par de latas de la heladerita y salió a la terraza. Se acomodó junto a su padre, que detuvo la pintura y abrió una de las latitas.

—Ah, qué rica está, bien fría. Cuando pinto... ni sed, ni hambre, ni calor, ni frío, me puede pasar un tren por encima y no me doy cuenta.

—Eso será la inspiración —dijo Rossi, contento de entablar una conversación más o menos coherente con su padre.

Soplaba una brisa tibia y el perfume de las flores llegaba en oleadas. La noche estaba encantadora.

—Será —respondió Elviejo y volvió a lo suyo.

—¿Qué está pintando?

—La casa de mis padres.

—Qué lindo, papá. La casa de los abuelos. ¿Y se acuerda?

—Al detalle. Podría recorrerla con los ojos vendados. Tu madre la tenía impecable...

—Su madre, papá, querrá decir mi abuela.

—Sí, tu abuela, se entendió, ¿no? Bueno, tu abuela que era mi madre la tenía impecable. Había unas carpetitas tejidas en el aparador. Y sobre las carpetitas, unos adornos de cerámica. Un elefante blanco con un billete en la trompa. La trompa miraba hacia dentro de la casa para que el dinero entrara. Yo mismo puse el billete, de un peso. Y había un jarrón azul en el centro de la mesa con rosas de plástico, ocho rosas rojas. Y una lámina de una escena parisina, una lámina de Pissarro, creo. El abuelo la había estropeado al colgarla y tenía una punta quebrada, pero solo nosotros lo notábamos. Los que venían de visita no se daban cuenta. Y tu madre sufría porque quería que todo estuviera perfecto...

—Papá, ¿cómo recuerda esos detalles? Fue hace tanto.

Elviejo permanecía en silencio, sumido en la densa bruma de aquellos recuerdos, quizá intentando aferrarse a ellos, quedarse para siempre en aquel tiempo, cuando todo estaba bien y el problema más grande de un niño era ver a su madre preocupada por la punta rota de una lámina de Pissarro.

—¿Papá?

—¿Qué querés? —pareció despertar con brusquedad de un mal sueño.

—Me contaba de la casa.

—¿Qué casa?

—Del elefantito y del jarrón con las rosas y de la pintura...

—Mirá que decís pavadas, eh.

—Pero ¿qué está pintando? Me dijo...

—Estoy pintando lo que se me canta en el reverendo culo, ¿estamos? ¡Y no jodas!  
—luego, como si de pronto recordara algo importantísimo, se llenó de ternura y dijo  
—: ¿Llevás pañuelo?

—Llevo.

Elviejo volvió a la pintura, pero Rossi notó que los trazos ya no eran sueltos, sino apretados, endurecidos por una mano que ahora parecía una garra y que, más que pintar, tajeaba el papel con violencia. Como si la memoria hubiera abandonado a su padre y lo hubiera dejado solo, perdido en una casa que había sido suya, pero que ya no era capaz de reconocer.

A las once menos cinco bajó al vestíbulo. Daniel ya lo estaba esperando. Llevaba una remera *beige* y pantalones vaqueros, con ese aspecto juvenil que mantenía a pesar de los años. Rossi aspiró su olor a limpio cuando lo tuvo cerca.

—¿Listo?

—Listo. ¿Adónde vamos?

—Antes tenemos que hacer un trato.

—Diga.

—Usted no va a preguntar nada.

—Hecho.

—Y me va a vender las fotos.

—Encantado.

—Y va a borrarlas de la memoria de su cámara.

—Hasta ahí se lo llevo, pero lo de borrarlas... ya es otra cosa.

—Entonces no hay trato.

—Vea, Rossi, yo soy tan profesional como usted. Hay códigos.

—Hay códigos, lo sé perfectamente. Usted saca las fotos, me las vende y las borra de la memoria —suspiró—. Antes era tan fácil, bastaba con destruir el negativo...

—A mí me encanta este juego. Ya ve, dije que sí de inmediato. Pero que me ponga esas condiciones... ¿No confía?

—A ver si me entiende, Daniel. Tengo casi setenta años, estoy al final de todo, ¿me sigue? Al final de la familia, de la carrera, ya no tengo sueños. Eso me da cierta tranquilidad porque no voy detrás de nada, no tengo apuro, ando a mi ritmo. Tampoco persigo honores, ni premios, nada. Usted está hablando con una sombra.

—Pero, ¡qué dice! ¡Con su trayectoria!

—¿De qué trayectoria me habla, Daniel? No hubo nada, puro humo.

—¿Y aquella entrevista? ¿Y el premio? ¿Sabe que en algunas universidades su caso se estudia?

—¿Mi caso?! No, no lo sabía y, para serle sincero, no me mueve un pelo. Menuda formación tendrán esos periodistas, ¡válgame Dios! Habría que clausurar esas universidades. ¡Las cosas que hay que oír! Lo que digo, nunca habrá como los de la vieja guardia.

—¿Entonces?

—Nada, Daniel. Mi vida es una serie de fracasos, uno tras otro, pum, pum, pum, como fichas de dominó que van cayendo. Miro para atrás y así me veo. La última ficha no está lejos.

—La verdad es que no lo entiendo.

—Le jodí la vida a los que más quería. ¿Ahora sí me entiende? Hice mucho daño, me creí genial, superior, no sé qué estupidez se me metió en la cabeza. Me mareé, Daniel. Mascarilla de oxígeno, eso deberían haberme dado en lugar de un premio. Una buena mascarilla de oxígeno.

—Sigo sin...

—A ver si soy claro. Estoy aquí porque yo soy el que necesita entender algunas cosas. Yo tuve... yo sentí... una vez yo tuve una sensación. Algo que no le voy a poder explicar porque no hay palabras, pero que era eso, una sensación. Y creí que por esa sensación valía la pena mandar todo a la mierda. Lo que hice, Daniel, lo que hice no tiene perdón. Fui un egoísta. Tenía una linda familia. Tenía una mujer y dos hijos. Destruí todo, Daniel, destruí todo porque necesitaba sentirme... necesitaba la sensación. Yo estaba como muerto antes. Y luego vine aquí y pasó aquello. Y me llené de fuerzas, me sentí capaz de lograr lo que quisiera. Esa fuerza me la daba aquella sensación y yo no quería perderla. La sensación significaba estar vivo, ¿entiende?

—¿Una mujer?

—Una mujer, sí, pero mucho más que una mujer. Era yo, yo y aquella sensación. Yo y mi omnipotencia. Mentí.

—¿A su esposa?

—A todos. A mi esposa, a mis hijos. Pero también mentí al mundo entero, a ella y, sobre todo, a él.

—¿?

—A Pedro Ángel. La entrevista fue un invento.

—¿Cómo dice?

—Lo que oyó. No toda, claro. Hubo fragmentos en los que me ajusté a lo que había visto y a lo que él me había dicho. Pero mentí en lo esencial. Pasé con él varios días. Charlamos muchísimo. De inmediato supe que la historia no valía nada, quiero decir, no tenía valor periodístico. Había llegado hasta aquí, había gastado el dinero de mis vacaciones, porque no sé si le dije que vine por las mías, una locura como todo lo que hacía en esos días. No tardé nada en darme cuenta de que no había sido más que un rumor, una tontería de borrachos, cuando mucho una noticia de segunda para un periódico local. No podía volver así. Lo pensé bastante. No sé qué me pasó. Yo siempre me jacté de mi honestidad. No sé. ¡La sensación! Fue eso... El caso es que inventé una historia para que mi nota fuera más espectacular. El hombre ya estaba acabado, de todos modos, la gente le daba vuelta la cara en la calle. Además, estaba seguro de que nunca iba a leer lo que yo escribiera. Me sentí tan poderoso, Daniel, un dios. Inventé aquella historia del hombre que reclamaba los honores de García Márquez, que decía que el Nobel le había robado cada palabra, que él había escrito los cuentos y las novelas, que el otro no era más que un rapiñero. Puse esa palabra en boca de Pedro Ángel: ra-pi-ñe-ro. Hablé de plagio, Daniel. Pedro Ángel nunca mencionó esa palabra, pero yo la puse en su boca. Hablé de plagio, de juicios, un escándalo. Todo mentira ¿y sabe por qué? Porque había venido a Cartagena por mis propios medios, había pagado todos los gastos de mi bolsillo y después de unos días con Pedro Ángel tuve claro que no tenía nada. Que apenas podía escribir la historia de un hombre bueno. Eso no vende, Daniel. Las historias de los hombres buenos no interesan a nadie. Y entonces ella me dio la sensación. La sensación... y creí que no había límites. Me mareé...

—Ella... ¿quién es *ella*?

—Da igual. Pudo haber sido cualquiera. O quizá no. También estoy aquí para entender eso.

—¿Usted armó todo aquello?

—Casi. El rumor era cierto. Lo único que hice fue amplificarlo, convertirlo en una certeza, ponerle voz al infeliz de Pedro Ángel, que solo quería estar en paz y volver a su portal a seguir escribiendo. Y yo lo transformé en un monstruo, un ser cargado de ambición y resentimiento que quería hacerle daño al otro, al héroe. ¡Imagine! El pueblo no iba a perdonar eso. Eran calumnias infundadas, pero yo sabía

que bastaba con ensuciar un poco el terreno. Calumnia, que siempre algo queda. Así dicen, ¿no? Entonces inventé aquellas declaraciones en las que Pedro Ángel amenazaba con demandar a García Márquez y contaba de él cosas tremendas. Construí una bestia, un ser abyecto que vomitaba puras pestilencias. Yo terminé con mi premio y él con el odio de la gente.

—¿Y ella?

—Ella no era tan importante en ese momento. Como le dije, lo importante era la sensación. Además, ¿cómo iba a volver a buscarla después de aquello? ¿Cómo iba a mirarla después de haberle hecho aquella canallada a su hermano?

—Su hermano...

—En mi mareo, en mi enorme mareo no medí esa otra consecuencia. Pensé que podía mentir a gusto, inventar una historia, destruir a un hombre y luego seguir olímpicamente con mi vida. ¡Estúpido!

—¿Y ellos nunca se pusieron en contacto? ¿No intentaron una réplica?

—Daniel, ¿de qué me está hablando? Es gente sencilla. No tienen maldad. No tienen mundo. Su mundo es Cartagena. Supongo que lo habrán aceptado con resignación y con esa misma resignación habrán continuado su vida.

—Dios mío, Rossi. Es terrible. ¿Por qué me cuenta esto?

—Porque no me importa si usted decide abrir la boca. Por mí, puede hacerlo. Pero ¿sabe qué? Es una oportunidad de arreglar algo, de limpiar tanta basura. Lo necesito, Daniel, porque ahora sí voy a publicar una entrevista, la verdadera.

—Pero, entonces, lo de la foto...

—Eso fue cierto. Pedro Ángel no quería fotos entonces. Quizá se avergonzaba de ver su rostro en los diarios, no lo sé. Fue lo único que respeté de aquel acuerdo. Ahora las cosas han cambiado. No es el mismo de antes, claro. Ya lo verá usted en un rato. Ahora pide que lo fotografíen. Y usted va a tomar esa foto que no tomó hace treinta años. Nos vamos al Heredia.

—Al Adolfo Mejía, dirá.

—¿?

—Es el nombre oficial.

—Para mí siempre fue Teatro Heredia. Sea. Nos vamos al teatro, pero tenemos que hacer un trato primero.



## XI

La puerta estaba cerrada cuando llegaron al teatro. Como si lo hubiera hecho otras cien veces y supiera que solo así debía hacerlo, Rossi golpeó con suavidad. Pedro Ángel Pastor abrió de inmediato. Cualquiera diría que estaba esperando prendido al picaporte. Entraron. Daniel empuñó la cámara, pero Rossi le dijo bajito que no era el momento. Había que ganarse la confianza de Pedro Ángel, que los observaba con expresión de miedo. Un par de horas antes había terminado una función de Totó La Momposina y todavía flotaba en el aire el aroma de los cuerpos.

—Es tarde —la voz de Pedro Ángel retumbó en el pasillo.

Daniel se aferró al codo de Rossi y al instante se soltó, avergonzado.

—Un poco más y no me encuentran. Los Vicario andan rondando. Voy a trancar, no sea que se nos cuelen y nos destripen a los tres, que ya con un muerto alcanza.

Daniel miró a Rossi perplejo, pero se tranquilizó cuando este le devolvió una guiñada. Rossi se exprimió el cerebro intentando recordar de dónde venía el apellido Vicario, en qué cuento o en qué novela lo había leído. Le resultaba familiar, pero no lograba recordarlo. Decidió seguirle el juego.

—Me disculpo, caballero. Yo me demoré. Aquí le presento al señor Daniel, fotógrafo de gente famosa.

—¿Caballero? A mí nadie me llama *caballero* —Pedro Ángel soltó una carcajada estridente que rebotó en las paredes.

—¿Cómo que no? A todo hombre le gusta que lo llamen así.

Pedro Ángel quedó desconcertado.

—Mejor si me dice Santiago.

Santiago, pensó Rossi. ¿Santiago Vicario? No, no era ese el nombre, pero presintió que por ahí iba el asunto. Santiago Buendía, Santiago...

—¿Y cómo sé que no los mandan los Vicario?

—Porque esta mañana quedamos en vernos a las once, ¿se acuerda?

Pedro Ángel hizo un esfuerzo tremendo por entender de qué le hablaba este desconocido que, sin embargo, le resultaba familiar.

—Será, si usted lo dice, señor. Pero ahora mismo no puedo atenderlo. Tengo otros problemitas. Los Vicario están buscándome y ya han puesto el pueblo patas p'arriba. No van a demorar. Y en fija estarán borrachos. No tengo escapatoria; me abrirán en dos como un puerco. Para peor, son gemelos. Será como que un hombre me mate dos veces.

La cabeza de Rossi funcionaba a toda máquina. Sabía que estaba acercándose, pero aún necesitaba un dato más, una pieza.

—Si el obispo hubiera bajado en el puerto...

¡El obispo! ¡Santiago Nasar!, gritó Rossi para sus adentros. Había encontrado la historia. Ahora podría ingresar en ella y comunicarse con Pedro Ángel a gusto.

—... otro perro ladraría. Pero no bajó, el infeliz no bajó. El puerto estaba llenito,

sí señor. ¿Qué le costaba? Nos bendijo desde el barco y se fue, ¿usted puede creer eso? Entonces supe que estaba condenado. Y aquí estoy, intentando demorar esta vaina, nomás.

—Los Vicario no van a encontrarlo aquí. Ellos creen que está en lo de su madre.

—¿Usted dice?

—Estoy seguro.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque yo mismo los mandé para ahí.

—¿Cómo así?

—Así como se lo digo y quédese tranquilo, porque su madre también está avisada. Ya se encargó de pasar tranca a la puerta.

Pedro Ángel se aflojó. Parecía aliviado.

—Pues se lo agradezco. No sé qué les pasa a esos manes, pero son de cuidado. Necesito aclarar las cosas con ellos. Será hasta que se les pase la borrachera. Así no hay quien hable. ¡Si serán brutos! Pero, pasen, pasen, que los tengo aquí paraos...

Los condujo camino abajo hasta el sótano. Daniel prefirió dejar las fotos para más adelante. Intuía que estaban sobre una fina cuerda y que cualquier movimiento podía romper aquel equilibrio. Solo la seguridad de Rossi lo tranquilizaba. El sótano estaba casi a oscuras y a Pedro Ángel le tomó unos segundos encender todas las velas. Rossi se ofreció a ayudarlo. En un rincón, tapadas por un plástico transparente, descansaban las enormes alas. Pedro Ángel ya había salido de aquella historia del ángel caído y ahora vivía en otra. Iba vestido como para una boda, con pantalón y camisa de lino.

—Entonces, quedamos para las once dice usted.

—Así es. Usted me dijo que podía venir a esta hora y me atrasé un poco.

—Ya, será como dice. ¿Y a qué debo su visita?

—Soy periodista y me gustaría entrevistarle. El señor es fotógrafo.

—¿Una entrevista? Oiga, señor, no está el caldo pa' más sal. Allá afuera hay dos tipos que quieren despachurrarme...

—Entiendo —dijo Rossi— pero habíamos quedado...

—Pues la verdad es que no me acuerdo. Hoy me levanté tempranísimo, por lo del dichoso obispo, como le decía, y desde entonces me la he pasado corriendo. Puede que esté confundido, pero es que no lo recuerdo.

—Está bien. ¿Y cree usted que podríamos tomarle alguna foto?

—Pues sí, pero ¿pa' qué la quiere, señor? Mi cuerpo ya no es de este mundo. Usted me ve aquí, pero estoy muerto.

Rossi hubiera querido decirle que no era cierto, que estaba vivo y que se llamaba Pedro Ángel Pastor. Que los Vicario iban tras Santiago Nasar y que no estaban interesados en un mulato viejo, pero Pedro Ángel no lo oía.

—Tomen su foto y váyanse. Si los Vicario ya pasaron por lo de mi madre no van a volver por ahí. Tengo que llegar nomás hasta la casa y...

—La puerta estará trancada, no lo olvide —le advirtió Rossi deseando cambiar la

historia y que Santiago Nasar finalmente no muriera.

—Si mi madre está adentro, ella va a abrirme. No se preocupe. Solo tengo que esperar unos minutos y luego llegarme calláito.

Daniel ya estaba disparando su máquina. Tomó varias fotos de Pedro Ángel.

—Ya, basta de fotos y, por el amor de Dios, se me van, que hoy no es día pa' estas vainas.

—Una más —pidió Daniel e incluyó a Rossi en el encuadre.

Luego los tres hombres caminaron hasta la puerta, donde Pedro Ángel los despidió y les deseó suerte.

—Si me libro de esta, haremos una comilona en la casa. Mi madre cocina... —y se besó la punta de los dedos—. Están invitados, señores.

Rossi no quería irse. Aquello era como haber encontrado polvo de oro y dejarlo escapar entre los dedos. Insistió un poco más, pero Pedro Ángel los empujó con suavidad hacia la calle y cerró la puerta. Al despedirse, Rossi sintió una inexplicable tristeza. Las emociones se mezclaban y resistían cualquier etiqueta. Sabía que estaba triste por él y por su nuevo fracaso, pero también porque a Santiago Nasar lo rondaba la muerte. Era una muerte anunciada y nada podría detenerla.

\*\*\*

Volvieron caminando por las calles interiores iluminadas con farolitos de hierro que despedían una luz amarillenta. Los había adosados a las paredes coloridas de las casas y los había de pie en algunas esquinas. La gente paseaba animadamente, charlando y riendo. Debieron esquivar las mesas de un barcito dispuestas en la calle, sobre los adoquines que guardaban la tibieza del sol y que servían de almohada para el descanso de un perro viejo. Apenas pasaban las once y media. Cartagena era una fiesta.

A la altura del Parque de Bolívar, Daniel lo invitó a descansar un rato. No había motivos para estar cansado, pero Rossi sospechó que Daniel necesitaba entender algunas cosas y que los bancos de la plaza eran un sitio más tranquilo que el bullicioso vestíbulo del hotel, donde no pasaría un minuto sin que alguien le pidiera una foto.

La plaza era tan bonita de noche como de día. Unas fuentes añadían frescura al ambiente. Rossi buscó con la mirada el Palacio de la Inquisición. Era uno de los lugares que deseaba conocer antes de volver a Montevideo. Del otro lado, el Museo del Oro y, más allá, la Catedral de Cartagena. Daniel se había puesto de pie y estaba fotografiando a unos viejos que jugaban a las cartas sobre una tabla convertida en improvisada mesita. Rossi se distrajo con la estatua ecuestre de El Libertador emplazada en el centro. El caballo tenía dos patas en el aire. Si no recordaba mal, eso significaba que el héroe había muerto en batalla, aunque ¿eran las dos patas delanteras? ¿O aquellas convenciones eran puras tonterías y los caballos tenían sus

patas donde al escultor se le antojaba? Daniel volvió a sentarse en el banco.

—Bolívar murió en su cama, ¿no?

Daniel pensó que eran demasiados locos para un solo día.

—¿Cómo dice?

—Nada, no me haga caso. Pavadas de viejo. Aquí todo es una fotografía, ¿no le parece?

—Todo es una fotografía. Es una ciudad mágica. ¡Y qué gente! Lo que más me interesa fotografiar es la gente.

—¿Qué me dice de Pedro Ángel?

—Todavía no termino de creer lo que vi. ¿Cómo llegó a convertirse en eso?

—Con un poquito de ayuda de todos. Principalmente mía.

—Bah, está chiflado sin vuelta. Usted no va a culparse por...

—No, supongo que no cualquiera se vuelve loco. Algún tornillo ya estaría flojo, pero no le quepa la menor duda de que yo ayudé.

—¿Y qué piensa hacer?

—No sé. De momento, le agradeceré si me envía las fotos y cumple con su palabra.

—No voy a borrarlas, ya le dije. Y también le dije que tampoco voy a usarlas sin su consentimiento.

—Está bien, no tengo alternativa. Usted hará lo que quiera, así que... ¿Anotó mi *email*? ¿Sí? Bien, ¿cuánto le debo?

—Nada.

—Déjese de cosas, Daniel. No me lo ponga difícil. Hizo su trabajo. Ahora me cobra.

—No es nada, de verdad. Ni siquiera son buenas fotos. Me hubiera gustado más tiempo, mejor luz, en fin, hubiera sido una revancha después de tantos años. Pero no se dio. No siempre se puede. Chau, y a otra cosa.

—Le pido que me cobre.

—Y yo no le voy a cobrar.

—Es un mañero.

—Todos nos vamos poniendo viejos.

Rossi le dijo que volvía al hotel y Daniel prefirió quedarse en la plaza, donde la noche prometía una compensación para las fotos que no había podido tomar en el teatro. Se despidieron con la simpatía de dos antiguos conocidos que guardan un precioso secreto.

Rossi llegó al hotel y preguntó dónde podía usar una computadora. Se lo indicaron y le dijeron, además, que tenía un recado telefónico. Alguien había llamado desde Montevideo.

—¿De Montevideo?

La recepcionista le entregó un sobre. Adentro, una nota decía: «Llamó el Sr. Murera. Mandar *mail* con novedades». Que espere, pensó Rossi y eligió una de las

tres computadoras libres. Muy pocos las usaban ahora que casi todos viajaban con portátiles, tabletas y teléfonos celulares. Rossi había dejado el suyo en Montevideo. Lo detestaba. Encendió la máquina. Tenía diecisiete mensajes nuevos, entre los que se contaba un aviso de que su casilla estaba al límite de capacidad. Rossi echó un rápido vistazo y solo encontró un mensaje que le interesó. Ra le había escrito.

*Papá, espero que hayan llegado bien. (A buena hora te acordás). Estamos con un problema con la presión del agua. Estoy, en realidad, porque Baqui ya se volvió al campo. (¿Y?). Tengo que llamar a un sanitario. ¿Conocés a alguno? (Sí, pero no te lo voy a decir). Además, voy a necesitar dinero. No alcanza con lo que dejaste. (Trabajá, pedazo de vago). Puedo pagarle cuando vuelvas. ¿Cuándo volvés? (Ya te lo dije). También llegó la cuenta del gas y la pagué. (¡Ah, bueno! Espero que no estés agotado. ¿Tendré que felicitarte?). La otra posibilidad es que me gires algo. ¿Dónde estás? (También te lo dije). Bueno, no importa, se puede girar dinero de cualquier lado. ¿Sabés cómo se hace? Si no, preguntá en el hotel. Estás en un hotel, ¿no? (Sí, y tenés el nombre y el teléfono pegado con un imán a la heladera). Por ahora ando bien de comida, pero no quiero quedarme sin plata, por las dudas. (Te vendría bien pasar un poco de hambre). Bueno, era eso, nomás. Cuando puedas, escribime o llamame. (Claro, porque estás muy preocupado por mí). Saludos a Elviejo. Divertite. (Imbécil, idiota, estúpido, ¿cuándo viste que tu padre se divirtiera en un viaje de trabajo?). Ra.*

Fue como haber tomado veneno. Una amargura le subió desde el estómago y Rossi reconoció el malestar. Lo llevaba desde hacía años, aplacado en el fondo de las tripas, como quien sabe que tiene un tumor y lo ignora a base de aspirinas. Pero el tumor está y crece. En algún momento ya no se puede fingir que no existe. O se extirpa o mata.

Rossi venía aplazando ese momento. Tenía miedo a perder a su hijo. Miedo a hacerlo sufrir, porque Rossi pensaba que Ra ya había pagado toda su cuota de sufrimiento. Y, para colmo de pesares, un sufrimiento que él, su padre, le había causado. Siempre había sabido que aquella sobreprotección no era buena, pero no podía ser firme, no podía exigirle ni ponerle límites. Desde lo del accidente, lo trataba como a un niño, un niño al que se ha infligido un daño por el que tiene derecho vitalicio a resarcimiento.

Ra había pasado los cuarenta sin haberse ganado jamás la comida. Era un inútil doctorado. Ni siquiera sabía conducir un auto. Había tenido alguna novia y todas habían durado poco. Las seducía con sus dotes de poeta, pero la decepción no demoraba mucho. Ra no podía invitarlas ni a tomar un refresco. Y, si salían, eran ellas quienes terminaban pagando. El poeta era demasiado etéreo para ensuciarse las manos con un dinero que, de todos modos, no tenía. Cada vez que aparecía con una de sus novias, en la casa se levantaban apuestas. Casi nadie daba crédito a la pareja por más de dos meses, el tiempo suficiente para que la señorita se avispara y cayera

en la cuenta de que con ese vago no iba a llegar lejos. La mayoría de ellas estudiaba o trabajaba y no podía seguirle el ritmo a un hombre que se pasaba las noches en vela escribiendo poemas y el día siguiente durmiendo a pata suelta. Las apuestas pagaban poco porque todos iban a lo mismo: esta no dura mucho. Y así era.

Rossi se alegró de que nadie más estuviera en el cuartito de las computadoras. Como si la sola presencia de otro huésped hubiera bastado para aumentar su vergüenza. Le costaba admitirlo, pero aquellos hijos eran su gran fracaso. Durante años había peleado contra ese sentimiento que le aumentaba las culpas. Durante años se había negado a buscar en el fondo de sí las palabras que ponían nombre a los sentimientos. Pero la verdad encuentra sus caminos y se cuele en la conciencia.

Rossi no podía precisar cuándo había dejado de mentirse. Cuándo debió asumir la triste realidad de que le molestaban sus hijos. No era falta de amor, sino un amor que había cambiado su naturaleza. Ahora solo los quería porque sí, por una inercia nacida de un mandato cultural. Un padre quiere a sus hijos. Y punto. Casi nadie se atreve a cuestionarse eso. El instinto de padre. Un hombre, un macho no está realizado sin un hijo. Los hijos son la trascendencia, la mayor felicidad de la vida. Bla, bla, bla... Esas cosas que se repiten sin un segundo pensamiento.

¡Cómo y cuánto los había querido! Ahora casi no le importaban. Estaría junto a ellos si era necesario, pero no sería un ejercicio tierno, sino otra forma de la culpa. Una responsabilidad cumplida como cualquier trabajo. Un gesto de buena gente, nada más que eso. Rossi lo sabía y se lo había dicho hacía tiempo. Sus hijos eran una carga, un hecho de la vida que ya no podía enmendar y que arrastraría hasta el final como una condena.

Alguna vez había estado lleno de ilusiones. Había imaginado para ellos un destino venturoso, había apostado a su educación y soñado sus mismos sueños. Alguna vez se había sentido querido y admirado. Ya no. Ahora era para sus hijos un proveedor, un hombre que, por una razón fortuita, era su padre, pero que no tenía con ellos más que una función práctica. Un hombre al que culpaban por todas las desgracias de la familia, aunque no se lo dijeran.

¿Cuánto sabían de la verdad? ¿Cuánto imaginaban? ¿Cuánto habían distorsionado los hechos? ¿Cómo era posible que al hacerse adultos no comprendieran? Rossi se había encargado de construir una gran culpa, una enorme y pesada culpa que se había echado sobre los hombros. Y se había encargado, también, de que todos supieran que podían aumentar su carga, depositar allí sus frustraciones, su dolor, sus propias culpas. Él necesitaba ese padecimiento para expiar aquello. Necesitaba pedir perdón a todos y sentir cada día su desprecio. Solo así podía levantarse cada mañana. Por eso no esperaba nada de sus hijos. Porque él les había inculcado aquel egoísmo sin límites, les había enseñado que solo se preocuparan por ellos y, sobre todo, les había ofrecido su espalda para que la doblaran con el peso de todas sus responsabilidades y miedos.

Ahora, ya viejo, cuando no había tiempo para enmendar los errores, Rossi sabía

que solo había empeorado las cosas. Aquellos muchachos estaban estropeados, perdidos, dos inútiles, dos débiles cuya única esperanza era dejar que el tiempo pasara y ellos con el tiempo. El día que Rossi muriera, se repartirían los pocos bienes y seguirían adelante sin demasiada pena. ¿Y cuando el dinero se acabara? Allá ellos. Era tarde para educarlos. Ya no los sacaría hombres de provecho. Quizá Rossi debía haber muerto hacía tiempo. Mis cenizas, recordó con una calma pasmosa, como si se tratara de otro, y pensó que tampoco contaba con sus hijos para eso.

## XII

Era el día cuarto y faltaban tres para el regreso. Rossi sabía que no iba a obtener aquella entrevista, pero no se sentía vencido por esa razón. Lo que le oprimía el pecho era la certeza de que estaba desaprovechando una oportunidad excepcional para entender algunas cosas y pedir perdón por otras. Era casi un setentón, un septuagenario, como decía un cronista policial cada vez que atropellaban a un viejo. Un viejo, se decía Rossi, sos un viejo. Y, sin embargo, todavía le quedaba algo de vergüenza, una rebeldía, como si, llegado a cierto punto del camino donde es más lo que hay detrás que lo que resta, necesitara un envión final, una serenidad que le permitiera no la felicidad, pero sí un poco de paz para recorrer el último tramo, cuan largo o corto fuera.

En la mañana de ese cuarto día, apenas abrió los ojos lo aplastó la certeza de que sería en vano cualquier esfuerzo por entrevistar a Pedro Ángel, porque Pedro Ángel ya no era, no estaba en los huesos de aquel loco que vivía encerrado en un teatro creyendo ser un personaje de novela. Debía llamar a Murera y decirle que había fracasado, que se fuera despidiendo de sus acciones, su despacho y sus modales de burguesito malcriado. Luego haría lo imposible por cambiar el billete de avión. Si había lugar, retornarían a Montevideo esa misma tarde o quizá en la noche. Nada más había que hacer allí. Se sentía asfixiado, con ganas de huir. Una vez Cartagena lo había recibido sin desconfianza y le había contado sus misterios. Ahora se le cerraba como un hibisco en la noche. También eso tenía merecido. Por traidor, por ladino, por mentiroso, por egoísta.

Su padre aún dormía y Rossi bajó al vestíbulo para hacer la llamada. Luego pediría en el hotel que se comunicaran con la aerolínea. Era muy temprano, pero ya había huéspedes desayunando. En una mesa apartada, creyó distinguir a un joven escritor mexicano consagrado a pesar de sus pocos años. Pensó que en otra situación le hubiera gustado entrevistarle. Comía de prisa, como si estuviera llegando tarde a una cita. Y con la misma prisa se levantó, tomó un bolso de mano y salió volando hacia la puerta donde un chofer lo esperaba. La voz del recepcionista lo sobresaltó.

—Buenos días, señor, ¿cómo ha amanecido?

—Muy bien, gracias —mintió Rossi por costumbre o por cortesía—. ¿Podría hacer una llamada?

—Aquí tiene. El 0 para salir.

—¿Me diría la hora?

—Las siete y ocho minutos.

—Las siete... —calculó qué hora sería en Montevideo—. Bien.

El teléfono sonó un par de veces hasta que Rossi oyó aliviado la voz de María Cristina, la secretaria que acompañaba al director desde el principio. Una auténtica guerrera dispuesta a morir por su jefe. Nadie sabía tanto de Murera como María Cristina y hubiera podido tenerlo en la palma de la mano con una mínima insinuación



extorsiva, pero era una mujer noble, incapaz de tal bajeza. María Cristina era los brazos, las piernas, los ojos y los oídos de Murera. Satisfacía sus necesidades antes de que él lo pidiera y lo conocía a tal punto que se adelantaba a sus caprichos con una naturalidad elegantísima. Solo en algo no transaba y lo había dejado claro al primer intento. Ella no iba a hacerle de celestina. Estaba allí para asistirlo, pero que se arreglara él con sus cochinas. Si quería concertar una cita clandestina, que él hiciera su llamada. De ese modo, cuando la mujer del director o alguna de las hijas venía de visita, María Cristina no necesitaba fingir con hipocresía. Las recibía con afecto y no sentía más que una leve molestia al anunciarlas. Más allá de eso, la lealtad a Murera era absoluta y no parecía querer mejor destino que estar a su lado. A lo largo de los años Rossi la había visto envejecer.

—¡María Cristina, a Dios gracias! Habla Rossi.

—¿Y por dónde andamos, eh? ¿Todavía en Cartagena?

—Todavía. A la vuelta te cuento. ¿Está...?

—Te lo paso.

Rossi iba a agradecerle, pero ella ya había derivado la línea.

—¡Rossi! Me estaba impacientando. ¿Qué novedades me tiene?

—Bien, gracias. Mal.

—¿Qué dice?

—No he conseguido nada.

—¿Lo encontró?

—No, señor.

—¿Qué le pasa, Rossi? Está hablando conmigo. ¿Desde cuándo *señor*?

—No lo encontré y no creo que lo encuentre. Nadie lo recuerda, nadie sabe nada, como si no hubiera existido.

—Pero existió.

Rossi guardó silencio, apenas un segundo que dilató la respuesta. ¿Había existido alguna vez Pedro Ángel Pastor? Sí, pero no era el hombre que él les había vendido en aquella entrevista infame. No era aquel fanfarrón, bocazas, charlatán de feria que había querido atribuirse los méritos de un héroe nacional. Ese hombre iracundo, despechado, capaz de cualquier venganza, no. Jamás había existido el litigante, el pependenciero, el que reclamaba para sí honores ajenos. Jamás había existido una demanda, ni un juicio, nada. El Pedro Ángel Pastor que Rossi había construido era un personaje ficticio como cualquier personaje de novela, pero, a diferencia de aquellos, que en su artificio siempre son auténticos, este era una farsa, una mentira, un vil montaje con el que Rossi había pretendido hacer historia. El Pedro Ángel verdadero era aquel mulato saludable, entristecido por la calumnia, que se había refugiado en una isla y solo esperaba que las aguas del pueblo se aquietaran para volver a escribir cartas de amor en su portal. El Pedro Ángel auténtico era el loco que vivía en el teatro y que cada día entraba en la piel de un personaje y sostenía aquella identidad navegando de a ratos entre la parodia y el convencimiento. Cualquiera de esos

hombres era Pedro Ángel Pastor. Cualquiera menos aquel ser ruin que Rossi había pergeñado para su entrevista. Y cuánto dolor había causado con aquella mentira.

—Existió, sí, claro que existió, pero es como si se lo hubiera trag...

—¡Déjese de lugares comunes, Rossi! Alguien tendrá que recordarlo. ¡Busque! Todavía tiene unos días.

—Yo...

—¡Busque y tráigame algo de ese hombre! Si está vivo, encuéntrelo. Si está muerto, invente.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye, Rossi. Me importan tres pitos su honestidad, su buen nombre y su carrera. Acá nos jugamos una parada seria, ¿está claro? Si usted no vuelve con esa entrevista, yo voy a tener un problema. Pero usted también. No se olvide. Su trabajo...

—No creo que pueda...

—Ya lo hizo la otra vez.

—¿Disculpe?

—Que nos conocemos desde hace demasiado tiempo. ¡Ya lo hizo la otra vez, carajo! ¡Vuelva a hacerlo!

El director cortó la comunicación y Rossi necesitó unos segundos para procesar las últimas palabras. ¿Qué había querido decir? ¿Era solo enojo o también ironía? ¿Que volviera a hacerlo? ¿Qué había insinuado con eso? ¿Era posible que todo hubiera sido una gran estafa? ¿Que él nunca hubiera manejado ningún hilo? Él, que se había sentido el más listo de todos, capaz de burlar al mundo entero. ¿Era posible que el director hubiera fingido creerle? ¿Que todos hubiera fingido? ¿Que el único verdaderamente burlado hubiera sido él, pavoneándose como un petimetre, contando mil veces su hazaña, aceptando honores, incluso aquel premio? ¿Era posible que solo hubiera sido una pieza, un engranaje de una maquinaria de mentiras, que se hubiera dejado usar de ese modo, que hubiera creído que los engañaba a todos? Y que, al final, solo hubiera sido un pobre monigote funcional a una trapisonda repugnante de la que cada uno obtuvo su buen dividendo. Todos a costa de Pedro Ángel Pastor, como unos carroñeros. ¿Será posible, Rossi? ¿Será posible que te hayan usado? ¿Que te hayas dejado usar de ese modo?

Sintió un leve mareo que el recepcionista debió notar porque le sacó el teléfono de las manos y le preguntó si deseaba algo. Rossi pidió agua y se fue a sentar a uno de los sillones del vestíbulo. La luz dorada de la mañana se reflejaba en el rocío de las hojas y despedía destellos. Fijó la vista en una gran hoja de palma que se balanceaba cerca de su hombro y, por un instante, creyó que las gotas saltaban, se movían, intercambiaban lugares como en una coreografía. Las gotas estaban vivas, tenían voluntad. Cortázar lo había contado alguna vez. Rossi había leído aquel texto. Yo también me estoy volviendo loco, pensó, pero no tuvo fuerzas para levantarse.

Pasó la siguiente media hora aplastado en el sillón viendo a la gente entrar y salir.

Eran felices, todos menos él eran felices en ese momento. Nadie podía sentirse tan desgraciado. Mientras sus ojos seguían a los huéspedes, su mente consideraba las distintas posibilidades. No eran pensamientos ordenados, mucho menos metódicos, sino una sucesión de emociones que se enredaban con imágenes de lo más diversas. Estaba confundido. Si en ese momento alguien se lo hubiera preguntado, no habría podido decir el número de su habitación. A fin de cuentas, empezaba a parecerse a su padre. De pronto tuvo una necesidad impostergable. Una necesidad que le explotó en el pecho, una taquicardia. Se le entumecieron las piernas y se cubrió de sudor. Tenía que ver a Alena.

Demoró aún unos minutos en recuperar el ritmo de la respiración. A medida que volvía en sí, el aire le parecía más limpio y aumentaba la esperanza. Si lo hubiera notado en ese momento, se habría sorprendido de un cambio de humor tan súbito y de cómo su cuerpo respondía a ese cambio. Fue hasta el mostrador y pidió el directorio. Paseolandia, Pastaya, Pastelería Jassir, Paternina... Se acomodó los anteojos y releyó, pero en el directorio de Cartagena no había ni un solo Pastor. Volvió a sentirse solo, un náufrago al que han dejado flotando en el medio del océano. Suspiró con ganas. Una de las recepcionistas le preguntó si necesitaba ayuda.

—Busco a una mujer —Rossi se veía desesperado. Había empezado a sudar y no podía controlarlo—, Alena Pastor.

—¿Y no está en el directorio?

—Nadie con ese apellido.

—Pues, no sé, ¿sabe usted si tiene marido? Es posible que el teléfono esté a su nombre.

¿Cómo no lo había pensado? Rossi agradeció y volvió al asiento en el medio del vestíbulo que ya estaba animado con colores y sonidos. La taquicardia había desaparecido y dejado la estela de una lasitud fulminante. Instintivamente se llevó la mano al pecho y percibió, allá abajo y lejos, el martilleo rítmico que le confirmó que aún estaba vivo. No podía pensar con claridad. Quizá debía comer algo, cualquier cosa que fuera un poco de combustible para echar a andar su cerebro.

Fue hasta el salón del desayuno y eligió una mesa apartada. Pidió unos cubos de hielo. Se sirvió té, jugo de mandarina y dos bollitos de canela. Con eso tenía más que suficiente, a pesar de que la mesa principal proponía un auténtico banquete. Había quesos y fiambres de varios tipos, panes y tortas dulces, carnes asadas, huevos revueltos, salsas, cereales, ensaladas y una variedad de frutas a las que Rossi hubiera sido incapaz de poner nombre. Todo decorado con el mejor gusto, intercalado con arreglos de flores frescas y dispuesto con una estética tan divertida que transformaba la imponente mesa en una especie de carro alegórico. Pero Rossi no lo veía. Solo necesitaba reponer fuerzas y salir al aire de la calle que en un rato dejaría de estar fresca.

Ni siquiera sabía por dónde empezar. No iba a repetir el pasado y cruzarse con Alena a la vuelta de una esquina. Aunque aquella vez tampoco había sido casual,

recordó. Ella lo había elegido y había propiciado ese encuentro. Rossi sintió que muy poco en su vida había dependido de sus decisiones, como si cada movimiento, cada giro del destino hubiera obedecido las órdenes de un titiritero. Y él, qué tonto, tan orgulloso de su voluntad. No decidiste nada, imbécil; te has pasado obedeciendo a otros sin saberlo.

Ahora lo atormentaba su propia necedad. ¿Cómo no había considerado que Alena tuviera un marido? Debió cavilar bastante, ir al fondo de los pensamientos solo para admitir que durante todos esos años había vivido con la certeza de que Alena lo estaba esperando. Jamás había puesto este pensamiento en palabras, pero ahora, a la luz de la realidad tan evidente, no podía mentirse por más tiempo. Alena había cristalizado en su recuerdo, una bella durmiente que espera el beso de su príncipe. El príncipe había vuelto, pero no era azul ni bello, era un viejo descascarado, lleno de dolor y remordimiento. Pensar que Alena hubiera formado una familia lo llenaba de sentimientos ambiguos. Un atisbo de traición, un abandono. Y también un alivio.

Eran pasadas las ocho. De buena gana hubiera atravesado el vestíbulo y salido a la calle en ese mismo momento, pero recordó que su padre estaría arriba, quizá despertándose y a punto de cometer algún desaguisado de los suyos. El impulso de ir en busca de Alena era fuerte, y también la preocupación por dejar solo a su padre. De todas formas, pensó para convencerse, ni siquiera sé por dónde empezar. Se imaginó parado sobre el baluarte gritando a los vientos el nombre de Alena y la certeza de su ridiculez le recordó que la vida le estaba cobrando todas las cuentas. Era patético.

Subió a la habitación. Su padre tarareaba algo bajo la ducha. Rossi sonrió. Quizá, después de todo, aquella locura en la que chapoteaba fuera el estado perfecto. Se sentó en la terraza y aspiró el perfume de las flores. Al rato apareció Elviejo.

—¿Me querés decir qué hacemos aquí?

Había salido envuelto en una toalla que estaba a punto de caerse y bajo la que Rossi veía el pañal. Elviejo lo notó y se cubrió con vergüenza. A diferencia de la razón que se apagaba y prendía de manera intermitente, el sentido estético protegía su dignidad y no lo abandonaba del todo. Era una sensibilidad primitiva que estaba más allá de la cordura y que lo volvía intensamente humano.

—Buen día, papá, ¿descansó?

—¡Como una marmota! ¿Y qué hacemos aquí, eh? —era obvio que la reiteración de la pregunta escondía una preocupación mayor. Elviejo no recordaba dónde estaban, pero no se humillaba preguntándolo de forma directa. Rossi lo ayudó.

—¿Usted dice qué hacemos en este hotel o qué hacemos en Cartagena?

La mención a la ciudad requirió un par de segundos para acomodarse en la mente de Elviejo. Al cabo de ellos pareció ordenar las ideas y quizá recuperar alguno de los recuerdos. Se aflojó como un niño perdido que ve a sus padres al fondo del pasillo de un supermercado. Rossi acudió una vez más en su ayuda.

—Lo acompaño a desayunar y, si quiere, vamos a dar una vuelta.

—¿Vos ya desayunaste?

—Sí, pero lo acompaño —Rossi vio que Elviejo abría el cajón y dudaba.

—¿Lo ayudo?

—Puedo solo. La roja y la redondita de mañana. Me lo sé de memoria —guardó las pastillas en el morral y cerró el cajón.

Elviejo se había levantado con un hambre de mamut. Comió por él y por su hijo, que lo miraba con admiración, pero también preocupado por las posteriores consecuencias de aquella panzada. Por puro reflejo buscó con la mirada el morral de su padre y lo vio colgado de la silla. Aquel bolsito en el que llevaba los pañales y la fotocopia de su pasaporte eran el bastón del ciego, el audífono del sordo, las muletas del rengó. Recordó su infancia y aquella obsesión de Elviejo por preguntarle si llevaba pañuelo. ¿Vas a salir? ¿Llevás pañuelo? Si hubiera tenido que elegir unas palabras para definir la relación con su padre, esas hubieran sido. ¿Vas a salir? ¿Llevás pañuelo?

—¿Y adónde vamos hoy?

—Lo voy a llevar a un lugar increíble, papá. Ni se lo imagina.

Elviejo se encogió de hombros. ... *sé qué me has hecho linda, que quiero besar tus labios y al compás de tus caderas yo quiero seguir bailando...* La música sonaba y seguiría sonando durante todo el día. Elviejo aprovechó para cambiar de tema.

—Al final los jodimos con la dichosa pulserita, eh —dijo e intentó remedar el tono costeño—. Póngase su manillita, señor... ¡ja!

—Los jodimos, papá.

—¡Ni en pedo me pongo una mariconada de esas! ¿Ves? —y señaló a uno de los mozos—. Aquel de allá es el puto.

—¡Papá, no señale!

—Pero si a él le encanta. Mirá, vas a ver. ¡Mozo!

... *vente, mi cartagenera, quiero tenerte en mis brazos...*

—Papá, se lo pido por favor.

—Vos dejame. Mirá cómo camina con el culito apretado.

El mozo se acercó y les desplegó una sonrisa cartagenera.

—Diga, señor.

—¿Usted es puto?

Rossi se agarró la cabeza. El mozo soltó una carcajada.

—Sí, señor. Y bien contento. Y usted, ¿es argentino?

... *y qué tiene tu figura que se mueve con la brisa...*

—¡Uruguayo! ¿Ves, ves? —dijo Elviejo a Rossi y luego volviéndose hacia el muchacho que seguía de pie junto a la mesa, divertidísimo—. Mi hijo no quería creerme y yo le dije: hay un mozo que es puto. Ya está, ¿ahora me creés? Vaya, nomás, joven. No, ¿antes me trae unos pancitos de queso?

El mozo se retiró y volvió al minuto con el pedido. Rossi quería disculparse, pero el mozo le hizo una guiñada apenas perceptible. La música seguía sonando y más de un turista marcaba el ritmo con los pies o tamborileando sobre la mesa.

... que no se acabe esta noche, que se queden las estrellas...

—Papá, ¿cómo va a hacer eso?

—¿Y qué tiene? Ya viste, se quedó contento.

—Pero, papá, no se ofende así, ¡por el amor de Dios!

—¡Y quién ofendió! El hombre es lo que es y a otra cosa. Yo no sería puto ni aunque me quemaran vivo, pero si el hombre es feliz... ¡qué tanto! Al final, no me dijiste adónde vamos.

—Lo voy a llevar a un museo.

—¿De cuadros?

—No.

—¡Entonces ni atado! No me interesa.

... contigo voy a quedarme, morena de piel canela, ya me muero por besarte...

—Le va a interesar. Nunca vio algo así. Y, además, yo quiero ir y también quiero que me acompañe.

—Bueno, si es así te acompaño, pero mirá que necesito un baño cerca.

—Hay baño en los museos.

—Por las dudas, voy acá antes de salir. Esperame un poquito que ya vuelvo.

Rossi se acercó al mozo.

—No sé cómo disculparme. Es mi padre. Está viejo...

—¡No hay por qué, señor! Ya habíamos estado hablando los otros días. Es de lo más simpático.

—Sí, pero de ahí a ofender.

—Le digo que no hay problema. Peor los que miran de reojo y critican. Además, me vengué un poquito. No se moleste, señor, pero le dije que había pensado que los gays eran ustedes.

Rossi se rio.

—Váyase tranquilo que aquí no ha pasado nada. Y que tenga un bonito día.

... ay, cartagenera hermosa, cómo mueves tus caderas, al bailar tú me emocionas...

Rossi caminó hacia la puerta y oyó que alguien lo llamaba desde el mostrador.

—Señor, qué pena, pero mire es que no le hemos conseguido tiquete para regresarse hoy. Con el festival está todo copado, qué pena.

Rossi había olvidado el asunto y se sorprendió. Ya no quería volver a Montevideo. No sabía si era el efecto del desayuno o la charla con su padre, pero, de pronto, le regresaban las fuerzas.

—No se preocupe.

—Intentamos más tarde, si quiere.

—Deje, deje, nomás. No me van a matar un par de días en Cartagena.

—Como guste, señor, y a sus órdenes.

Rossi sintió la oleada de una rara alegría. Esperó a su padre junto a la puerta y salieron a la calle, que los envolvió con el calor de la media mañana.

## XIII

A la sombra de unos árboles, los viejos de siempre conversaban o hacían nada con las piernas estiradas y los ojos acuosos que parecían hundirse en el vacío. Rossi vio cómo Elviejo les dedicaba una larga mirada. Quizá comparándose, quizá deseando parecerse o sintiéndose superior a ellos. Imposible saber qué pasaba por la cabeza de Elviejo. Caminaron hasta una enorme fachada barroca y atravesaron las puertas abiertas, dos moles de madera maciza decorada con tachones y llamadores de hierro.

—El Palacio de la Inquisición, papá.

Esperaron su turno en la cola de la taquilla detrás de unos turistas que para Rossi solo podían ser suecos. Elviejo estaba chispeante. Rossi se preguntó si sería curiosidad histórica o morbo lo que había devuelto la vivacidad a la expresión cansina de su padre. Apenas entraron a la primera sala, sintió frío, no el frescor agradable de los interiores que atemperaba el bochorno de la calle, sino un frío denso, como una amargura helada que iba calando la piel y testimoniaba que alguna vez había campeado allí el sufrimiento.

Las paredes estaban pintadas de blanco, lo que acentuaba aquel frío quirúrgico que a Rossi tanto incomodaba. Algunos pisos, en especial los de las terrazas y los corredores que daban a las amplias balaustradas, eran de monolítico blanco y negro dispuesto en damero. Otros parecían haber sido remodelados y lucían cerámicas rojas que intentaban aparentar una cierta antigüedad. Era un hermoso edificio, con un patio central al que daban las habitaciones y donde crecían unas palmeras.

Allí se había alojado el Santo Oficio y desde allí, justo donde ellos se encontraban, partían los herejes condenados. Aquellas habitaciones, antes calabozos y cámaras de tormento, habían sido utilizadas como vivienda de un tal Martínez Bossio. Rossi lo leyó en un cartel y mientras leía se preguntaba quién habría sido capaz de someter a su familia a la desagradable experiencia de vivir en un lugar así. Los gritos de aquellos desdichados todavía impregnaban las paredes. No había que ser muy sensible para percibir la energía negativa que flotaba en el aire. A Rossi se le erizó la piel.

Se acercaron a un objeto de hierro semejante a una enorme pinza. Los extremos hicieron pensar a Rossi en las patas de un cangrejo. En el cartel se indicaba: «El desgarrador de senos. Instrumento de tortura. Réplica elaborada en hierro forjado. Este instrumento de tortura no se utilizó en la ciudad de Cartagena. Desgarraban hasta convertir en masas informes los senos de millares de mujeres condenadas por herejía, blasfemia, adulterio y otros actos libidinosos, aborto provocado, magia blanca erótica y otros delitos. En varios lugares y épocas se aplicaba un mordisco con las puntas al rojo vivo en un seno de las madres solteras».

—¡Pah! —exclamó Elviejo—. Hasta a mí me duele y no tengo tetas.

Un poco más allá, sobre un pedestal blanco, había una especie de collar de hierro con largas púas en la parte interior y exterior de la circunferencia. Rossi leyó en voz

alta: «Collar de púas punitivo. Instrumento de tortura y ejecución. Réplica elaborada en hierro forjado. Estaba provisto de pinchos. Pesaba más de cinco kilos y se cerraba en el cuello de la víctima. La erosión llegaba hasta el hueso. La progresiva gangrena y la infección conducían a una muerte lenta».

Tanto horror acumulado impactaba. Aquí y allá había un detalle con aspiraciones de humorada, como si el curador del museo hubiera entendido que los visitantes necesitarían un descanso a su sensibilidad agredida. Y así era. En una vitrina descubrieron un libro de recetas para preparar pócimas mágicas. Era probable que más de una mujer hubiera sido quemada por tales brujerías, pero el hecho se transformaba pronto en anécdota y la atención se centraba en las características del brebaje que traían al recuerdo algunos cuentos de hadas. Aquel librito artesanal, abierto en cualquier página, no surtía el mismo efecto de espanto que los instrumentos de tortura. A pocos metros, de pie bajo un arco de medio punto, un maniquí vestido como un verdugo tapado de pies a cabeza con túnica y capucha negras parecía esperar a su víctima. Elviejo se le acercó antes de que Rossi pudiera detenerlo.

—Buenos días, caballero. Usted me va a disculpar, pero ¡qué trabajo de mierda!

Los suecos —o lo que fueran— giraron al oír la voz de Elviejo. Comentaron algo entre risas y siguieron con lo suyo. Rossi tomó a su padre del brazo.

—¿Vio aquello, papá? Es un potro, creo.

—Si vos decís.

—¿Sabe cómo funciona?

—Sí, de mis épocas de torturador. ¡Cómo coño querés que sepa!

—No sea bruto, ¿quiere? Esto era así, mire, ataban a la gente de pies y manos. Si no me equivoco, las cuerdas giraban con un torno. Estiraban el cuerpo hasta romperle las articulaciones. Qué dolor, ¿se imagina?

—¡Mi madre! ¡Y esos se llamaban curas!

—Luego está este otro, mire, venga, mire qué espanto. La dama de hierro.

—¡La Thatcher!

Rossi se rio de la ocurrencia y volvió a sorprenderse ante los destellos de lucidez de su padre que aún conservaba aquel sentido del humor estupendo.

—No sea payaso. La dama de hierro o, también, doncella de hierro.

—¿Y esta para qué era?

—Fíjese cómo funcionaba. Es como un sarcófago vertical. Lo metían a uno adentro y, *voilà*, asómese, venga por este lado y mire...

—¡Mi madre! Está llena de pinchos. Lo ensartaban como un chinchulín.

—Sí, pero mire lo que explican en el cartelito. Que los pinchos no afectaban órganos vitales...

—¡Y, sí! ¡No fuera que se les muriera rapidito! ¡Pero qué hijos de puta!

—Algo más. ¡Agárrese, que esta es fuerte! Parece que algunos clavos eran móviles y los iban poniendo en lugares distintos según el crimen. ¿A qué no sabe



adónde iba el clavo para los violadores?

—¿A los huevos?! ¡Déjame de joder! No me cuentes más. Este sí que me duele en serio.

Rossi se dobló hacia delante, un poco por la impresión, otro poco por la risa. Su padre estaba pálido como alguien a punto de desmayarse. Se apoyó contra una pared.

—Che, precioso lugar al que me trajiste, eh. ¿Sabés dónde tengo el desayuno?

—¿Necesita ir al baño?

—Para nada. Cagándome no estoy, pero en cualquier momento les vomito en una maceta.

—¿Quiere parar con las groserías? ¡Hágame el favor de hablar bien! Es una mala palabra tras otra.

—¡Ja! Palabras malas no existen.

—Es que no deja de decir porquerías. Tiene que medirse un poco, ¡caramba! Hay gente.

—¿Porquerías? ¿Porquerías? ¡Porquerías son estas que me traés a ver! Por todas partes cosas horrendas. Te das vuelta y hay un sacatripas. Girás para el otro lado y, ¡zas!, un aplastahuevos. La damadenosequé, el arrancanosecuánto, no sería raro que te cortaran un dedo antes de salir. ¡Y me venís con malas palabras!

Había entrado un grupo de turistas y el guía ya comenzaba el recorrido. Rossi hubiera querido unírseles, pero no podía dejar a su padre en ese estado de exaltación. Se dijo que quizá en la tarde o al día siguiente y, de inmediato, supo que se estaba mintiendo, que era otro de esos aplazamientos con los que solía conformarse y que acababan por ser algún día, quizá, más bien nunca.

—Venga por acá, papá. Sentémonos un rato afuera. La plaza es linda. Hay vendedores de frutas. ¿Quiere tomar algo? ¿Un jugo?

—Lo que quiero es salir de acá.

Encontraron un banco libre y agradecieron la sombra que atemperaba un poco el calor de la mañana. A pocos metros un grupo de músicos se aprestaba a hacer su número. Eran cinco hombres. Dos de ellos vestidos de blanco. Los otros tres llevaban pantalones azules con ribetes rojos y guayaberas blancas y amarillas. Todos con su sombrero vuelto bien calzado hasta las orejas. Rossi se fijó que, entre los cuatro pares de sandalias, desentonaba un par de zapatillas Nike con plataforma flúo.

—¿Dónde dejó el sombrero que le regalé?

—¿Qué sombrero?

—Uno como esos.

—Me parece que me acuerdo, pero no sé dónde lo dejé.

—No se preocupe, papá, compramos otro.

—¿Otro qué?

—¡Qué va a ser! Otro sombrero.

—¿Como esos?

—Como esos.

—Son horribles. Yo no me lo pongo ni en p...

—¿Va a empezar de nuevo?

—Andá, traeme algo fresco.

Rossi caminó hasta el puesto y compró dos jugos de mango. Regresó sobre sus pasos y cambió el de su padre por uno de manzana, una opción menos arriesgada, aunque con Elviejo nunca se sabía. Los hombres hacían su música con algo que para Rossi no era más que una flauta, unas maracas y unos tambores de distinto tamaño cuyo nombre desconocía, pero que le trajeron la inconfundible reminiscencia de los ritmos negros del candombe uruguayo.

—¿Y qué es esa música? —preguntó Elviejo.

—Un vallenato —respondió Rossi por responder algo, aunque estaba seguro de que se equivocaba. No hubiera podido distinguir un vallenato de una cumbia, ni un bambuco de un merengue. Para un rioplatense acostumbrado al tango, todos aquellos ritmos caían en el saco de la música caribeña. Pero a pesar de no saber nada de ellos, Rossi admitía que se le metían a uno en la sangre y provocaban el involuntario movimiento del cuerpo. Hasta su padre estaba marcando el ritmo con los pies.

—El del medio se va a morir —dijo Elviejo.

—¡Pst! ¿Qué dice?

—Mirá el color que tiene. Está verde —soltó una carcajada que resonó en la plaza por encima de la música—. ¡Un negro verde!

Rossi miró al hombre y, en efecto, notó que la piel tenía una coloración enfermiza. Quizá verde no fuera el color exacto, pero las tonalidades cobrizas de las hermosas pieles caribeñas habían dado paso a unos matices agrisados, carentes de todo brillo. Tenía los ojos bordeados por unas profundas ojeras y una flacura que no era de este mundo. De no haber sido por la infaltable sonrisa, Rossi hubiera firmado allí mismo que su padre estaba en lo cierto. Se quedó en silencio.

—¿A vos te da miedo la muerte?

—¿A mí? No, para nada. ¿Por qué lo dice?

—Porque te quedaste mudo.

—Es que tiene razón, papá; el hombre está con mala pinta.

—Yo te dije. Ese no dura mucho.

—¡Por favor!

—¿Y qué problema? Si todos vamos para el mismo lado. Unos más temprano, otros más tarde, terminamos todos con las patas pa' delante. Esto es muy cortito y cada año se pasa más rápido. Hoy tenés treinta y cinco, pestañeás y ya tenés cincuenta. Se va muy rápido, che, y no hay quién lo pare. El consuelo es que es igual para todos —se detuvo—. No, igual no. No es lo mismo reventar con la panza llena, rodeado de caras conocidas, que reventar solo y muerto de hambre. Como sea, nadie se salva, eh. ¿O vos pensás quedar para semilla?

—¡Qué semilla ni semilla! Usted ya sabe que hasta dispuse que me cremaran.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Ya se lo dije, papá. Antes de venir para acá, ¿se acuerda? Le di un papelito con un número de trámite y usted... usted se lo aprendió de memoria.

—Entonces ya me va a volver. Ahora no me acuerdo. ¿Y yo?

—¿Qué?

—¿Qué voy a hacer cuando me muera?

—No sé, eso lo decide usted. ¿Qué va a querer?

Elviejo pensó durante unos segundos en los que la música pareció hacerse más viva y llenar todo el espacio de la plaza.

—A mí me gustaría un cajón pintado.

—¿Un cajón barnizado?

—No, señor, pintado con colores, por dentro y por fuera. Yo mismo me lo voy a decorar apenas lleguemos. Y, además, no quiero que me velen destapado. Cierran el cajón y en la tapa le ponen una ventanita de vidrio.

—¿Una qué?

—Eso, una ventanita de vidrio para que las viejas no me besuqueen, y así, cuando la gente se asome, me ve sonriendo. Porque cuando me muera, vos me cerrás los ojos y me hacés una sonrisa.

—¿¡Qué está diciendo!?

—Yo se lo vi al difunto Camejo. Se murió cogiendo, ¿te enteraste? Y le quedó una cara de contento... Así que ya sabés, antes de que me ponga duro, vos me estirás la boca y me dejás igual que Camejo, ¿oíste?

Rossi no quiso seguir escuchando. Prefirió cambiar de tema.

—Sabe que ando buscando a una mujer.

—¡Ya era hora!

—No, papá, a una mujer que conocí hace mucho, la última vez que estuve aquí. No sé dónde encontrarla. Busqué en la guía telefónica...

—¿Y está buena?

—Me da igual, papá, necesito encontrarla para hablar con ella.

—Hablar, hablar... vos siempre el mismo aburrido. ¿Y cómo se llama?

—Alena.

—Elena...

—No, Alena, con *a* de azúcar.

—¡Azuca! —gritó Elviejo y saludó a los músicos, que le devolvieron el saludo con un movimiento de la cabeza.

—Es la hermana de Pedro Ángel —dijo Rossi con timidez, tanteando la memoria de su padre a cuyas intermitencias estaba acostumbrado.

—Pastor... Pedro Ángel Pastor, Alena Pastor. Faltan las ovejitas y estamos completos.

—Por favor, papá, es un asunto serio.

—¿Y por qué no le preguntás? Si es el hermano sabrá donde vive, ¿no?

La música cesó y el aire se detuvo en las ramas de los árboles. La plaza quedó

congelada como en una fotografía. Rossi le hubiera dado un beso. Había desistido de la posibilidad de ver de nuevo a Pedro Ángel y ahora su padre le descerrajaba aquel sentido común que no admitía discusiones. Se puso de pie como impulsado por un resorte.

—¡Vamos, acompáñeme!

—¿Con este calor? ¿Adónde?

—Al Teatro Heredia.

## XIV

No era lejos. Nada es lejos en el casco antiguo de Cartagena. Más allá de las murallas, otras áreas turísticas y residenciales ofrecen un panorama de edificios altos alejado en estilo y calidez de las casitas bajas del corralito de piedra. En Bocagrande, El Laguito, Castillogrande y Manga, se levantan torres de edificios donde funcionan hoteles y oficinas. El encanto, sin embargo, está en la parte antigua y nada se compara con la sensación de embrujo al alojarse dentro de sus murallas.

Elviejo andaba lento y el calor no ayudaba. A mitad de camino se descolgó un aguacero y al cabo de unos minutos volvió a salir el sol. Se protegieron bajo un alero donde una araña había tejido una tela de asombrosa belleza. Algunas gotitas enganchadas parecían pequeños brillantes de alguna diadema. Elviejo se quedó pasmado ante el espectáculo. De la araña no había rastro, pero la tela se sostenía en un rincón donde el alero se unía con la pared de ladrillos. La sensación de agobio se volvía insoportable y, lejos de refrescarlos, la lluvia no había hecho más que acentuar el malestar. Ahora tenían calor y estaban mojados. Les tomó una buena media hora recorrer las pocas cuadras entre la plaza y el teatro.

No había señales de Pedro Ángel Pastor, como era de esperarse, pero Rossi sabía que los estaba viendo. Que desde alguna ventana o escondido tras una puerta, sus ojos no perdían detalle de lo que pasaba en torno al teatro. Aguardó en vano las mariposas plateadas. Y, al cabo de unos diez minutos de deambular ante la puerta, se acercó y golpeó como si se tratara de cualquier casa y estuviera allí de visita. No fue esa la que se abrió, pero, para su sorpresa, alguien chistó desde una de las laterales.

—Por acá, doctor, rápido, venga.

Rossi no podía ver quién llamaba, pero reconoció la voz de Pedro Ángel. Hizo señas a su padre, que esperaba sentado a la sombra en el cordón de la vereda, y los dos ingresaron por la puerta que ya nadie sostenía. Pedro Ángel se había colocado junto a una de las celosías y la luz del sol le estampaba rayas horizontales de pies a cabeza. Por debajo de aquel disfraz circunstancial, Rossi vio que llevaba un pantalón de pana y una chaqueta de cuadros escoceses suficientemente gruesa como para derretir a un regimiento. Se lo veía ansioso.

—Dígame cómo está ella, doctor.

Rossi iba preparado para alguna excentricidad, pero lo desacomodó el apelativo y no tuvo el reflejo de seguirle la corriente.

—No soy doctor; me confunde.

Pedro Ángel pareció contrariado y respondió con la violencia de quien está bajo una presión terrible y no tiene tiempo para tonterías.

—Entonces quién es, pues. ¿Qué hacen aquí?

—Doctor Rossi —dijo Elviejo y le extendió la mano.

—Ah, usted es el médico. Doctor, cuánto le agradezco. Dígame cómo está ella. Dígame cuándo podré verla.

—Ella está bien y descansa.

—Pero ¿cuándo podré verla?

—Apenas se despierte.

—Me devuelve el alma al cuerpo —le extendió la mano—. Soy Billy Sánchez de Ávila. Disculpe la grosería, doctor, es que desde ayer quiero verla...

—Ya le dije que está bien. Venga, sentémonos —lo tomó con gentileza del brazo.

Rossi creyó que todo daba vueltas. No podía precisar si su padre había reaccionado dentro de su particular locura o si aquello era una muestra de astucia y estaba siguiendo el juego de Pedro Ángel para sacarle la información que buscaban. En cualquier caso, estaba claro que aquellos dos se entendían como antiguos compañeros de escuela.

Caminaron hasta la platea y se acomodaron en las butacas. Pedro Ángel y Elviejo, tomados del brazo, en la última fila. Rossi un poco más adelante. Era obvio que sobraba en aquel diálogo e intuía que podía confiar en su padre, por esta vez, al menos. Se preguntaba cuál sería el personaje de ese día y, por más que se estrujaba el cerebro, no le venía a la mente la imagen de un hombre vestido con una chaqueta a cuadros. Una escenografía a medio desmontar indicaba que la noche anterior habían tenido función. Rossi reparó en unos cubos blancos frente a un enorme espejo que reflejaba la sala y multiplicaba la sensación de profundidad. Al fondo de aquel espejo, pequeños, casi invisibles, conversaban los dos viejos.

—... más absoluta, doctor. Me dijeron que volviera el martes, pero yo no puedo esperar tanto para verla.

—¿Y quién le dijo eso?

—¡Es que no sé su nombre! ¿Puede creerlo? Todo fue tan rápido. Ella no estaba bien. Le sangraba el dedo... algo sin importancia, y estaba tan linda —se largó a llorar. De verdad lloraba. Lloraba como un enamorado penitente o como un niño angustiado. Rossi no daba crédito a lo que sus ojos veían.

—No se ponga así, amigo. Un hombre no debe llorar.

—¡Y tampoco comer dulces! Los hombres no comen dulces —respondió el otro súbitamente recuperado del llanto—. ¿Le decía? Un doctor joven, calvo...

—El dedo, me contaba lo del dedo.

—Pero, usted dijo que cuando despierte...

—Claro, cuando despierte podrá verla, pero ahora déjela descansar.

—¿Y cómo está, doctor?

—Verá, ha perdido un poco de sangre... Si me disculpa, ¿con qué se lastimó?

—Con la espina de unas rosas. Acabamos de casarnos, ¿sabe? Es nuestra luna de miel y... —volvió a hacer pucheros— es que no sé por qué vinimos a este lugar.

—¿A Cartagena? —dijo Elviejo haciendo un esfuerzo supremo de la memoria.

—¡Qué dice! En Cartagena debíamos habernos quedado. Y ella no estaría así en este momento. Pero, no, la señorita quería venir de luna de miel a París...

—¡No diga!

—Y está este idioma, este francés del demonio... es ella la que lo habla. Yo, yo no...

—No tiene que preocuparse porque yo hablo español. ¿Ve? Puede hablar conmigo —respondió Elviejo, convencido de su papel.

—¿Sabe dónde dormí ayer? ¡En mi auto! Mi Bentley nuevo. ¿De qué me sirve ahora un Bentley nuevo, eh? —y lloraba—. Esta mañana me he mudado a un hotelito aquí a la vuelta. Poco más que una cueva, aunque está bastante limpio. En fin, lo peor no es eso. Lo peor es que hay una cama matrimonial, ¿entiende? Y todo el tiempo me la recuerda a ella —la mirada se le desencajó y adquirió una súbita fiereza—. ¡No aguanto más, doctor! No voy a esperar al martes para verla. La voy a ver como sea. No me va a delatar, ¿verdad?

—Tranquilo, ya le dije que ella está bien y descansa. Cuando despierte, yo mismo lo acompaño para que la vea.

Pedro Ángel le tomó las manos y se las besó. La respiración comenzó a encauzarse en un ritmo sereno. A la distancia, Rossi percibió que se estaba produciendo un cambio, como si fuera despojándose del personaje y, poco a poco, volviera a ser el mulato viejo que deambulaba por los pasillos del teatro. Inclino la cabeza y se quedó en silencio. Elviejo permanecía quieto en su asiento y observaba. Parecía tener el control de la situación, pero aun así, no bajaba la guardia. De un loco podía esperarse cualquier cosa, comentó más tarde camino al hotel.

Rossi se acercó con delicadeza, procurando no hacer ruido. Solo cuando estuvo junto a ellos vio que Pedro Ángel apretaba algo con fuerza, casi con desesperación, pero no fue hasta unos minutos después, cuando los acompañó hasta la puerta, que pudo ver lo que aquello era. Pedro Ángel estaba aferrado a una estolita apolillada a la que apenas quedaban unos pelos sueltos y un único ojo del pobre visón convertido en cíclope patético.

—Entonces, doctor...

—Entonces —respondió Elviejo— ahora usted se me va a descansar. Ella puede dormir horas, incluso hasta mañana. No tiene sentido que usted esté acá. Se me vuelve al hotel, se ducha y se acuesta. Y se me afeita, Billy. ¿Qué va a decir ella si lo ve con ese aspecto? Da miedo. ¿Se ha visto al espejo? No, mi amigo, vaya y vuelva más tarde. Ella lo necesita entero.

—Le agradezco tanto, doctor. Solo con saber que está bien, mi nenita...

Se puso de pie y les hizo señas para que lo siguieran. A medida que salían de la sala y recorrían el pasillo en dirección a la puerta, Rossi se desesperaba. Iban a irse de allí sin la respuesta que habían venido a buscar. Pero entonces, Elviejo volvió a darle una sorpresa.

—Dígame, Billy.

—A sus órdenes, doctor.

—Me dijeron que su hermana le lava la ropa...

Pedro Ángel dudó. Entrecerró los ojos como quien está procesando información a

toda velocidad y no logra acomodarla en ningún casillero. Estaba confundido y Elviejo aprovechó aquella confusión.

—Su hermana... —miró a Rossi con ojos de interrogación.

—Alena.

—Su hermana, Alena. La que le lava la ropa.

—¡Y me trae la comida! —ahora sí, ya no quedaban dudas. Billy se había ido y Pedro Ángel Pastor estaba de regreso.

—No diga. Ha de ser una mujer muy buena.

—¿Buena? Buenísima, una santa. ¿Y para qué la busca?

—Quisiera ofrecerle un trabajo.

—Ah, pero no creo, señor. Trabajo ya tiene y le pagan bien.

—De todos modos, me gustaría...

—Si quiere preguntarle, pregúntele, pero no creo.

—¿Dónde la encuentro?

—¿Dónde va a ser? En la casa grande.

—¿Y cómo llego?

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

Un brillo de desconfianza asomó en la mirada de Pedro Ángel y Rossi tuvo miedo de echar a perder aquel esfuerzo. Salió al cruce aun a riesgo de arruinarlo todo. Sacó una de sus tarjetas de la billetera.

—Soy periodista. Estoy haciendo un artículo acerca de la moda cartagenera. Nos dijeron que su hermana es modista.

Pedro Ángel miró a Rossi como si recién entonces hubiera reparado en su presencia. Le dedicó una sonrisa, la misma sonrisa franca que lo había recibido treinta años atrás en la isla. Rossi sintió que se le aflojaban las piernas.

—Sí, señor. ¡Y de las buenas! Una modista finísima. Ya, qué bueno que salga en una revista. Le va a gustar su trabajo, es una modista finísima. Mire, se me va por ese lado, pegadito a la muralla. No hay cómo perderse. Es una casa rosada, bien grandota, señor, con unas palmeras... Y allí, nomás, me la encuentra.

Rossi le estrechó la mano. Elviejo estaba algo molesto. En el instante final, su hijo le había robado el protagonismo. De todos modos, la memoria ya empezaba a flaquearle y no estaba seguro de las razones por las que estaban hablando con aquel loco vestido para ir al polo a la hora en que el sol derretía las piedras. Saludó con la cortesía justa, que Pedro Ángel no registró. Ahora solo veía a Rossi y estaba encantado con aquel periodista que iba a entrevistar a su hermana, una modista finísima que vivía en una casa grande junto a la muralla.

Rossi hubiera salido a toda carrera en busca de Alena, pero su padre ya daba señales de agotamiento y, además, estaba aquel triste olor que tan bien conocía y que los obligaba a volver al hotel. Hubiera podido pedirle que entrara a cualquier bar y se cambiara el pañal en el baño, pero sabía que la humillación habría sido devastadora.

—Volvamos al hotel, papá. Despacito. ¿Buscamos un taxi?



Elviejo no daba más. Las piernas no le respondían y el calor le tenía la presión por los suelos. Pero sabía lo que ocurriría en el taxi. El olor sería más evidente. Aunque abrieran todas las ventanas y su hijo intentara distraer al conductor con alguna conversación forzada, no habría forma de ocultar aquel olor a mierda.

—Caminemos.

—Pero mire que está bravo el sol, papá. Y ni siquiera tenemos sombrero.

—¡Caminemos, carajo! ¡¿Cómo tengo que decírtelo?!

Rossi entendió y se compadeció de su padre, tan digno, tan viejo.

—¿Sabe qué? Le propongo algo divertido. ¿Qué le parece si vamos en carruaje?

—Vos estás en pedo.

—Claro, papá, espéreme aquí que no me tardo. Aquí, venga, siéntese a la sombra que va a ver lo que le traigo. Ni un rey viaja tan cómodo...

Y antes de que Elviejo pudiera decir palabra, Rossi ya marchaba rumbo a la plaza rogando por encontrar rápido uno de esos coches tirados por caballos, algo que en otra circunstancia jamás hubiera pasado por su cabeza. Y rogando por que los turistas estuvieran todos metidos bajo el aire acondicionado de los hoteles y a ninguno se le hubiera ocurrido la estúpida idea de achicharrarse bajo el sol del Caribe paseando en uno de aquellos carritos.

## XV

Rossi acompañó a su padre hasta la habitación. Elviejo se metió en el baño sin decir palabra, con un evidente malhumor que no era otra cosa que rebeldía ante esa decadencia imparable. Rossi lo esperó tumbado en la cama, disfrutando del aire del ventilador que giraba a toda máquina. Quiso poner en orden los pensamientos, pero se le mezclaban con sensaciones rarísimas que lo alejaban de la razón y lo volvían aún más vulnerable. Unos minutos más tarde Elviejo salió del baño y Rossi, que también estaba apurado por usarlo, recordó que no debía entrar hasta pasado un buen rato. Iría a uno de los del vestíbulo.

—¿Bajamos?

—Y, dale. Estoy con un hambre que me muero.

En el salón comedor, Rossi dijo a su padre que empezara sin él, que no se demoraba. Pasó por el baño a la carrera y con la misma prisa salió a la calle en busca de cartones y pinturas. No era fácil encontrar una papelería a esa hora y en un recinto amurallado donde cada centímetro estaba pensado para el turismo. Pero a fuerza de preguntar y con toda su voluntad puesta en la empresa, dio con una papelería a no más de tres cuerdas del hotel. Era un pequeño negocio montado en el garaje de una casita antigua pintada de rojo y orlada con campanillas azules. No había mucho para elegir. Acabó pagando carísimo un bloc de cartulinas blancas y unos tubos de óleos de colores por los que Van Gogh hubiera canjeado varios de sus magros desayunos. Llevó, además, una caja de pasteles, dos pinceles de cerda fina y varios lápices de dibujo, pero solo por las dudas, porque no recordaba que su padre delineara las formas antes de aplicarles color. Con eso tendría para entretenerse después de la siesta. Volvió al comedor. Solo cuando se acomodó en la silla y notó cuán agitado estaba recordó que tenía casi setenta años y que también era un viejo.

—Demoraste en el baño, che. ¿No vas a almorzar?

—Lo acompañó con algo liviano.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Mucho calor.

—Acá adentro no se siente. Comé que te vas a desmayar.

Solo por obedecer, Rossi se sirvió un plato de frutas y observó entre divertido y asqueado el amasijo de comida que su padre tenía ante sí. Apoyó un codo en la mesa y la cabeza en la mano. Con la mirada perdida en el mantel, jugaba con la cuchara y no probaba bocado.

—¡Che! ¡Con la comida no se juega!

—Es que no tengo hambre, papá. Me serví solo para acompañarlo.

—¡Pero si yo como con mi boca! Andá a acostarte si te sentís mal. Lo único que falta es que te me despatarres acá y tenga que cargarte hasta la pieza.

—No da para tanto.

—¿Entonces qué? ¿Estás enamorado?

Rossi levantó la vista con violencia, como si le hubieran pinchado un ojo y tuviera que devolver el ataque, pero su padre ya estaba distraído en atrapar con el tenedor una uva escurridiza y no le prestaba atención. Rossi entendió que no había existido la menor intuición por parte de su padre acerca de lo que estaba pasando en su interior.

—¿Estás enamorado, Rossi? ¿Alguna vez lo estuviste? ¿Podrías decir qué es el amor? ¿Cómo enamorarse de alguien a quien apenas has visto? ¿O fue amor a ti, a tus proyectos? Siempre fue amor a ti. Cuando formaste la familia y también cuando la deshiciste. Siempre estuviste tú primero. Eso es el amor para ti, imbécil. Tus intereses, tus proyectos, tus sueños. ¿Y los demás? Los demás que revienten.

—¡Pst! ¡Eh!

—No, papá, qué voy a estar enamorado. ¡A mi edad!

—¡A tu edad! ¡A tu edad! ¿Y qué dejás para los viejos? A tu edad todavía se puede echar un buen polvo.

—¡Papá, por favor! Ya le pedí que no hablara así.

—Ah, ah, el señor se ofende. ¿Qué dije de malo, eh? Y, además, es cierto. ¿Se te para?

—¡Basta, le dije!

—A mí no. Hace tiempo. Pero igual miro todo lo que puedo. El amigo no responde, pero los ojos siguen vivos. ¡Y bien vivos! Acá, por ejemplo, he visto más culos y te...

—¡Basta, papá! ¡Termínela!

—Mujeres más divinas que estas no ha de haber.

—No, no ha de haber. Escuche, tengo que hacer una diligencia. Voy a pedir que lo acompañen hasta la habitación cuando termine. Se me queda ahí hasta que vuelva, ¿entendió? Le compré esto.

—¿Qué es? Ah, lapicitos de colores. ¿Vos te creés que soy un niño?

—No, papá, no es un niño. Le compré esto para que se entretuviera y porque usted me dijo que le habían encargado una pintura, ¿se acuerda? Pedro Ángel Pastor...

—Sí, me acuerdo. Ahora no voy a pintar, de todos modos. No me siento bien.

—¿Qué le pasa?

—Comí demasiado. ¡Y con este calor! Además, me tuviste al trote toda la mañana. Este cuerpito necesita una siesta.

\*\*\*

Las dos de la tarde en Cartagena. Aunque estaba nublado, la fuerza del sol atravesaba la capa de nubes y formaba un toldo blanco, un resplandor casi plateado que hería la vista. Rossi jamás había usado lentes oscuros. Le parecían una excentricidad de adolescente. Pero los agujonazos del sol eran tan agudos que

lamentó no tener un par en el bolsillo y se hubiera detenido a comprar uno de no haber sido porque otros asuntos lo apremiaban.

Miró sus zapatos y notó que les hacía falta lustre. De pronto, tomó una súbita conciencia de su cuerpo y de su ropa. Se sintió feo, decrepito. Tuvo el impulso de volver a darse una ducha y ponerse algo fresco. Pensó que no había traído perfume. Jamás usaba; ni siquiera estaba seguro de tener un frasco en casa. Esa tarde le hubiera gustado oler bien y sentirse limpio. Giró sobre sus pasos, caminó media cuadra. En su interior se libraba una disputa. Antes de llegar a la puerta del hotel, dio la vuelta y apretó el paso hacia la muralla.

No había forma de confundirse. Pedro Ángel Pastor se lo había dicho. Pegadito a la muralla, siempre pegadito. Hacia su derecha divisó el teatro y se preguntó en qué estaría Pedro Ángel, si aún arrastraría la pena del pobre Billy Sánchez o si se habría convertido en otro personaje, un gitano, quizá, que fuera por el mundo mostrando a quien quisiera las bondades de los nuevos inventos. O, por qué no, se preguntaba a medida que acortaba la distancia entre su ansiedad y la casa, por qué no un hombre que va por la calle en sueños y busca a una mujer que deja su rastro escrito en las paredes: ojos de perro azul. ¿Quién serás hoy, Pedro Ángel? ¿En qué mundo andarás perdido? Cuánto daño te he hecho.

La casa rosada —si es que se podía llamar rosado a aquel color más cercano al salmón o a la terracota— llamaba la atención por su imponente tamaño y por el muro alto que la separaba de la calle. Estaba en la esquina y tenía forma de proa, como un barco que alguna tormenta hubiera encallado al otro lado de la muralla. Rossi no esperaba algo así. Era, en efecto, una casa notable por su amplitud, que se distinguía de las casitas bajas y apretadas que iban serpenteando a un lado y otro de las calles del casco antiguo de Cartagena. Pero había algo excepcional, algo que podía ser aquel color indefinible o las palmeras desplumadas que luchaban contra el viento, o quizá la aparente sencillez de sus líneas rectas y aquellos ventanales generosos que miraban al Caribe. Algo fascinante tenía aquella casa y a Rossi no le pareció raro que un grupo de turistas tomara fotos desde la vereda opuesta.

Entonces surgió aquel temor nacido en las tripas, un temor que al llegar a la garganta ya era un pánico del infierno. ¿Allí vivía Alena? ¿Era esa su casa? ¿Había logrado convertirse en la modista más buscada de Cartagena? No, pensó Rossi, y recordó la casita blanca en una esquina. Alena no hubiera querido esto. Pero entonces, ¿vivía allí con su familia? ¿Su marido era un hombre rico, quizá el más poderoso de Cartagena? ¿Y qué diría ella cuando lo viera? ¿Cómo estaría Alena? ¿Qué pensaría de aquel hombre sudado y con pocos pelos que venía a golpear a su puerta como un espectro que ha salido de su tumba o como un penitente limosnero? Pobre hombre, diría, como Fermina Daza pensó un día al ver a Florentino Ariza y se apiadó ante la magnitud de aquel amor que no podía corresponder.

La casa parecía inexpugnable. Después de cavilar un poco y evaluar posibilidades, Rossi se decidió por lo obvio. Tocó timbre. Una voz sonó detrás de la

placa del portero eléctrico.

—¿La señora Alena?

La voz no respondió y Rossi esperó durante unos segundos. Volvió a tocar. Silencio. Golpeó el portón de madera. Insistió con el timbre hasta que se le hizo evidente que no era bien recibido. Rodeó la casa e intentó por la puerta de servicio. Otra voz respondió.

—¿La señora Alena?

—¿Quién la busca?

Rossi suspiró y tragó saliva para acomodar las palabras. Esa pregunta contenía una respuesta. Alena vivía allí.

—Un amigo.

—Su nombre.

—Franco Rossi.

Silencio.

—¿Qué desea?

—Necesitaría hablar con ella —Rossi se sintió ridículo con el uso del condicional. No necesitaría, necesitaba, desesperadamente necesitaba hablar con ella. El corazón le latía al galope.

—No puede atenderlo en estos momentos.

—Dígale que es un minuto.

—Vuelva otro día.

—Por favor, vine de muy lejos. No tengo tiempo.

—¿Se va?

—¿Disculpe?

—¿Se va de Cartagena?

—El sábado.

—¡Pues, váyase!

—¿Alena?

—¡Váyase, señor, y no vuelva!

—Alena, por favor, Alena.

—¡Fuera!

—Te lo suplico.

—No moleste más o le mando a la guardia. ¡Fuera!

—Alena, es un minuto, un minuto nada más. Necesito verte. Todos estos años...

—¡Fuera!

—Un minuto.

El silencio se hizo profundo y Rossi dio por terminada la pelea. Ella estaba allí, separada de él por mucho más que aquellas gruesas paredes. Entre ellos se alzaban treinta años de abandono, decepción, tristeza. ¿Qué estás buscando, Rossi?, se dijo. Que te perdonen. Eso. Estás buscando que te perdonen para volver a casa tranquilo y terminar con la conciencia limpia, como si nunca hubiera pasado nada, como si no les

hubieras arruinado la vida.

—¿Con qué derecho? —se dijo en voz alta. Acarició la puerta y giró rumbo a la muralla viendo pero sin ver a otro grupo de turistas que se había detenido para tomar fotos a la casa.

Detrás de él sonó un ruido seco, como una ramita que se quiebra. Rossi se dio la vuelta y vio que la puerta estaba abierta. No entró de inmediato. Tuvo miedo. Esperó unos segundos en los que se condensaron los últimos años de su vida. El sufrimiento se le agolpó en alguna parte del cuerpo convertido en una pesadez que lo estaqueó al piso como un monigote absurdo.

—¿Entra o no entra? —la voz sonó imperativa desde el portero eléctrico.

Avanzó con la mirada clavada en el piso. Si hubiera levantado la cabeza habría notado que la casa estaba construida para verse como una mujer coqueta que se emperifolla y espera que se le note la belleza. Los troncos de las palmeras se erguían abrazados por unas enredaderas de amplias hojas inclinadas hacia el sol como palmas abiertas. Detrás de las barandas de madera se enroscaban hiedras; en unos macetones claros crecían arbustos de tronco grueso, arbolitos enanos. En macetas colgantes, caían hacia el piso unos gigantes helechos. Y cada tanto, sin orden lógico —más bien como si el viento hubiera traído las semillas y las hubiera acogido la tierra— crecían unas buganvillas de colores varios que iban desde el fucsia rabioso hasta un anaranjado suave, casi amarillento. Pero Rossi no podía ver aquello. Estaba absorto en sus pies, que se movían con pesadez de plomo y avanzaban pidiendo permiso a través del camino de pedregullo que llevaba a la casa.

Bajo el umbral de una enorme puerta, esperaba Alena. Un par de metros antes de llegar a ella, Rossi tuvo tiempo para pensar en su fantasía. Hubiera querido que el sol iluminara a aquella figura y la rodeara con un halo de luz divina. Que, convertida en una virgen o en un ángel, la mujer hubiera abierto los brazos y que en sus mejillas refulgieran lágrimas de felicidad. Que estuviera vestida con sencillez, pero que bajo esa sencillez se notara el buen trato de la vida. Que sus manos fueran tersas, con uñas cuidadas y algún anillo, no una alianza de bodas, no, sino un cintillo solitario. Que sus pies —que recordaba pequeños— estuvieran calzados en sandalias de cuero suave. Que el maquillaje fuera imperceptible o que no lo hubiera. Que tampoco hubiera arrugas, ni surcos en los bordes de los ojos, ni pozos de negrura bajo ellos. Pero, ante todo, Rossi hubiera querido que sonriera, como sonrío todo el mundo en Cartagena. Que aquella sonrisa contuviera todas las palabras que no sería necesario decirse y que, por fin, le traerían paz.

La mujer conservaba la delicadeza de las cosas mínimas, pero el resto estaba tan estropeado por el tiempo que Rossi no la hubiera reconocido de habérsela cruzado en una esquina. Hubiera querido arrodillarse y besarle los pies que no guardaban sandalias de cuero suave, sino unas chancletas de goma por las que asomaban los dedos deformes de uñas encarnadas. No fueron los pies, sin embargo. Ni las manos ajadas. Ni las piernas demasiado delgadas para sostener aquel cuerpo grueso, no

hinchado, sino engordado por pura obra del descuido. No fue el olor a lavandina que desprendía la piel, ni la mirada aguada, como desteñida de tanta tristeza. No fueron las arrugas ni las ojeras.

El delantal. Lo que venció a Rossi hasta hacerle sentir que el aire le faltaba fue el delantal que cubría a Alena. Un delantalito a cuadros blancos y azules, un discreto delantal que cubría un vestido de algodón claro y en el que Alena se frotaba las manos como quien ha sido interrumpido en medio de una faena y a toda velocidad se las seca. No era bella. Nunca había sido bella, pero antes tenía ilusión de felicidad en la mirada. Y confiaba. La Alena de ahora había perdido toda fe.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Alena, ¿cómo estás? Por favor, necesito hablarte.

—¡Hable!

—No aquí, no de pie, necesito que conversemos.

—Estoy trabajando, ¿no lo ve?

—Te lo pido por el amor de Dios. ¿Puedo pasar?

—No es mi casa. Diga, nomás, y lárguese.

—Cinco minutos, Alena, te lo prometo.

La mujer vaciló un instante en el que se fundieron todos los dolores, los deseos de venganza, los resentimientos de las últimas décadas. Pero también afloró la ternura rescatada de aquellos días compartidos en la isla, una ternura inmensa de la que jamás se había despojado y que era un recordatorio de que había sido una ilusa, una pobre muchachita enamorada y a pura traición destruida.

—Pase.

La frescura del interior lo hizo sentir bien y acaso abrigar alguna esperanza. Había mucha madera, una madera clara en los tablones del piso y otra más oscura y rústica en las mesas, sillas y bibliotecas. Había unos sillones blancos mullidos y almohadones en tonos de morado y verde. Y por todas partes, jarrones con flores frescas, y frutas de cerámica y libros y revistas y algunas velas sin encender. Coronando aquella decoración tras la que se notaba la mano experta, una enorme pintura en tonos de turquesa sobre fondo blanco y por encima de todo, un techo abovedado cruzado por vigas que le daban a la habitación un falso aire de sencillez. Rossi se sintió a gusto y jugó a adivinar en qué rincón se acomodarían, pero Alena no lo invitó a sentarse y permaneció de pie, recortada ante la luz de la puerta.

—Alena...

—Cinco minutos. Y ya se le ha ido casi uno entero.

—¿Cómo estás? ¿Cómo has estado?

Ella no respondió. Era tan absurdo preguntarle aquello. No veía, acaso, cómo estaba, los estragos que la vida había hecho en su cuerpo. Otra vez se burlaba de ella. Había vuelto solo para tomarle el pelo. No que hubiera la menor intención sexual detrás de aquella visita. Era obvio que para los dos aquello ya no importaba. Y, además, ya no iba a encontrar a la muchachita inexperta. Ahora tenía frente a él a una

mujer sufrida y golpeada por los padecimientos de una vida que no había sido amable con ella. No le tenía miedo por eso, sino porque no podía ser otra cosa que un mensajero de la desgracia. Nada bueno podía presagiar ese hombre de pie en medio de la sala.

Rossi no volvió a formular la pregunta. De todos modos, sabía la respuesta. Alena estaba mal y lo había estado siempre. Es posible que hubiera tenido sus momentos de pasajera alegría, pero a la vista estaba que sus días habían estado signados por la dureza. Cuánto de aquello era responsabilidad de Rossi. Imposible saberlo; cómo medir el sufrimiento. Él decidió que iba a cargar con todo, que estaba allí para que le tiraran los fardos y que él los llevaría en silencio, sin una queja.

—Solo quería verte.

—Ya me ha visto.

—Me voy, entonces.

—Le abro.

—Una cosa más.

—Diga.

—Estoy muy arrepentido.

—Qué bien.

—No alcanza con pedir perdón, ¿verdad?

—No, señor, no alcanza. De todos modos, mejor no lo pida porque yo no lo perdono.

—Está bien, Alena, está bien.

—Ahora váyase. Estoy trabajando —y se llevó las manos al delantal como un soldado que comprueba su armadura antes de partir a la guerra. Rossi supo entonces que aquel delantal hablaba por Alena y que no se lo había dejado por olvido, sino para que él viera lo que había sido de ella. Aquel delantal eran miles de palabras que ella le arrojaba en el rostro y Rossi lo entendía.

—He visto a Pedro Ángel.

El rostro de ella se endureció y la voz se tornó amenazante.

—¡Déjelo en paz! ¡No se le acerque!

—Solo estuve charlando con él...

Pero no era cierto. Había intentado aquella entrevista. Había pretendido que el hombre a quien había destrozado la vida, lo salvara. Y estaban las fotos. De pronto, Rossi sintió urgencia por encontrar a Daniel. Aquellas fotos nunca debían salir a luz. Nada había cambiado, después de todo. Una vez más estaba allí y una vez más hacía daño a la gente buena.

—¿A qué ha venido?

—A entender...

—No hay nada que entender. ¡Váyase!

—Yo no quise, yo nunca quise...

—Usted —rugió Alena— solo quería *su* bien, señor, y le importó menos que nada



destruirnos. Hizo todo el daño que pudo y se fue. Viene ahora, treinta años después... ¿a buscar qué? ¿Qué más quiere hacernos?

Una puerta se cerró en el piso de arriba. Alena se sobresaltó y le hizo señas para que se fuera, pero ya crujía la escalera con los pasos de alguien que bajaba pesado y lento. La boca se crispó en una mueca desesperada. Rossi avanzó hacia la puerta y estaba a punto de atravesarla cuando una voz sonó desde lo alto, como un trueno creador, una voz Divina.

—¿Cómo así? ¿Los invitados se van sin saludar?

Rossi giró preparando una disculpa. Al hueco de la escalera llegaba poquísima luz y apenas divisó en lo alto la figura de un hombre inclinado sobre el pasamano. Desde lejos parecía una sombra.

—¿Quihubo, Alenita? ¿No ibas a avisarme de la visita?

—El señor vino a traerme un recado y ya se iba. Disculpe la...

—Ah, ¡y yo que pensé que era un enamorado!

—Señor...

—Ya viene siendo hora, m'hijita...

Alena bajó la mirada y metió las manos en el bolsillo del delantal. Rossi se enterneció al verla convertida de vuelta en una muchachita. Aquella tregua en su ofensiva le devolvía la suavidad y la dulzura de una inocencia que no parecía del todo perdida.

—¡Las cosas que dice! Ya es un poco tarde. ¿Le subo el almuerzo? —soltó una risita.

—¡Las cosas que digo, las cosas que digo! ¿Y no estoy en lo cierto? —se apartó del pasamano y dio media vuelta.

Antes de desaparecer, giró y volvió a inclinarse hacia la planta baja donde Alena y Rossi esperaban paralizados.

—Bajo a comer, pero no te preocupes que con una ensalada alcanza. ¿A qué hora vienen los...? ¿Tú te acuerdas a quién me toca recibir hoy, Alena?

—No le sabría decir, señor...

—No pasa nada. Me avisarán con tiempo. Esta noche tenemos la cena, ¿te acordabas?

—Sí, señor.

—Bien. No hay necesidad de que te quedes, pero sí puedes colaborarle un poco a la niña de la organización. Es la primera vez que trabajamos con ella y no sé —soltó una carcajada— no sé qué experiencia tendrá con esta fauna. ¡Escritores, empresarios y políticos! ¡Madre mía! Hoy no salimos vivos. Habrá que pensar muy bien cómo los sentamos a la mesa.

—Claro, señor, me ocupo.

—Y después te me vas por ahí, ¿entendiste? ¡Nada de trabajo! ¡Hoy toca juerga también para ti, Alena! —torció la cabeza hacia Rossi—. Oiga, señor, ¿cómo desaprovecha una vaina de estas?

Rossi se adelantó un paso, pero no atinó a pronunciar palabra. La cara del hombre continuaba en la penumbra y los ojos cansados de Rossi no alcanzaban a distinguir los rasgos.

—¡Invítela, m'hijo! Que una mujer así no se encuentra a la vuelta de la esquina —y la sombra desapareció refunfuñando algo acerca de huevones y mantecas.

## XVI

Mientras caminaba rumbo al hotel, Rossi iba lleno de Alena. Las emociones se disputaban la primacía para regirle el pensamiento. El encuentro había sido amargo. ¿Y qué esperabas? ¿Pretendías que te recibiera con las piernas abiertas? Se avergonzó de su vulgaridad. Alena merecía mucho más que eso. Verla así, endurecida, despojada de aquella dulzura que lo había embrujado y, sobre todo, buscar en un gesto, en el fulgor de los ojos, aquella forma de mirarlo y, a pesar de esforzarse, no encontrarla. Parecía muerta. Solo cuando el hombre apareció en la escalera se suavizó un poco su rispidez y Rossi vislumbró en el fondo de la tristeza a la chiquilla inocente que lo había conducido hasta el refugio de Pedro Ángel en la isla.

Había intentado robarle otros minutos, pero sin suerte. Apenas había alcanzado a decirle el nombre del hotel y que se iba en dos días. El sábado por la mañana ya estaría en vuelo a Montevideo y esta vez tenía la certeza de que no regresaría a Cartagena. Ella estaba determinada a que la conversación no avanzara hacia terrenos peligrosos y le hizo señas para que se fuera. Desde adentro abrió el portón que se deslizó hacia un lado y que volvió a cerrarse dejándola segura en su fortaleza.

Al llegar al hotel, Rossi fue hasta la recepción y preguntó por Daniel. Le dijeron que había partido esa madrugada, pero que podían hacerle llegar un recado si lo deseaba. Rossi agradeció, bastante decepcionado. Necesitaba hablar con alguien que lo vinculara a su pasado y entendiera al menos parte de su historia. Alguien más lúcido que su padre. Alguien que no fuera a salirle con un dislate o que le soltara un reproche que fuera a sumarse a sus propios insultos. A quien no fuera imprescindible explicarle todo desde el principio. Alguien que, sin embargo, guardara la suficiente distancia afectiva y, sobre todo, alguien a quien ya no volvería a ver.

Las computadoras de la planta baja estaban, como de costumbre, libres. Rossi eligió la más apartada y esperó a que se desplegaran los mensajes recibidos. No había más que ofertas de artículos, un aviso de que había ganado la lotería en algún país remoto, dos mensajes de Ra y el único que realmente importaba. Había escrito Daniel.

*Estimado Rossi, me alegró verlo; toda una sorpresa. En adjuntos van sus fotos, las tres mejores. No hubo demasiado tiempo para tomar buenas, así que deseché las que no valían. Quédese tranquilo que ya están todas borradas. Puede hacer con ellas lo que quiera. Si las publica, apreciaré ver mi nombre en los créditos, pero no va a publicarlas, ¿verdad? En cualquier caso, espero que le sirvan. No se castigue tanto. ¿Quién no ha metido la pata alguna vez? Parece ser que Cartagena es nuestro lugar de encuentro. Yo vuelvo cada año, así que quizá nos volvamos a ver algún día. Saludos. Daniel*

Rossi sonrió. Aquello no era la charla de café que hubiera esperado, pero

producía un efecto semejante. Se sintió acompañado, entendido. Ese Daniel era un buen tipo. No volverían a verse. No en Cartagena. Rossi no pensaba regresar. Tenía por delante dos días e iba a emplear cada minuto en anudar los cabos sueltos. Cuando diera la puntada final, se marcharía para siempre.

Abrió el primer adjunto. Era una foto maravillosa. Un claroscuro digno de Rembrandt. En el fondo, iluminadas por un haz de luz amarillenta, las alas enormes descansaban contra un rincón bajo un plástico transparente. Un poco más adelante y amparado por la penumbra, Pedro Ángel gesticulaba a un interlocutor fuera de encuadre. Tenía los ojos bien abiertos porque en ese momento los hermanos Vicario lo andaban buscando y estaba muerto de miedo. Solo la blancura asustada de aquellos ojos, la camisa y el pantalón de lino resaltaban en la oscuridad. Unas motas de polvo granulaban la tersura de la luz y conferían a la escena un efecto fantasmagórico. Del resto, poco se veía.

La segunda foto estaba tomada a más distancia y mostraba pocas variantes, más allá de incluir algunos objetos que se confundían en la penumbra. Pero alguien que hubiera estado allí y sabido de la presencia de otro hombre, habría notado una sombra que proyectaba la débil luz de la bombilla y que se recortaba apenas en el extremo derecho.

La tercera foto estaba en blanco y negro. Por algún motivo, Daniel había decidido destacarla de las otras. El efecto era conmovedor. Rossi aparecía en ella. Miraba a Pedro Ángel y Pedro Ángel le devolvía la mirada. Parecían dos antiguos camaradas tomados por casualidad por un objetivo insolente. Rossi era mucho más bajo que Pedro Ángel y también se lo veía más viejo. Pero lo que resultaba conmovedor era un gesto pequeño, un gesto que quizá ni siquiera fuera un gesto, sino un mero movimiento cristalizado por la cámara. Pedro Ángel tenía los brazos extendidos hacia Rossi, con las palmas abiertas hacia el cielo como quien espera o pide un abrazo o como quien concede algún tipo de perdón. Y perdona.

Rossi no pudo aguantar el llanto. Apoyó la frente en la pantalla. Sobre la imagen de aquellos dos viejos que se hablaban sin palabras lloró y no le importó que lo vieran. Lloró con todas las lágrimas por tanto tiempo guardadas. Lloró por su esposa, por sus hijos, por Pedro Ángel y por Alena. Lloró por la madre que lo había abandonado y por su padre viejo que había hecho lo posible para que aquella ausencia no doliera tanto. Lloró por él, por su estupidez, su orgullo, su egoísmo, su amor y por ese dolor lleno de culpa que se le había atascado como una piedra en la garganta. Lloró hasta que se le secó el llanto y, al amansarse, las últimas lágrimas fueron lavando las penas.

Así estuvo durante un rato indefinible. Un rato que pudo haber durado unos minutos o quizá años. Cuando se repuso, apagó la máquina y subió a su habitación. Elviejo dormía. Había entornado los postigos y abierto las ventanas. En el techo giraba el ventilador y el aire acondicionado funcionaba a toda máquina. Sobre una mesa Rossi vio las pinturas. Un hombre con alas de ángel volaba sobre Cartagena. En

otra, unos trazos oscuros de algo que podía ser un estudio para un rostro, pero que concluía en una abstracción inacabada. Esparcidos por el piso, dibujos sencillos de plantas y flores. Los pasteles también estaban por todas partes sobre la alfombra. Elviejo había trabajado duro y ahora descansaba con el rostro vuelto hacia la pared.

Eran las cuatro de la tarde. Rossi apoyó la cabeza en la almohada y con una serenidad nueva, una serenidad que más tarde, al recordar, lo sorprendería, se durmió. Antes de caer en el pozo del sueño, tuvo tiempo para pensar que aquel día, el cuarto día de su viaje a Cartagena, había valido por varios años y que en pocas horas habían sucedido más hechos trascendentes que en las últimas décadas.

\*\*\*

El teléfono lo sobresaltó. No estaba seguro de cuánto había dormido. Antes de atender, Rossi buscó en las sombras la silueta de su padre y vio que todavía dormía. No encendió la luz. Si hubiera consultado la hora habría visto que faltaban veinte para las nueve. Habló bajito para no despertar a Elviejo. Antes de que empezara con las pastillas Rossi procuraba que su padre tomara siestas cortas que no le quitaran el sueño de la noche. Pero desde que el médico se las había recetado —cuatro pastillas diferentes que Elviejo disponía en una cajita compartimentada— el insomnio no era un problema. Podía hacer largas siestas y caer luego rendido como si hubiera pasado el día picando piedras.

—Bajo enseguida —respondió en un susurro.

Se puso los pantalones a toda velocidad y se abrochó la camisa como pudo. Más tarde iba a ver que los botones estaban desfasados de sus ojales y que el último colgaba solitario por encima del cinturón. Pero ahora nada importaba porque cada segundo perdido podía significar un desastre. El desastre de que la mujer que esperaba en el vestíbulo se arrepintiera de estar allí. Descríbala iba a decir Rossi al recepcionista que lo llamó por teléfono, pero se contuvo. En el mareo del sueño que todavía lo aturdí había estado a punto de cometer tal torpeza. ¿Quién más podía ser, sino Alena?

Bajó los dos pisos al galope. Al llegar a la planta baja se detuvo y recordó por enésima vez en aquellos días que él también era un viejo. Se apoyó contra la pared hasta que el aire comenzó a entrar con normalidad a los pulmones y acabó el jadeo. Sentía la frente sudada. Estaba temblando. Inhaló y exhaló varias veces. Recién entonces caminó hacia el vestíbulo como una novia insegura rumbo al altar.

Alena esperaba de pie. Enmarcada en la inmensidad del hotel, parecía aún más pequeña. Llevaba un vestido con florcitas verdes y el pelo recogido en un moño ajustado con una pinza. Toda la luz se centró en ella y el mundo alrededor desapareció para Rossi. Ni siquiera oyó —u oyó apenas— cuando una de las muchachas de la recepción le dijo que había recibido una llamada desde Montevideo y que tenía un recado de un señor Murera o Morera.

—Alena.

Ella lo miró como si el aparecido hubiera sido él, como si la hubiera sorprendido en medio de cualquier faena. Hizo un movimiento mínimo, un movimiento de duda y, quizá, de retirada. Él le habló con dulzura y la tranquilidad le volvió al cuerpo.

—¿Cenaste?

Ella negó con la cabeza.

—Cenemos. Pero no aquí, si te parece.

La tomó del brazo, sin apretarlo, apenas rozando el codo que ella dobló con sumisión para que se amoldara a la mano, como una antigua caricia. Él supo que se comportaba con la torpeza de un adolescente en su primera salida. Las luces de la ciudad se habían encendido y ya caía el vaho sensual de las noches caribeñas.

—¿Y ahora? ¿Adónde vamos?

—Solo vine a decirle un par de cosas. Cenar no quiero.

Entonces Rossi, que sentía la cabeza desprendida del cuerpo y no atinaba a decir una palabra coherente, se tocó los bolsillos y se golpeó la cabeza.

—¡Me caigo y no me levanto! Bajé sin la billetera.

Alena no pudo reprimir una sonrisa, pero de inmediato recuperó la expresión severa.

—No importa, ya le dije que cenar no quiero.

—Pero a mí me gustaría...

—No es mucho, señor. Solo unos minutos.

Rossi sintió pánico de perderla. Sin dinero y en una ciudad ajena, era un desastre completo. Ella había venido a buscarlo. Y estaban en su territorio. La que mandaba era ella.

—Caminemos —dijo y, más que decir, ordenó Alena.

Las mesitas de los bares comenzaban a llenarse y el baluarte encendido con antorchas y farolas amarillas era una invitación al romance. Pero Alena no quería nada de eso. Se encaminó hacia la muralla con la intención firme de que aquello no pareciera una cita. Rossi la seguía con las manos cruzadas en la espalda y sintiéndose el rey de los estúpidos por haber olvidado la billetera. El aire olía a flores.

—Mire, señor...

—Alena, no me llames así.

—Ya me olvidé de su nombre —lo miró con furia—. Durante años, señor, ¡años!, me esforcé por olvidarlo. Así que no me venga ahora con esa vaina. Quiero que me escuche. No demoro mucho. Venga —fue hasta una escalerita de piedra por la que se accedía a uno de los torreones y se acomodó en un extremo—. A ver, muévase, deje espacio para que suba la gente —volvió a ordenar y Rossi obedeció—. Escuche y no abra la boca hasta que termine.

Rossi asintió. Estaba triste y, a la vez, feliz. Estar allí con Alena era mucho más de lo que esperaba o merecía.

—Lo que usted hizo no tiene perdón de Dios. Lo que usted nos hizo, señor, a mi

hermano y a mí —se detuvo un instante como si se arrepintiera—. Deje lo mío de lado porque yo me lo busqué, pero lo de mi hermano... Él era un hombre bueno y la gente lo quería en Cartagena. Se había hecho su nombrecito con aquello de las cartas de amor. Aquí, antes había muchos pobres. Antes de que les compraran las casas y las volvieran de lujo, antes había muchos pobres en Cartagena y unos cuantos ni leían ni escribían. Tampoco yo. ¡Ah! Se sorprende. No le dio tiempo a notarlo, ¿verdad? Tampoco importaba mucho si la negrita leía porque usted buscaba otra cosa. No baje la vista, señor. ¡Míreme!

»Tampoco yo leía ni escribía, pero estaba aprendiendo. Mi hermano me enseñaba. Él sí había ido a la escuela. Y era requetebueno pa' las letras. Montaba su puestecito en la mañana. Un cajón de asiento y otro de mesa. El cartelito no, porque últimamente no lo quitaba. Lo dejaba allí y a nadie se le ocurría arrancárselo. “El portal del escritor”, así le había puesto. Y había una lista de precios. Por unos pesos más él mismo hacía la entrega y con garantía de secreto. Ese era mi hermano y todos lo querían.

»Después pasó aquello. Le dieron el Nobel a don Gabriel y la ciudad fue una fiesta. Todos festejamos. Estábamos felices. Don Gabriel siempre ha sentido cariño por Cartagena. Bueno, por algo tiene una casa, ¿no? Aquello fue una vuelta grande, sí, señor, y en los festejos Pedro Ángel se emborrachó. Era su punto débil. No escribía borracho. Decía que eran puras mentiras eso de que escribir borracho es mejor porque se le aflojan a uno las ideas. Durante el día no tomaba, pero apenas cerraba el puesto, se iba a la cantina y empinaba el ron hasta dormirse sobre la mesa. Se le iba casi todo el dinero en eso, pero a él no le importaba. No tenía mujer ni hijos y era feliz escribiendo. Yo tenía mi casita en la isla, una casucha. ¡Y menos mal, señor! Porque si no hubiera estado aquel sitio, no sé qué hubiera sido de mi hermano. Aquí querían matarlo. Después de aquello, claro. Y ni le digo después de que usted... Eso empeoró todo.

»El caso es que, bueno, no sé si sabe cómo se dieron las cosas. Nunca supe qué le contó Pedro Ángel en la isla. No, no... deje, no me interrumpa. Si sabe no le va a hacer mal volver a escucharlo. Esa noche mi hermano tenía toda la cantina en la cabeza y dijo no sé qué vaina de que él merecía el premio, que él había escrito aquellos cuentos. ¡Mire si don Gabriel iba a necesitar eso! ¡A quién se le ocurre que pudiera robarle los cuentos a un pobre mulato que se ganaba la vida escribiendo cartas de otros! Había unos periodistas en la cantina. Intentaron sacarle información y tomarle fotos. Pedro Ángel se puso como una fiera. Les dio una buena paliza y pasaron la noche en la delegación.

»No había quien no comentara el asunto. La cosa fue creciendo. Se hizo una bola y no pudimos pararla. Pedro Ángel volvió al portal, pero los clientes de siempre le hicieron el vacío. ¿Con qué derecho les había arruinado la fiesta? ¿Cómo se atrevía a ensuciar a don Gabriel? Los días siguientes fueron difíciles. Apenas se le acercaban algunos turistas. Muchos ni siquiera hablaban español, así que le tomaban fotos y se

iban. Después... después alguien pintó una amenaza. Y luego le lanzaron una piedra. Así de grandota, la piedra.

»Mi hermano pensó que si desaparecía por un tiempo, el remolino se aplacaría. Le ofrecí mi casita. A cambio de mi ayuda, Pedro Ángel levantó paredes, pintó y reforzó ventanas y puertas. La única condición fue no tomar. Y así fue. Cuando usted lo visitó, él no probó ni una gota de alcohol. Pero yo sabía que era cuestión de tiempo. Que apenas volviera a la ciudad y recuperara su puesto, mi hermano regresaría al alcohol. Los borrachos son borrachos para siempre, ¿sabía? Había periodistas por todas partes. Todos lo buscaban. Y Pedro Ángel creyó que lo mejor sería contar la verdad y acabar con aquella patraña de una vez por todas. Y...

»¿En qué estaba? Ah, sí... luego vino usted y lo embolató. ¡No me interrumpa, dije! ¡Escuche! Usted solo puede escuchar, ¿está claro? Usted escribió puros embustes. Usted le prometió que iba a ser sincero, pero no había historia, ¿verdad, señor? Y entonces decidió inventar. ¿Qué pasó por su cabeza? ¿Le importó algo la vida de mi hermano? ¡No! ¡No le importó a usted nada! Porque nosotros... mi hermano era para usted un pobre negro. A la distancia fue muy fácil hacerle daño. ¿Cuánto le pagaron, señor? ¿Sabe qué pasó con mi hermano después de su artículo? ¿Lo sabe? Lo sabe, claro que lo sabe, pero igual yo se lo cuento. Quiero que me escuche bien. Quiero que sepa por mi boca lo que le hizo.

»Tiempo después leí lo que usted había escrito. ¡Puras mentiras! Mi hermano también demoró en leerlo. No era fácil para gente como nosotros leer diarios de afuera. Pero usted ganó un premio. A usted le dieron un premio por su artículo y entonces alguien lo publicó en un diario de Cartagena. Mi hermano ya había vuelto al portal por esos días y los clientes comenzaban a retornar de a poco. Pedro Ángel se deshacía en explicaciones, que estaba borracho, que jamás había querido decir aquello, si es que alguna vez había dicho algo, porque el pobre no recordaba nada. Algunos le creyeron y otros, no, claro, pero la cosa no había pasado a mayores. En el fondo todos lo querían, sabían que era una buena persona. Hasta que apareció su artículo. Usted decía que mi hermano iba a hacerle un juicio a don Gabriel, por ladrón, eso decía, por ladrón y por... y por... ¡Y por rapiñero! Ahora recuerdo esa palabra horrible. Lo ponía entre comillas. ¡Míreme, señor! Míreme a los ojos y dígame si mi hermano alguna vez le dijo eso. Se avergüenza, ¿verdad? Y hace bien en sentir vergüenza.

»Ese fue el final de Pedro Ángel. El desprecio se volvió violencia. Su nombre era una maldición y estaba prohibido decirlo. Yo regresé a buscarlo, pero había desaparecido. Me desesperé. Varias semanas después apareció en la isla. Había intentado matarse y tuvieron que internarlo. Nadie fue a buscarme. Mi hermano pudo haber muerto solo. ¿Sabe qué hizo? Se cortó una vena del cuello. ¡Ah, le impresiona! Me alegra que le impresione. Todavía está la cicatriz. No se desangró porque lo encontraron a tiempo. Cuando llegó a la isla ya era otro hombre. Estaba delgado y decía incoherencias. Vivimos allí durante unos meses. Muy mal, señor, de lo que



podía ganarme con mis costuras. Vendía esas cositas a los turistas. Y también de lo que él pescaba, que no era mucho porque había días en que no tenía fuerzas para levantarse. Se pasaba el día leyendo. Libros de don Gabriel, claro. Otra cosa no le interesaba.

»Una mañana apareció don Gabriel. Sí, señor, el mismísimo don Gabriel. Había regresado de dar la vuelta al mundo festejando aquí y allá su premio. Alguien le había contado del pobre mulato que casi se desangra por pura vergüenza. Don Gabriel habló con mi hermano. Fue hermoso verlos. Todavía lo recuerdo. Mi hermano estaba en su hamaca. No podía levantarse. Yo lo alimentaba a duras penas, pero no siempre quería comer. Don Gabriel arrimó un banquito y se sentó a su lado. Yo los veía desde lejos, solo las formas, porque la casa estaba oscura y afuera había mucha luz. Sí, así los recuerdo. Don Gabriel agachaba la cabeza como hacen los curas cuando confiesan. Pero ¿confesión de qué? Mi hermano no había hecho nada malo. Cada tanto, don Gabriel lanzaba una carcajada. Era tanto el silencio que aquella carcajada me daba miedo. Mi hermano también reía, pero suavemente. Yo creo que se estaba muriendo.

»El caso es que don Gabriel no iba a quedarse mucho en Cartagena. Habló conmigo. Me dijo lo que yo ya sabía, que mi hermano necesitaba atención médica. Me ofreció una casita que tenía alquilada en el barrio de San Diego... usted no lo recordará, pero en ese barrio quería poner yo mi taller. ¡Ah! Se acuerda, qué bien, pensé que había olvidado todo. Allá fuimos. Era una casita de lo más linda y yo me hice cargo de ella. Tenía que cuidarla hasta que don Gabriel y doña Mercedes volvieran. Él pagó el tratamiento de Pedro Ángel. Le metieron electricidad en el cuerpo, ¿sabe? Es muy feo eso. Nunca volvió a ser el mismo. Incluso creo que volvió peor de la clínica. Como perdido, pero, al menos, ya no quería morir.

»Don Gabriel le consiguió el puesto de sereno en el teatro y allí está desde entonces. Fuerte como un árbol y cada día más loco. Casi no sale. Le llevo la comida, le lavo la ropa y le converso. Cuando viene a Cartagena, don Gabriel va a verlo. Y es como hace años, vuelven a sentarse en la oscuridad y conversan un largo rato. No, gracias, señor; ¿pa' qué voy a querer su pañuelo?

»Después don Gabriel mandó construir la casa. ¿Qué hay? ¿Por qué me mira así? ¿Qué lo sorprende? No, no me lo creo. ¿Usted no lo sabía? Disculpe, disculpe que me ría. No lo tome a mal. Yo no pensé... yo pensé... Todo el mundo sabe cuál es la casa de Gabo. Así la llaman, la casa de Gabo. Y usted... No, no me río por mal, es solo que... ¿Y quién cree que lo saludó esta tarde, eh? No ponga esa cara. Don Gabriel es un hombre sencillo. Ya vio cómo lo trató. Y a mí me trata de lo más bien, con muchísimo respeto. Lo mismo doña Mercedes. Vivo en esa casa. La cuido. Soy la casera o ama de llaves, como me dicen algunas visitas y don Gabriel siempre corrige: “¡Ama de llaves, nada! Alena es de la familia”. Pero no es así. Soy una empleada, aunque los patrones digan otra cosa.

»Con Pedro Ángel también han sido buenos. Don Gabriel paga su medicina, todo

el tratamiento. De no ser por él, mi pobre hermano andaría más loco de lo que usted ha visto. Con el tratamiento está tranquilo. Solo hay que seguirle la corriente. Don Gabriel me pregunta a veces. “¿Y? ¿Qué personaje ha escogido hoy tu hermano?”. Le cuento y noto que se enternece. Cuando lo visita, va por la noche porque no puede andar por la calle. La gente no lo deja. Pero de noche puede salir a comer con sus amigos, eso le gusta, siempre le ha gustado comer bien. Y alguna vez me ha pedido que lo acompañe al teatro a ver a Pedro Ángel. ¡Ya querría usted verlo! Y después lo escribiría, claro. Le pagarían bien y quizá ganaría otro premio. Pero no va a verlo, señor, porque dos veces esta negra no va a equivocarse. Y si se le ocurre escribirlo, le juro por lo más santo que voy a defenderme. Don Gabriel pondría el mundo patas p’arriba si le digo que usted se ha animado a escribir algo de lo que ahora le cuento. Así que no le conviene... y no ponga esa cara de guasqueao porque no se la creo. Usted vendería a su madre por un poco de fama... ¡Silencio!

»Verá que de mí no he hablado. Y es que no importa. Además, yo me metí solita en esta vaina. Y lo llevé a usted con mi hermano. No me lo he perdonado nunca. Todo el mal que usted me hizo fue mi castigo. Lo merecía por bruta, por creída. De mi vida no voy a contarle porque no le interesa. Y porque tampoco hay mucho. No me casé. No tuve hijos. No fui la modista más fina de Cartagena. Bastante con que don Gabriel nos haya recogido y me permita trabajar en su casa. Con eso me basta y le doy gracias a la Virgen todos los días. Pedro Ángel anda perdido vaya a saber uno en qué ciénaga, pero a veces vuelve y es como si despertara. No pasa mucho. Cada tanto, cuando voy a llevarle su comida o a levantar la ropa sucia, lo encuentro a él, a mi hermano viejo. Esas veces no es un personaje, sino Pedro Ángel. Me pregunta por la ciudad, por don Gabriel, por mis cosas. Y sufre tanto, señor, es tanto el dolor de los recuerdos que a poco de estar hablando veo que se va, como si se distrajera. Es el mismo hombre, pero es distinto. Ya no es mi hermano, sino alguien que busca en su cabeza hasta que encuentra a algún personaje. Y me suelta alguna frase rara, y hasta cambia la voz. Entonces sé que ya no está Pedro Ángel y le sigo la corriente.

»Así será hasta el final. Esto es lo que vine a decirle. No quería que se volviera a su tierra sin saber de mi boca el mal que ha causado. Lo que sea que me haya hecho a mí, ya está. Pero lo que le hizo a él... Ni un día de mi vida ha pasado sin que lo maldijera. Y sin que *me* maldijera. Yo le dije a mi hermano que podía confiar en usted. Yo lo elegí, señor. Yo, yo, yo. Y esa culpa es mi cruz.

## XVII

Alena se marchó siguiendo el camino de la muralla. Rossi no pudo retenerla. Tampoco había podido pronunciar palabra, mucho menos el discurso que había llevado preparado esa tarde y que la contundencia de ella había pulverizado. ¿Cuánto había durado la conversación? Unos minutos apenas, pero habían bastado para descargar todo el odio contenido durante tanto tiempo. Rossi hubiera querido decirle que lo sentía. Que su vida tampoco había sido el jardín de las delicias y que la maldición había alcanzado a su familia. Que no había sido feliz.

El aire del Caribe era agradable a esa hora. Aún sentado en los escalones, Rossi se apoyó contra la muralla y descansó. En el fondo, le hacía bien que Alena lo hubiera castigado de aquella forma. Y también le gustaba pensar que mucho amor habría sentido aquella mujer para haberlo convertido en un odio tan poderoso. Ella siempre había sido mejor que él.

Poco a poco iba recordando, en fragmentos desordenados, las palabras de Alena. Entendía —aunque no se lo había preguntado hasta ese momento— cómo había logrado su padre saber que el hombre del teatro era Pedro Ángel. Era probable que su primer encuentro se hubiera producido en uno de aquellos despertares cuando recuperaba la noción de su identidad y sabía cómo se llamaba y quién era. Lo que no estaba claro en medio de aquel fárrago de episodios confusos era por qué Pedro Ángel se había referido a la casa como «la casa rosada» y no «la casa de Gabo», como Alena le había dicho que todo el mundo la conocía. Quizá, pensó, porque en ese momento no era Pedro Ángel, sino Billy Sánchez de Ávila, un personaje que de ningún modo podía tener noticia de su creador. Los vericuetos de la mente eran tan fascinantes como complejos.

Rossi estaba tan a gusto allí que hubiera deseado quedarse más tiempo, pero su padre ya estaría preocupado o, peor, andaría perdido por los pasillos tronando porque no encontraba a su hijo. Caminó los pocos metros que lo separaban del hotel y fue directo a su habitación.

Estaba a oscuras. Lanzó un insulto en voz alta, seguro de que su padre habría salido durante su ausencia y ahora andaría solo en el comedor preguntándoles a los mozos por su orientación sexual. O quién sabe en qué rincón del hotel, en un baño de señoras, quizá, o en la mismísima cocina adonde ningún huésped jamás ingresa. Iba a salir en su búsqueda, pero se detuvo y entró. Elviejo seguía en la cama, con el rostro vuelto hacia la pared. Rossi encendió la luz de la mesita de noche.

—Papá, despiértese. Lleva durmiendo horas. ¿No va a cenar?

Elviejo no se movió y Rossi, que se había quedado de pie junto a la cama y le hablaba en voz baja, se acercó y lo zarandeó un poco, como quien atrae hacia sí una puerta giratoria. Elviejo —el cuerpo de Elviejo— cayó de espaldas sobre la cama y Rossi vio con espanto que su padre continuaba con los ojos cerrados, pero estaba rígido, con esa dureza helada que solo puede ser un indicio de la muerte. Lo tocó

primero con suavidad y luego con violencia.

Se sentó en su cama y se tapó la cara con las manos. No quería mirar. No podía. Deseaba con toda su alma que aquello fuera un mal sueño y que, al despertar, Elviejo lo estuviera observando con una puteada en el filo de la lengua. Rezó o creyó rezar. Sintió miedo. Al cabo de unos minutos en los que la realidad fue desplomándosele encima, no tuvo más remedio que abrir los ojos y aceptar que su padre estaba muerto.

Más tarde, el médico le diría que la muerte debía de haberse producido entre cinco y seis horas antes, a juzgar por la dureza del cuerpo. Rossi calculó que había sido mientras él estaba en la casa conversando con Alena y con horror cayó en la cuenta de que, cuando había vuelto a descansar y lo había visto dormido, Elviejo llevaba un buen rato muerto. El médico lo tranquilizó.

—Es la mejor forma, señor. Su padre murió durmiendo. Probablemente se le detuvo el corazón. No hay la menor señal de sufrimiento, ¿ve? Si hubiera sufrido no lo hubiera encontrado como lo encontró. Tenga la absoluta certeza de que fue una muerte dulce. Lo que yo querré para mí cuando me llegue el momento.

Rossi recordó el almuerzo pantagruélico de su padre y también aquel comentario acerca de un malestar. Y algo referido al cansancio. Su padre tenía casi noventa años y Rossi lo había tenido toda la mañana dando vueltas por la ciudad con un calor del infierno. Sintió una culpa horrenda, pero no dijo nada al médico. Ahora debía pensar qué hacer con su padre, cómo regresarlo a Montevideo. No le pasó por la cabeza avisar a los hijos. Se escandalizarían un poco y le dirían que bien merecido lo tenía por llevar de viaje a un viejo como su abuelo. Luego seguirían con su vida. Nada que no los afectara directamente les importaba demasiado. Tampoco serían de ayuda a la hora de los trámites. Otra repatriación, pensó Rossi, y el recuerdo de su mujer se le instaló en la mente.

El médico dio aviso a la gerencia del hotel y pronto aparecieron en la habitación dos hombres que se identificaron como gerentes, general y ejecutivo, dos a falta de uno, el curso completo. Se deshicieron en pésames, pero Rossi supo de inmediato que su presencia tenía otros motivos. Aquello debía pasar inadvertido para el resto de los huéspedes. Era imprescindible actuar con discreción extrema. Debían, por supuesto, dar cuenta a la policía, pero, dijeron a Rossi, no debía preocuparse. Era un trámite de rutina. Luego todo se haría durante la madrugada cuando el flujo de gente disminuyera.

El médico firmó el acta y se despidió. Los gerentes también salieron. Rossi estuvo al fin a solas con su padre. Se acercó a la cama y lo observó con un detalle que jamás se había permitido. Tenía razón el médico. Tanta paz en el rostro no podía significar otra cosa que Elviejo había muerto mientras dormía. Le abrochó la camisa y después de dudarle un poco le bajó los pantalones del pijama. Despegó las cintas del pañal y vio que la tela estaba pesada, húmeda. Fue al baño, trajo jabón, toallas y un vaso que llenó con agua tibia. Lavó a su padre. Lavó los genitales flácidos, las nalgas arrugadas. Retiró el pañal y le subió el pantalón para que nadie supiera de aquella

vergüenza con la que Elviejo había vivido los últimos años.

—¡Tenía que hacerme esto ahora! ¿No podía esperar un poco? El sábado nos íbamos, papá. Un par de días, pero no...

Unos golpes en la puerta lo sacaron de la diatriba en la que venía cayendo. Era uno de los gerentes.

—Ya está hecha la denuncia, señor. La policía vendrá en un momento. Yo los acompañaré hasta aquí y me quedaré con usted; no se preocupe. También habrá un abogado en representación de la cadena. Todo de rutina. No es la primera vez que pasamos por esto. ¿Se le ofrece algo? ¿Necesita hacer alguna llamada? ¿Que le subamos algo liviano, un té, quizá, algo fresco?

—Necesito ubicar a la señora Alena Pastor.

—¿Desea llamarla desde acá? Con el cero...

—Es que no tengo su número. Y tampoco está en el directorio.

—Va a ser difícil a esta hora...

—No, escuche. Sé dónde vive. En la casa de Gabo.

—¡Ah, caramba!

—Es el ama de llaves. Acabo de estar con ella. ¿Me haría el favor de...?

—Lo que diga, señor.

—Nada. Avísele, nomás.

—¿Usted quiere que la señora venga?

—No, no es necesario. Solo avísele de mi parte.

—Enseguida, señor. Me encargo. Ya sabe, en estos casos, cuanto menos gente haya mosqueando, mejor para todos. En un ratito me tiene aquí de vuelta. Si necesita algo, llame a este número —le extendió una tarjeta— y pida con el señor Veliz. Es el que vino conmigo más temprano. Por ningún motivo llame a recepción, se lo ruego.

—¿Y la policía?

—No se preocupe. No van a subir así como así. Antes pasan por gerencia. El señor Veliz o yo vendremos con ellos. ¿Le hago traer una manzanilla?

—Le agradezco, pero tengo la garganta cerrada.

El gerente se despidió con cortesía y Rossi apagó las luces de la habitación. Salió a la terraza y se acomodó en uno de los sillones con las piernas en alto, sobre el balconcito. Antes tapó a su padre, como a un niño dormido al que hay que proteger del frío.

Quería repasar los últimos momentos que habían pasado juntos, pero los recuerdos se empecinaban en llevarlo a la infancia. Rossi se veía pequeño sin otra referencia en el mundo que aquel hombre grandote y apuesto que a todos seducía con su belleza y con aquel sentido del humor del que Rossi nada había heredado. Su padre era un respaldo y, a la vez, una fuente de angustia. El niño que era Rossi no estaba seguro de que no fuera a abandonarlo. Cada vez que lo veía acicalarse para salir por las noches lo asaltaba una tremenda angustia que más de una vez había terminado en fiebre o en dificultades respiratorias. Este niño somatiza, le había dicho

a su padre una de las tantas amigas, extraña a la madre, ¿no lo ves? Pero Elviejo no quería oír hablar de aquella mujer que lo había dejado sin aviso con un niño pequeño a su cuidado. Ese niño era un recordatorio de aquella traición.

Lo había criado con severidad extrema y, ante todo, con un sentido del honor y de la responsabilidad que Rossi había exacerbado hasta volverse inflexible. Por eso estaba seguro de que su padre se habría avergonzado de él de haber sabido de aquella mentira, de cómo su hijo había tenido estómago para ser premiado por una canallada.

Una luz se encendió en la habitación de enfrente. Los postigos estaban cerrados, pero era posible distinguir las siluetas a través de las rendijas. Un hombre y una mujer se besaban y al minuto desaparecían. Rossi los imaginó tumbados en la cama, haciendo el amor o conversando a las risas. Se sintió de todos los hombres el más desgraciado, un huérfano, un apátrida. Montevideo tenía menos puntos de contacto con él que Cartagena.

\*\*\*

Cuando el inspector de policía llegó eran poco más de las diez y media. Venía acompañado por el otro gerente, que se presentó con su nombre completo como si fuera la primera vez que veía a Rossi. El policía dio un pésame desabrido y encendió todas las luces. A Rossi le pareció de una desconsideración inconcebible. La penumbra era lo más indicado para ese momento y no aquella atmósfera de quirófano que blanqueaba la escena y hacía más evidente lo ineluctable de la muerte. El policía se acercó al cuerpo, lo destapó y luego tomó el acta médica. Iba de ella al cuerpo como si estuviera cotejando datos. Luego se volvió hacia el gerente y le dijo que todo estaba en orden y que había que llevarlo a la morgue mientras se hacían los trámites.

—Habrás que repatriarlo —explicó el gerente.

—Más a mi favor. Hay que trasladarlo sin demora —luego se volvió hacia Rossi y le habló con suavidad—. ¿De Uruguay, señor?

—Así es. Montevideo.

—Buen fútbol, ¿eh?

Rossi asintió. El fútbol jamás le había importado. Ni en su fantasía más absurda hubiera imaginado que iba a terminar hablando de fútbol con un policía cartagenero encima del cuerpo de su padre. El policía pareció entender que su intento de distensión no había funcionado.

—Bien, señor. ¿Usted ya sabe qué va a hacer? ¿Tiene que consultarlo con algún familiar?

—No, no hay nadie para consultar. Estamos solos.

—Ajá.

—¿Hay que decidirlo ahora?

—Pues mucho tiempo no tenemos —giró hacia el gerente, como si Rossi fuera un niño incapaz de tomar sus decisiones o de entender ciertas cosas, como que hacía

calor, por ejemplo, y que el calor en una situación así era un problema—. Lo dicho, señor. Hay que trasladarlo a la morgue.

Rossi estaba a punto de gritarles que se fueran. Que lo dejaran a solas con su padre. Que apagaran las luces y le permitieran, al menos, unas horas de soledad y silencio. Sentía el calor subir por la cara e instalársele en las sienes. Sentía, también, que no podía reprimir su habitual mueca y que la boca se le torcía en algo que parecía una sonrisa, pero no. No lograba pensar con claridad ni encontrar las palabras justas.

El otro gerente apareció en la habitación. Delante de él venía Alena.

—La señora estaba entrando cuando llegué —y agregó como si fuera un galardón en su carrera—... a la casa de Gabo.

Rossi sintió que todas las fuerzas le regresaban. Allí estaba la pequeña Alena. No importaba que el tiempo la hubiera maltratado y que se viera ajada y vieja. Para él siempre sería pequeña. Alena dio unos pasos y se acercó a la cama donde descansaba el cuerpo de Elviejo. Se persignó y los hombres la imitaron. La sola presencia de una mujer había bastado para suavizar el ambiente. Alena estuvo un rato con la cabeza baja murmurando algo que podía ser una oración, al cabo de la cual volvió a persignarse. Luego levantó los ojos y buscó los del policía.

—¿Qué van a hacer con...?

—Hay que trasladarlo a la morgue. Ya sabe...

—Don Gabriel querrá verlo. Fueron grandes amigos.

El gerente que había ido por ella no pareció sorprenderse. Era obvio que algo habían comentado en el camino. Pero el otro negó con la cabeza.

—Lleva horas así; usted comprenderá...

—Unas horas más no harán la diferencia. Don Gabriel está atendiendo visitas, pero apenas se libere, vendrá. Será en la madrugada. Mañana pueden volver a primera hora.

Fue como echar agua fría en una olla hirviendo. Alena adquirió una autoridad irrefutable. Los hombres apenas protestaron y acabaron por obedecerla.

—A las seis, señora. No queremos que haya alboroto durante el desayuno.

—A las seis —dijo Alena y casi fue empujándolos hasta la puerta. Cuando se marcharon volvió con Rossi—. Ahora tiene un rato para despedirse de su padre.

¿Cómo iba Rossi a devolver aquel gesto? La mujer que tenía todos los motivos para odiarlo le mostraba la compasión que tanto necesitaba. Sabía que hablar solo empeoraría las cosas. Ella esperó unos segundos y se despidió. Cuando ya estaba por salir, él supo que no aguantaría la soledad de nuevo. Se guardó todos los orgullos, todas las estúpidas dignidades y, arriesgándose al peor de los desprecios le tomó la mano con dulzura.

—No te vayas, por favor, Alena.

Es posible que ella estuviera esperando ese pedido por pura coquetería. Pero también es posible que su intento de partida hubiera sido sincero y que, apiadada ante tanta soledad, decidiera quedarse. En cualquier caso, Alena se sintió importante y, de

haber conocido el adjetivo, se hubiera llamado a sí magnánima.

—Trate de dormir. Mañana va a tener un día largo.

—¿Dormir? ¿Cómo, Alena? Hoy nomás estábamos caminando por la ciudad y ahora mi padre está muerto.

—Es así.

—Ni siquiera sé cómo llevármelo.

—Pues de eso sí que no sé nada. Estar lejos es un problema.

—No del todo —dijo Rossi con amargura—. Para algunas cosas es ventajoso. Además, no dejé demasiado allá.

Alena se mordió el labio y guardó silencio.

—Soy viudo. Desde hace muchísimo tiempo. Tengo dos hijos —se detuvo. Iba a decir las edades, pero se dio cuenta de que Alena haría el inevitable cálculo. Treinta años atrás aquellos hijos ya existían. Estaban en el presente, pero presos del pasado. Todo lo que les sucedía tenía alguna relación con lo que habían vivido.

—¿Y ellos no lo necesitan?

—En absoluto. El mayor vive en el campo. Es guía. Lleva grupos de cazadores, en fin, nada de lo que un padre pueda estar orgulloso. El más chico es poeta.

—¿Poeta?

—Un vago.

Alena se rio y Rossi agradeció para sus adentros.

—Un vago. Pasa el día entero en la cama. Se cree, no sé quién se cree... Y, por supuesto, no trabaja.

—¿Cómo así? ¿Un muchachote?

—Este hace rato que se pasó de muchachote. Le vendría bien que el padre desapareciera, a ver si de una vez por todas aprende a ganarse la comida. Lo dicho, no me necesitan.

—¿Y su trabajo?

—Sigo en el mismo lugar. Nada salió bien. Si pudiera contarte, Alena.

Ella notó que la distancia había disminuido y levantó más defensas.

—No, no me cuente nada. Descanse. Duerma, si quiere. Yo me quedo despierta.

—¿Qué voy a hacer con mi padre?

—Llevárselo a casa. ¿Qué otra cosa?

—Es que no quiero.

—¿Cómo dice?

—No quiero volver, Alena. ¿A qué?

—¿Cómo que a qué, señor? A seguir con la vida.

—¿Cuál vida?



## XVIII

Alena se ubicó en un sofá contra la ventana. Estiró las piernas y tironeó el borde del vestido hasta tapar las rodillas. Encendió un cigarrillo. El gesto, demasiado mundano para una mujer sencilla, sorprendió a Rossi que, sentado en el borde de la cama no acababa de acomodar la confusión que tenía dentro. La escena de la que era parte no era propia del realismo mágico, sino de un surrealismo en el que las dimensiones de la realidad y el sueño se mezclaban. Aquello se parecía, en efecto, a una pesadilla, pero no estaba soñando. La mujer que tenía enfrente era Alena. Y el hombre muerto era su padre. Muerto, se repetía Rossi y al instante el pensamiento volaba hacia Alena y ya no sabía si le resultaba más sorprendente el repentino zarpazo de la muerte o aquella presencia venida del pasado. Pero sí sabía qué le daba más miedo y era que ella se fuera.

Intentó alguna conversación, que Alena cortó con un ademán o con una respuesta breve. Y al cabo de un rato, Rossi se durmió. De habérselo anunciado, es probable que, ofendido, hubiera asegurado que de ninguna manera iba a dormirse mientras velaba a su padre. Pero la mente tiene unos curiosos mecanismos de defensa y la de Rossi necesitaba la serenidad del sueño. A Alena no le pareció extraña la reacción. De hecho, la estaba esperando. No era su primera noche en vela y sabía por experiencia que los hombres tenían más propensión a evadirse hacia el refugio del sueño. Así transcurrió aquella extraña noche.

Pasadas las cinco de la mañana, Rossi abrió los ojos y necesitó de varios segundos para recordar dónde y con quién estaba. Necesitó algo más para aceptar que la muerte era un hecho definitivo y que nada había cambiado en aquellas horas mientras él chapoteaba en borrosos escenarios de su infancia y a la vez era y no era, estaba y no estaba, entendía y no entendía, como sucede en todos los sueños. Alena seguía en el sofá. Cualquiera que la hubiera visto habría dicho que no se había movido en toda la noche.

—Buenos días —dijo Rossi reconfortado por aquella intimidad—. Me dormí.

—Es lógico. Necesitaba descansar.

—¿Tú? ¿Pellizcaste algo?

Ella negó con la cabeza y él se sintió avergonzado de haberla dejado sola por segunda vez.

—¿Qué tengo que hacer ahora, Alena? No sé por dónde empezar.

—Serán puros trámites.

—La morgue... no quiero dejarlo ahí.

Alena se levantó e iba a abrir las cortinas, pero Rossi la detuvo. La penumbra volvía la realidad más soportable.

—A veces hay que hacer cosas así, señor. Dolorosas.

—Alena, necesito que me perdone.

—Deje, señor. No empiece con eso. En un rato los tendrá aquí. Báñese, junte lo

necesario, papeles...

—Necesito que me perdones. No vivo desde aquello.

Ella se levantó, se sentó y volvió a levantarse, molesta. Hizo el ademán de encender otro cigarrillo, pero se detuvo.

—Por...

—No. Te pido que me escuches —la voz sonó autoritaria, pero no fue el tono, sino la desesperación en los ojos de Rossi lo que ablandó la voluntad de Alena—. Me porté como una basura. Aquella vez. La última vez. Estaba mareado. Necesitaba sentirme bien, capaz de hacer algo importante. Necesitaba que me admiraran... —se detuvo— y tú hiciste que sintiera eso. Sin querer, me diste unas fuerzas... me hiciste sentir poderoso, capaz de tocar el cielo. No podía regresar a mi antigua vida. Cuando vine... aquella vez, Alena, estaba casado. Ya tenía a mis dos hijos —bajó la cabeza—. Nunca preguntaste. No quisiste saber. ¿Te importaba? Muchas veces lo he pensado. Creo que sí, que te importaba muchísimo, pero confiabas en mí. No hacías preguntas, aunque estaba el riesgo de que te engañara. Confiabas, Alena. Ese era tu poder sobre mí. Nadie me había hecho sentir de ese modo, tan digno...

Habló durante un par de minutos. Bastaban para contar la miseria de su vida. Habló de la sensación, de la canallada, de cómo ni siquiera había intentado detener el daño porque no podía pensar, estaba bloqueado, ciego, como muerto. Habló del accidente, de cómo tampoco había pensado en ellos. Y de cómo su vida se había reducido a la rutina del trabajo.

—Fui mal padre, mal hijo... Lo que ves aquí no es un hombre, sino un fantasma que vuelve. Y ahora necesito que me perdones.

—Ya, ya, no insista.

Rossi hizo un movimiento y Alena temió que fuera a arrodillarse.

—Deje, no sea ridículo.

—Perdón.

—Está bien, pero ya, deje eso.

Rossi intentó abrazarla. Alena se apartó bruscamente. La coraza que le había permitido sostenerse hasta ahora se resquebrajaba. Y sentía algo de culpa. Porque las maldiciones que en tantas noches de dolor había echado sobre aquel hombre, el odio, el resentimiento con el que le había deseado el peor de los pesares, lo habían tocado y le habían hecho mella.

Después hubo silencio. El silencio se llenó de los ruidos del amanecer y fue diluyendo las tensiones, los miedos, las torpezas.

—Ahora dese un baño, antes de que vengan.

Rossi obedeció y hasta tuvo fuerzas para afeitarse. Una liviandad dulce lo inundaba. La muerte de su padre se le apareció, de pronto, como un hecho natural, esperable. Y entendió que su tristeza, la profunda, la gran tristeza, no había sido por aquella muerte, sino por el peso de la culpa del que Alena lo había aliviado. Ahora podía hacerse cargo de su padre. Su mente estaba limpia. Cuando salió del baño,

parecía otro. Alena disimuló la conmoción que le produjo oler la colonia fresca. Olor a hombre limpio, pensó.

A las seis llegó uno de los gerentes. Detrás venía el inspector de policía y dos hombres que a Rossi se le antojaron los empleados de una empresa de mudanzas.

—Señor, buenos días. ¿Ha descansado?

—Bastante, sí, le agradezco. ¿Cómo sigue esto?

—Pues, mire, señor, he estado haciendo mis averiguaciones. En su Embajada me han dicho... tendrá que trasladarse a Bogotá. Allí presenta la partida de defunción. Nosotros ya le hemos preparado este *dossier*, aquí hay copias, en fin... lo que necesite. Mi secretaria le está buscando un vuelo. En la Embajada le extenderán un certificado, algo así como un permiso, creo haber entendido. Y luego le colaborarán para que encuentre una empresa de transporte. Hay gastos... no sé si su padre viajaba con seguro. Me temo que el costo del traslado corre por cuenta suya. ¿Su papá viajaba con seguro?

—Mi padre pagaba algo con la factura de una emergencia móvil, pero no sé... —volvía a sentirse aturdido.

—Está bien, señor, no se preocupe. En la Embajada van a ayudarlo con estos trámites. Lo importante es que no sea necesaria la intervención judicial. Eso complica las cosas. Podría tomar varios días. Pero fue una muerte natural, a Dios gracias, y está el certificado médico.

Rossi permanecía con la mirada baja, vencido. De pronto, miró al gerente como si se le hubiera ocurrido algo brillante o hubiera tenido una revelación.

—¿Y si quisiera enterrarlo aquí?

—¿En Colombia, dice?

—En Cartagena.

—Pues, no lo sé, señor... Y ¿dónde...? ¿Dónde lo enterraría?

—Un poco más de tiempo.

—Disculpe.

—Una hora más. Le pido una hora más. Por lo que más quiera.

—De ninguna manera, señor. No podemos hacer esto con el hotel en movimiento. Usted se comprometió...

—Una hora.

El inspector talló en la conversación. La habitual afabilidad había dado paso a un semblante adusto, como quien tiene demasiadas obligaciones para perder tiempo en las tonterías de un extranjero desnortado.

—Ayer quedamos en que...

—Lo sé, oficial. Escuche. Una hora. Nada más una hora. Una horita. Por el amor de Dios, por el amor de la Santa Virgen.

El inspector se persignó y Rossi supo que había dado en el clavo. Ya no tenía claro si creía o no creía, pero la mención a la Virgen había surtido efecto.

—Una hora, señor. Y luego...

—Una hora. Gracias, gracias...

Los hombres se fueron refunfuñando. Rossi tomó a Alena de los hombros. Tenía la expresión de un loco.

—Alena. Necesito que llames a don Gabriel. Es importante.

—No, señor.

—Por lo que más quieras.

—No voy a molestar a don Gabriel.

—¿Ni por un muerto?

—No.

—Alena, no pienso viajar hasta Bogotá para que una manga de burócratas me tengan de abajo para arriba haciendo trámites mientras el cuerpo de mi padre se congela en una heladera. No voy a meterlo en una caja y llevarlo en avión a Montevideo. Allí nadie lo espera. Amigos casi no le quedan.

—Sus hijos, señor.

—Si mis hijos estuvieran aquí, no irían al velorio de su abuelo. Mucho menos al entierro. Son dos egoístas, Alena. Solo piensan en ellos. Así están criados, como si el mundo les debiera alguna cosa. No pueden pensar más que en ellos. Inventarían excusas, porque también son cobardes y se mienten. Dirían que no soportan ver muerto al abuelo. Pura flojera, puro egoísmo. Estarán aliviados, te lo prometo. Por favor...

Alena sintió que el pecho le ardía. Tomó el teléfono y llamó.

—No atienden. Han de estar durmiendo.

—Otra vez, Alena. Otra vez.

—No puedo.

—¡Vamos, Alena!

Rossi le arrancó el teléfono y apretó el botón de *redial*. Nadie atendió. Repitió el intento. Nada. Otra vez. Y otra. Alena se impacientó.

—¡Basta ya, señor! Apenas pasan las seis. ¿Qué cree usted? Don Gabriel y doña Mercedes tampoco son unos niños. ¡Hágame el favor, no siga con eso!

Pero Rossi no la oía. Después de varios intentos, cayó sentado en la cama, vencido. Alena se acercó y le acarició la cabeza. Tomó el teléfono y probó. Una voz sonó del otro lado. Rossi no distinguía las palabras. Nada de eso estaba sucediendo. Nada. Se evadió como quien está a punto de desvanecerse. Alena le palmeó el hombro.

—... dice don Gabriel que qué quiere hacer usted con su padre.

—Enterrarlo aquí.

Alena trasladó la decisión y sonrió al oír del otro lado de la línea la puteada que estaba esperando. Luego dijo que sí, que sabía bien lo que hacía. Y se volvió hacia Rossi.

—Don Gabriel quiere hablar con usted —Alena le pasó el teléfono.

—Señor... le agradezco. No... En Bogotá, pero... Sí, señor... Aquí, señor, aquí

mismo, en Cartagena... Así, nomás, durmiendo... sí, así ha de ser, también yo lo querría de este modo... Ochenta y ocho... parecía diez menos, ¡tendría que haberlo visto!... No, la cabeza, el problema estaba allí... olvidos, a veces decía incoherencias... no diga eso, señor... no va a comparar, usted es... ¿Cómo dice?... —Rossi miró a Alena—. Así es... sí, señor... todo eso es muy cierto... fui una mierda... ya lo he hecho, sí... la peor de las mierdas, una escoria, una basura... Le agradezco... Ella es la mejor, sin duda, la mejor de todas... Cómo no, señor, una reverenda mierda, así es, no hay otra palabra... Lo hice hace un rato, pero puedo volver a hacerlo...

Del otro lado sonó una voz imperativa y Rossi se arrodilló ante Alena.

—... está bien, no, no exagero... qué va, si odio la cursilería... no, no está riéndose... bueno, ahora sí, un poco, ahora sí está riéndose... sí, se está burlando de mí, creo... mucho mejor... Diga... ¿cómo dice?... Pero no sé si entenderá... Sí, eso es bien cierto, mi padre es, mi padre era igual, a veces parecía más lúcido que yo, pero en este caso... Sí, claro que sí, no tendría inconveniente... ¿Usted cree que él...? Es que quería un cajón pintado por dentro y con una ventanita... Sí, sí, una genialidad, mi padre era así... No lo sé, señor, saldré a mi madre, probablemente. Sí, está bien... le doy mi palabra... No, ya no, algo he aprendido, sería incapaz de... Está bien, le paso. Gracias, señor, gracias... Es necesario, sí, es necesario. No importa si no lo hace por mí... Lo sé. Soy un hijo de puta, el peor, lo último, señor, lo último... Sí, ellos lo merecen... Lo sé, igualmente le doy las gracias... Sí, le paso, gracias, le paso... Alena, para ti.

Alena mantuvo una conversación corta en la que más que hablar, escuchó. Al colgar se la veía distinta, con un aire de grandeza como quien ha hecho una obra de bien con alguien que no lo merece.

—Don Gabriel va a llamar al inspector. No puede asegurar nada, ya sabe, pero... es don Gabriel. De todos modos, tiene que ubicar a un abogado antes. Eso puede demorar. Voy a buscarle algo para comer.

—No tengo hambre, pero vamos a pedir un té. ¿O tomamos un refresco?

\*\*\*

A las siete de la mañana, Rossi esperó el golpe en la puerta. Siete y media. Ocho. Las diez. El tiempo pasaba y la esperanza aumentaba con el tiempo. Aquella demora solo podía significar que don Gabriel estaba haciendo sus movimientos.

—¿Por qué no te casaste, Alena?

—Porque no se me dio la gana. No es obligatorio.

—Pero novios habrás tenido...

—Eso a usted no le importa.

—Claro, no es que me importe... Yo no volví a... desde el accidente, no... nunca más...

—No me interesa. No quiero que me cuente de su vida.

—¿Y el taller? ¿La costura?

—Eso no lo abandoné nunca. Coso para afuera en las horas libres. La señora Mercedes tiene alguna ropa que le hice. Claro, ella es muy buena, imagine, con todos esos viajes que hacen, puede tener la ropa más linda, pero a veces se pone mis vestiditos... y este que tengo puesto, este lo cosí yo.

—Es muy bonito, precioso. Querías tener una casita blanca...

—No me lo recuerde. La casa todavía está ahí. Paso a diario y es una pena aquí adentro... —se tocó el pecho y, por primera vez, Rossi la vio vulnerable, como una vara azotada por el viento.

—¿Y entonces?

—Pues, nada. Ya bastantico tengo con mi trabajo. Y con mi hermano. Usted lo ve ahora y lo ve tranquilo, pero hemos tenido días terribles, corriendo al hospital a cada rato.

Afuera la mañana estallaba en una lluvia espesa y la luz acomodaba todas las cosas, incluso los sentimientos. Después de la conversación telefónica, la serenidad de Rossi había ido creciendo y ahora solo esperaba. Confiado.

Cerca del mediodía volvió a sonar el teléfono. Rossi atendió. Era un abogado.

—... cómo no, doctor. Entiendo. Sí, claro, entiendo... y dónde sería eso... sí, claro que sí. Muy agradecido. Lo espero.

Alena lo consultó con la mirada que, a esa altura, ya acusaba agotamiento.

—Hay que llevarlo a la morgue.

—¿Cómo así?

—Tienen razón, Alena. Ya va casi un día.

—Pero don Gabriel...

—Está haciendo lo imposible. Ahora es el abogado el que tiene que moverse. Mientras tanto, es cierto, no podemos tenerlo aquí. Está bien, Alena, es razonable. Yo confío en ellos. ¿Te suena Zagarosita, Zaga...?

—Zaragocilla.

—Sí, ¿te suena?

—Un barrio. ¿Qué hay?

—¿Es lejos? ¿Cerca de Bocagrande?

—Los turistas solo conocen el centro histórico y Bocagrande —dijo Alena con desprecio.

—¿Es lejos?

—Pues, depende. Es lejos para ir a pie.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Tampoco salgo mucho.

Rossi se dio cuenta de que había preguntado con prepotencia.

—Perdón. Son los nervios. La morgue está en ese lugar. Eso me dijeron. Medicina Legal. No sé por qué Medicina Legal... No estoy en posición de andar

cuestionando. Quizá tendría que buscarme un abogado. La morgue, Alena. Al final va a terminar en una heladera.

—Pues mire usted, en Zaragocilla. Una vida viviendo aquí y vengo a enterarme de eso.

—No tenías por qué saberlo. Tampoco es un paseo de domingo.

Poco después se repetía la escena de la mañana. Esta vez, solo el gerente y los dos empleados de la funeraria. El inspector no había vuelto. Estaba reunido con el abogado y se afanaba en otros trámites complejos. Con amargura Rossi vio cómo uno de los hombres colocaba una pulserita plástica en el tobillo de su padre. La manillita, papá, te jodieron, se dijo y pensó que la muerte tiene esas insolencias.

## XIX

Era la hora del almuerzo, pero ninguno pensaba en comer. Alena se puso a ordenar la habitación. La ausencia del cuerpo los había sumido en una intimidad embarazosa y algo había que hacer para evitar a toda costa una conversación que los llevara por terrenos indeseados. Rossi se preguntaba si debía haber insistido en subirse a la ambulancia y acompañar a su padre hasta la morgue. Pero estaba cansado y las fuerzas iban cediendo. También Alena denunciaba en sus ojeras la interminable noche en vela. Rossi se había sentado en el sofá y la miraba moverse por la habitación como un ama de casa en plena faena.

—Don Gabriel me pidió algo —dijo Rossi.

—Lo imaginaba.

—Que ofrezca mis disculpas a Pedro Ángel. Disculpas no, perdón. Eso dijo. Que se disculpan las tonterías y se perdonan los pecados.

—Muy de don Gabriel.

—¿Qué?

—Lo de andar haciendo cuestión de las palabras.

—¿He pecado, Alena?

—Eso se lo dirá su corazón. Y el Señor, cuando le llegue el momento.

—El Señor... ¿Dios?

—Dios.

—He pensado mucho en Él. Soy bautizado, así que no puedo salirme así nomás de la Iglesia, pero me fui alejando y ya no sé cuándo fue la última vez que estuve en una misa. Ya estaba un poco distanciado y lo del accidente terminó de enojarme. Con Dios y con su Iglesia. Sin embargo, siempre ha habido algo más, algo que nunca se borró del todo.

—¿Y eso?

—No lo puedo explicar. Serán los valores cristianos, supongo. Será que uno necesita un lugar donde sentirse acompañado. Y esto de estar sin Iglesia es incómodo. Falta algo... un espacio de encuentro. Ahora, por ejemplo, me haría bien ir a una iglesia.

—Lo acompaño, si quiere. Y después lo dejo. Tengo que volver a mis cosas.

Rossi fingió no haber oído lo último, pero se propuso —como un corredor que ve a lo lejos la meta y sabe que ha de hacer un máximo esfuerzo— lograr que Alena no se fuera. De pronto sentía que la necesitaba, que aquella presencia suave y algo arisca llenaba todos los huecos.

—¿Puedo quedarme con esto? —Alena tenía uno de los dibujos de Elviejo—. Mire qué bonita se ve la ciudad...

—Por supuesto. No estoy seguro, pero casi... Creo que lo hizo para Pedro Ángel.

—¡Las alas! —dijo Alena y, de inmediato se le llenó la voz de una vergüenza enternecida—. ¿Lo ha visto con las alas?



—Sí.

—Pobre mi hermano querido —dobló el dibujo con cuidado y lo guardó en el bolso. No se veía enojada. Tampoco había intención de reproche. Estaba triste.

\*\*\*

—Si quiere, lo acompaño a la Catedral misma. Como usted prefiera.

Iban por la calle y a Rossi le costaba seguirle el paso. La diferencia de edad era más notoria ahora.

—Lo que prefiero es que dejes de tratarme de usted. Es una exageración.

Ella no respondió y caminó más rápido. Rossi pensó que no era conveniente insistir.

—Cualquier iglesia sirve. Donde gustes.

—Entonces a la de Santo Domingo. Es más pequeña. Son más bonitas las iglesias pequeñas.

Y las mujeres, pensó Rossi, que debió concentrar toda su energía en caminar rápido y controlar el ritmo de la respiración. La distancia era corta. Mientras la recorrían, Rossi no pensó ni una vez en su padre. Solo al llegar a la Plaza de Santo Domingo se dio cuenta de ello. La plaza, como era de esperar, estaba desierta. En pocas horas, apenas la tarde cayera, aparecerían los manteles blancos sobre las mesas, se encenderían las farolas y de todas partes surgirían bandadas de turistas y de cartageneros. La imponente Gertrudis reposaba extendida en toda su gruesa sensualidad, con el codo apoyado y la otra mano tras la cabeza. Rossi no recordaba haberla visto antes y giró para observarla. Alena notó su sorpresa.

—Qué bella, ¿verdad?

—Bellísima.

—¿Le gusta el maestro?

—¡Claro! Me encantan sus gordos —mintió Rossi, que siempre se había burlado de las formas exageradamente redondeadas y las expresiones ingenuas de los personajes de Botero, pero que no mentía ahora cuando decía que Gertrudis le parecía bella.

—No son gordos —corrigió Alena—. El maestro dice que es puro volumen.

El interior de la iglesia era de gran sencillez. Las paredes, pintadas de un amarillo ocre, despedían una humedad fresca, como un arcón antiguo guardado por siglos en el desván y que, un buen día, alguien encuentra abierto. Las columnas que culminaban en arcos de medio punto cerca del techo mostraban las viejas piedras rectangulares y escondían una escalera de caracol que subía hasta uno de los balconcitos. Los bancos estaban vacíos a excepción del último, donde un borracho dormía.

Alena se veía tranquila, como alguien que llega a su hogar después de largo tiempo de ausencia. Señaló el altar y hacia allá caminaron. El ábside estaba pintado

de un azul cielo que contrastaba con el amarillo de las paredes. El retablo del altar era pequeño, pero suntuoso, una joyita barroca en mármol claro con columnas rojas e incrustaciones en oro.

Se acomodaron en el segundo banco. Ella se arrodilló, apoyó los codos en el respaldo del banco de adelante, escondió la cabeza entre las manos y rezó. Rossi, sentado a sus espaldas, solo podía mirarla. Parecía una de esas niñas de las estampitas de Primera Comunión. También hubiera querido rezar y, a su modo, lo hizo. No fueron oraciones hechas, sino un diálogo interior, destartalado y caótico, en el que tanto pedía como daba las gracias, se preguntaba y maldecía. Solo después de que ella se levantó y se sentó a su lado, Rossi supo que, en efecto, había estado rezando y que en aquellos minutos de concentración absoluta logró conectarse, regresar a una dimensión de la que se había alejado hacía tanto tiempo. Sentía que las puertas se abrían sin un reproche ni una pregunta. El hijo pródigo había vuelto.

Al salir, llovía. Se quedaron en el atrio, seguros de que no iba a durar demasiado. Había refrescado y Rossi vio que la piel de los brazos de Alena estaba erizada. Hubiera querido abrazarla, pero no se animó. Era un momento de gracia y no había que moverse ni hablar. Nada podía interrumpir aquello. Si le hubiera llegado la muerte, Rossi la habría recibido feliz.

El habitual chaparrón caribeño se descolgó aquel día con una pasión rabiosa. No había más que esperar y eso hicieron, protegidos entre la cortina de agua que los separaba del mundo y el interior de la iglesia donde el borracho, acunado por el repiqueteo de la lluvia, todavía dormía.

A eso de las dos llegaron a la casa. En el camino, Rossi se había exprimido el cerebro para encontrar las palabras. De eso se trataba. Debía encontrar las palabras justas y ordenarlas bien en un discurso componedor, tierno. Quería pedirle que no se fuera. Una palabra de más o una equivocada, un tono apenas fuera de lugar, una pausa demasiado breve o demasiado extensa, un detalle podía estropear las cosas. Cuando no había certeza, el silencio era la mejor opción.

Alena buscó las llaves en su bolso y abrió el portón. Giró para despedirse. Parecían dos jovencitos después de la primera cita. Tampoco entonces Rossi supo qué decir y hubiera dejado que ella desapareciera para siempre tras el muro, de no haber sido porque desde una ventana tronó aquella voz.

—¡Qué hace! ¡Entre!

Don Gabriel salió al jardín. Rossi apenas podía creer aquello. Tenía ante él a una de las mayores glorias de las letras. Pensó que en ese momento hubiera necesitado el don de ese hombre para conectar las palabras de un modo único, mágico. Nadie como don Gabriel sabía hacerlo.

Vestía una camiseta de algodón blanco, una camiseta larguísima que casi le llegaba a las rodillas y debajo de la que Rossi rogó que tuviera unos calzoncillos. Porque, ya fuera a causa de algún olvido o por simple costumbre de dueño de casa, don Gabriel no llevaba pantalones. Le extendió la mano.

—Siento lo de su padre, pero no hay que preocuparse. Morir así es para benditos —luego endureció el rostro y, sin soltarle la mano, dijo—. A usted, a usted mismito tendría que romperle la cara. Y con gusto se la hubiera roto hace tiempo. Diga que me pesca viejo...

Rossi quedó paralizado, pero el tono que siguió fue afable, como quien explica una broma.

—¡Tranquilícese, hombre! —y soltó una carcajada—. ¡Mira cómo se nos ha puesto, Alena! ¡Si está transparente! Vuelva, hombre, vuelva en usted. ¡Qué le puede hacer este viejo! —se puso serio—. Pero si fuera más joven... Si usted y yo fuéramos más jóvenes, claro que le hubiera dado bollos pa' que tuviera. Y ya que estamos, enfrente de la señora voy a repetirle una cosita, por si anda creyendo que hago algo de esto por usted.

Rossi estaba con un pie adentro y un pie afuera. Dio un paso hacia el interior del jardín como un condenado que merece y desea recibir su condena. El gran Gabriel, con sus piernas flacas, era un coloso sin pantalones. Alena esperaba las palabras que de sobra conocía.

—¿Ve a esta mujer? ¡Mírela! Es la mujer más buena. Linda mujer que hubiera merecido enamorarse de un hombre y no de una cucaracha. Pero el amor no elige, señor, qué va, el amor serpentea y se le mete a uno en el alma cuando menos se lo espera. La pobre cometió el error más grande. Se enamoró de un canalla, ¿me va siguiendo? Y ese amor fue su castigo. ¡De por vida, señor! Cuando el amor es amor, es, también, una cadena perpetua. Nunca la oí mentar pestes, aunque el canalla las merecía. ¿Cree usted que se le pudrieron adentro? ¡No, señor! Esa es otra de las condenas. El amor mantiene vivo, sano, fresco incluso el resentimiento. Todo fresquecito y a la orden. ¿Y sabe por qué? Porque es una forma de perpetuarse. Cuando hay resentimiento uno recuerda cada día su causa y el amor no muere. No puedo imaginar algo más triste. Pero aun así, de la boca de esta mujer jamás ha salido una maldición para el canalla que le jodió la vida. A ella y a su hermano. Eso es lo que más le duele, ¿sabe usted? Tampoco ha usado ese odio para envenenarse. Lo ha usado para darse fuerzas. Ha cuidado a ese hermano con una entrega tan inmensa que no creo que haya otra igual sobre esta tierra.

»Ahora voy a decirle algo, pa' que lo sepa, así se me va enterando de una vez que no todos somos así de mansos. Y que quede claro: esta mujer no me lo pidió. Fue mi idea. Salió de mi rabia. Usted pudo haber sido un gran periodista. Era bueno. Bastante bueno. Al menos, sabía escribir, lo que ya es decir algo. Pero no ha llegado a más que a pinche mediocre. ¿Y sabe qué? Yo ayudé a eso. ¿Me mira? ¿Se sorprende? Ya no recuerdo el nombre de su jefe, pero él sí recordará. ¿Vive? Si todavía lo ve, háblele, pregúntele. Pida que le cuente. Yo mismo hice la llamada. ¿Cuánto hace de esto? Nunca supe qué pasó después. Pero no necesito preguntar. ¡La cucaracha no merecía más atención! Eran tiempos de mucho trabajo y, además, mejor usar la energía en los buenos. Los malos no merecen nuestro tiempo. ¡Que los malos se

jodan! ¡Hay que encargarse de los buenos! —y aplaudió en el aire como un bailar flamenco—. ¿Me odia?

—Le agradezco.

—¿Cómo pues?

—Que se lo agradezco.

—Alena, ¿tú estás escuchando a este loco? ¿Me ha entendido, cabrón del diablo?

—Perfectamente y se lo agradezco.

—¡Y qué carajo agradece!

—Toda mi vida quise un castigo. Usted me lo dio sin que lo supiera.

Don Gabriel se rascó una pierna y pareció caer en la cuenta de que estaba medio desnudo.

—¡Este sí que tiene cojones, Alenita! ¡Hijueputa, pero derecho! Una cucaracha recuperada. No pensé que lo iba a aguantar tan bien, m'hijo. Me sorprende. ¡Sírvele algo, Alena! —y trotó como un gorrioncito desconcertado escaleras arriba mientras gritaba—. ¡Me visto y salimos!

—¿Adónde? —preguntó Rossi y Alena le devolvió una mueca de desconcierto.

\*\*\*

El teatro estaba a pocas cuadras de la casa, como todo en Cartagena, pero fueron en un auto. No el auto principal, según pudo ver Rossi al entrar al garaje, sino un Volkswagen antiguo, con los vidrios polarizados y el tapizado en un estado tan impecable que parecía nuevo. Como cuando la vio encender el cigarrillo, Rossi volvió a sorprenderse al ver a Alena acomodarse detrás del volante. ¿Y qué esperabas, estúpido? ¿Que la mujer se hubiera quedado llorándote sin hacer algo con su vida? Ella necesitó dar una explicación.

—El señor Gabriel usa este carro cuando se traslada de día. Así puede moverse más cómodo. El resto del tiempo es mío. No que salga mucho de la ciudad, pero hago mis vueltas, visito a algún amigo... es un buen carro —inclinó el asiento del acompañante y Rossi entendió que debía sentarse atrás. Iba a hacer algún comentario, cuando don Gabriel abrió la puerta y saltó adentro con sorprendente agilidad.

—Don Gabriel...

—Diga, m'hijita.

—El cinturón.

—Pero si vamos aquí nomás, unas cuadritas...

—Que se lo ajuste, señor, o esto no se mueve.

—Ya, ya... lo único que me faltaba. Mercedes acaba de echarme una de padre y señor nuestro, que apenas he dormido, que hace un calor del demonio, que si me creo que tengo veinte... y ahora tú, Alenita. Habrase visto, con las mujeres no hay quien se salve. Están todo el día regañándolo a uno...

Rossi dejó oír el sonido de una risa cómplice, pero no abrió la boca. Apenas podía

creer lo que estaba viviendo.

—¡Bien amarradito! ¿Contenta? ¡Pues, ya, echa a andar esta cafetera que nos vamos a morir asados!

—Al teatro, ¿verdad?

—¿Y adónde si no? ¿Tú crees que Pedro Ángel estará echándose una siesta?

—¿Pedro Ángel? No lo creo. Apenas duerme de noche. Pero no sé si estará en condiciones de abrir la puerta.

—Ah, ya, entiendo. ¿Tú crees...?

—Nunca se sabe, don Gabriel. Hasta llegar uno no se entera. Por si acaso, traigo mi llave.

Les tomó apenas unos pocos minutos. Alena bajó primero y a Rossi le llamó la atención que no fuera por la puerta lateral por la que él había entrado las otras veces. Volvió al cabo de un rato que a Rossi se le hizo eterno. Mientras estuvieron solos, su eventual compañero de viaje no había abierto la boca y él sintió que no debía hacerlo. Interpretaba aquel silencio como un signo de hostilidad, pero sus prevenciones fueron vanas por cuanto no había tal intención en la falta de diálogo, sino una razón más prosaica.

—Don Gabriel, don Gabriel, despierte —Alena abrió la puerta del acompañante y lo sacudió con suavidad—. Ya podemos entrar.

—... estaba en un sueñito dulce, m'hija.

Alena lo ayudó a bajarse y los dos desaparecieron hacia el interior del teatro. Sintiendo el hombre más torpe de Cartagena, Rossi se quedó quieto, a la espera de alguna orden. Alena se asomó y le hizo señas de que entrara, como si fuera obvio que lo estaban esperando y que aquella demora no era de buen gusto.

Alena se llevó el índice a los labios y le indicó que hiciera silencio. Rossi fue tras ella y entraron en uno de los palcos bajos. Al fondo de la platea los dos hombres conversaban como si estuvieran solos, a toda voz y con una risotada siempre pronta. Rossi se preguntó qué personaje habría elegido a Pedro Ángel esa vez, aunque le pareció que la ropa que llevaba era bastante convencional y que no tenía aquellas posturas forzadas de las otras veces.

—... pero mire usted, quién lo diría. ¿Y cómo ha estado, compadre?

—Aquí me ve, don Gabriel. Con poca variedad. A nadie se le ocurre incordiar a un sereno viejo. Actividad ha habido, aunque...

—¡Ni me lo diga! El festival ese me trae de las patas. No acabo una que ya me meten en otra. Y todo el mundo que se empeña en que coma. Pero cuente de usted, ¿cómo anda la ciática?

—Mientras no llueva...

—Igual yo, compadre, igual yo. ¿Y ha escrito algo?

—Pues, ya sabe, don Gabriel, esa vaina es pa' siempre. ¡Hasta dormido escribo! Y ya se me estaba olvidando agradecerle los lápices y los cuadernos.

—Ya, deje, deje... Es que no sé por qué se empecina usted con los papelitos. Mire

que la computadora no muerde, eh.

—Morder, no, pero es que se me atolondra la cabeza. Lo intenté, ¿se acuerda?

—Mismito.

—¿Y todo pa' qué? Pues que no me salió una palabra decente. No, señor, a mí deme el lapicito. Y el papel que huele tan rico... Déjeme ya de tanto invento.

—De publicar ni hablamos, ¿no?

—¡Qué va, don Gabriel! ¡Cómo se le ocurre!

—Ya, es que lo que escribe vale. Se lo digo siempre.

—Pero eso no es pa' mí, no, señor. Yo estoy bien aquí con mis escritos y mis vainas.

—Cuando lo disponga, compadre, usted sabe...

—Le agradezco, don Gabriel, pero no creo.

—¿Y en qué historia anda metido, Pedro?

—Pues, si será de Dios que usted ande por aquí de visita pa' que me eche una manito. Es que me atranqué en mitad del tropelín. Así como se lo digo... ¿se acuerda de la historia de los piratas?

—¡Como pa' no acordarme! Esas cosas no se me olvidan. ¡Drake bramando por su cerveza mientras ordena bombardear Cartagena!

—Eso, y después del bombardeo, los soldados se largan a saquear, pero el Caribe se encabrita...

—El Caribe se encabrita y comienza a golpear las murallas.

—¡Qué bien que se acuerde, don Gabriel! El Caribe enloquece, se levanta en olas tremendas, traspasa las murallas y destruye los mástiles de los barcos que han quedado fondeados en la bahía. Los soldados están muertos de miedo. Pero Drake los alienta, que roben, que asesinen, que quemen... Drake se para sobre la muralla y le grita al mar que se serene. Y el mar, don Gabriel, no lo atiende. Drake se enfurece y amenaza al Caribe con su espada. Una ola lo arrastra, pero no lo mata. Algunos piensan que el diablo se le ha metido en el cuerpo. O que es el mismo diablo. Con los ojos desorbitados, se pone de pie sobre la muralla y arenga a sus hombres. Entonces, sigue el saqueo, roban, capturan a las mujeres...

—¡Qué bien lo cuenta, Pedro! ¡Imagine usted, con lo bellas que son las mujeres de esta tierra! ¡Esos brutos no darían crédito a sus ojos! Oiga, compadre, ¿las violan?

—Pues me parece que sí, don Gabriel. ¿Por qué lo dice?

—Mmm... es que no me gusta. A ver qué tal esto: los muy bestias van como locos por la ciudad en busca de mujeres. Los ojos rojos, los sobacos sudados, la baba que les cuelga... Están mugrientos, hieden, y van en manada, derriban puertas, les revientan las braguetas, ya se aflojan los cintos, pero entonces...

—... son demasiado hermosas...

—Eso, compadre, demasiado hembras. Las ven y no pueden. Se sienten pequeños, extrañan a su madre, recuerdan a sus hermanas, alguna novia que espera allá lejos, y ...

—... se vuelven como niños...

—... y acaban dejándose acariciar, lavar por ellas. Lo que el Caribe no ha podido, lo pueden las mujeres.

—Y por la noche, dormidos con el arrullo sueñan que vuelven a su tierra.

—Y es entonces cuando las cartageneras bravas sacan del escote sus puñales y allí nomás los degüellan...

—Salvo a uno...

—Por joven...

—... por joven, por tierno...

—Y una pide clemencia y se la dan. Y se lo lleva a su casa y lo cuida. Y se aman esa noche. Y ese hombre ya no teme, ni siquiera recuerda a sus camaradas muertos... y sin saber cómo le brotan palabras en español y cree haber nacido en estas tierras y es el mejor de los cartageneros.

—¡Eso! Me he agotado, compadre. Qué bella historia.

—Muy bella.

Guardaron un silencio largo, como si necesitaran volver de un lugar remoto.

—Pero bueno, don Gabriel, y a qué debo...

—Vea, Pedro Ángel, le he traído a un conocido.

—No diga, don Gabriel. ¿Y eso?

—No se me asuste. Es alguien que viene de lejos y necesita hablarle.

—¿Y sobre qué, don Gabriel? No me diga que es pa' que me largue de aquí, ¿verdad? Usted sabe que me mata. Hace años que no salgo...

—¡Cómo se le ocurre! De aquí no lo saca nadie.

—Vivo.

—Eso mismo. Lo sacan con las patas p'alante o aquí se queda.

—Como si hubiera echado raíces.

—Eso.

—Pero este hombre viene por otra cosa. Ya sabe, vainas del pasado.

—¡Madre santa, don Gabriel! No sé si quiero.

—Pues usted decide, pero si me permite, yo me animaría. La intención es buena.

—¿Y en qué puedo colaborarle?

—Usted puede darle lo más grande que se tiene para dar, Pedro. Usted puede perdonarlo pa' que el infeliz siga con su vida.

—¿Perdonar yo, don Gabriel? Usted disculpe el atrevimiento, pero ¿no le andará algún tornillo medio flojo? No se me enoje; es que como todos estamos medio viejos...

—Tornillos flojos tengo. Pero hágame caso, compadre, escuche lo que el hombre tiene para decir, lo perdona y allá cada cual a lo suyo. Es que anda con el alma trancada, ¿entiende?

—¡No diga! ¿Y eso desde cuándo?

—Desde que lo jodió a usted y bien jodido. Mande, a ver qué hago. ¿Me lo

atiende?

—Pues, si usted dice, lo atiendo, don Gabriel, faltaba más, lo atiendo.

—Ya, se lo agradezco, Pedro. Espere que le... ¡Joder!

—¿Qué le pasa?

—Me duele cuando me giro.

Alena interpretó la señal.

—Vamos —dijo a Rossi que como nunca sentía el miedo paralizándole las piernas. Estaba estaqueado a la silla. Ella insistió, algo molesta—. ¡Vamos, qué espera!

\*\*\*

Así pues, los segundos que siguieron fueron el punto más alto de la vida de los dos hombres. No hubo más que un gesto, un único gesto traducido en una palabra: perdóneme. Esa palabra cargada de tanto dolor, arrastrada a lo largo de décadas, esa palabra en la que confluyeron culpas, odios y amarguras, esa única palabrita abrió la ventana para que nuevo aire entrara a refrescar aquellas vidas reseca. Rossi se paró ante Pedro Ángel y solo dijo perdóneme. Pedro Ángel no tuvo que mirarlo mucho, ni siquiera tuvo que preguntar quién era ese hombre que parecía un perro con su rabo escondido, no tuvo que fingir desconcierto ni demencia porque desde siempre había esperado ese momento. Lo perdono, dijo. El milagro estaba hecho.



## XX

Esa noche, en la soledad del cuarto, sintiendo más que nunca el vacío de Elviejo, Rossi se afirmó en dos decisiones. La primera: no habría entrevista. La segunda: no volvería a Montevideo. Bajó al vestíbulo, fue a la salita de las computadoras y escribió dos mensajes que envió sin una segunda lectura, apenas corrigiendo sobre la marcha algún error evidente.

\*\*\*

*Murera, no vuelvo. Sabrá disculpar o no. Me da igual a estas alturas. Como imaginará, no hay ni habrá entrevista. Usted se arreglará con los buitres. Que hagan lo que quieran con mi puesto. Supongo que, tras una vida de trabajo, me corresponderá alguna compensación por despido, en fin, ya habrá algún abogado que se encargue de esos trámites. Si quiere una entrevista que le salve el culo, Murera, mande a alguno de sus alcahuetes. Pero no busquen a Pedro Ángel Pastor. Pedro Ángel Pastor no existe; nunca ha existido. La nota soy yo. Yo soy el material que necesita. Yo soy el fraude, la verdadera historia. Y usted siempre lo supo. Usted siempre supo que aquel artículo mío fue una farsa, ¿verdad? Usted lo sabía. Y lo permitió. ¿Por qué lo hizo? Para salvar al diario y salvarse, claro. Y luego, cuando recibió aquella llamada de García Márquez no tuvo huevos para decirle que usted era cómplice de la canallada. Y terminó de joderme la vida, Murera. Me aplastó, me cerró todas las puertas. Se aprovechó de un hombre acabado. ¡Cómo pude ser tan ciego! He pensado mucho en estos días. No sé con exactitud cómo funciona su cabeza, pero conozco sus ambiciones y su falta de límites. Yo fui una mierda, es cierto, pero usted no fue mejor que yo. Dejó que aquello siguiera... Lo que importaba era el prestigio, el éxito. El éxito es nada, Murera, siempre viene de afuera. Y cuando se retira, deja un olor a podrido que no se aguanta. El olor a podrido del vacío. ¿Lo conoce, Murera? Yo, yo soy el primer culpable. Yo inicié la mentira. Usted la protegió para protegerse. Y ahora pretendía salvarse otra vez con ella. Pero hasta aquí llego. No sé si alguna vez comprenderá lo que le digo. Tiene que ver con no mentirse, con mirarse al espejo y verse en bolas, más cerca de la muerte que de la vida. No voy a vivir un día más como muerto. Así que, si gusta, me manda a cualquiera de los chupatintas y hasta lo ayudo a escribir un buen artículo. Con la verdad, pero con la verdad completa. No sé si tendrá los huevos.*

\*\*\*

*Muchachos, se nos murió Elviejo. ¡Cómo jodía cuando estaba! ¡Y qué falta me hace ahora que no lo tengo! Dadas las circunstancias, he tomado una decisión: no*

vuelvo. Van a enojarse y a putear cuando lean esto. Pero, piénsenlo bien. ¿Por qué se molestan? No porque vayan a extrañarme, no. Se molestan porque por primera vez —sí, lean esto, por primera vez— van a estar solos. Les juro que no me duele si se ofenden. Puedo vivir sin ustedes; alcanza con saber que están bien. ¿Les parezco duro? Revisen en su interior, pero sin mentirse. ¡No sean maulas! Entren ahí sin miedo. Revisen y busquen. ¿Qué encuentran? ¿Cuánto hace que perdieron a su padre? ¿Cuánto hace que él se perdió o que ustedes lo perdieron? Ya no voy a vivir ni un día más pidiendo perdón. Ustedes se han aprovechado. Ustedes han vivido extorsionándome. Me han cobrado hasta la última gota de sufrimiento. Yo no tuve la culpa de aquel accidente. Cometí otros errores, pero no ese. Y después, les entregué la vida. He sido su rehén desde entonces. Los he servido, me he arrastrado, he suplicado en cada acto su perdón. He aguantado su indiferencia, que es la peor forma del desprecio. No me vengan ahora con reproches. No sentirán mi ausencia más de lo que sentían mi cariño cuando estaba. Yo era nada para ustedes y ahora seguiré siendo nada. Hagan de cuenta que me he muerto. Dispongan de la casa. No tengo otra cosa. Traten de guardar algo y de no reventarse hasta el último peso. Porque no habrá más. Esa es su herencia. No habrá nada cuando me haya muerto. Aquí me quedo —y me pregunto si saben dónde estoy, si oyeron cuando se lo dije, si alguna vez importaron las llamadas para avisar que llegaba tarde, las notitas pegadas a la heladera—. No, nunca importó nada. ¿Cómo estás, papá? ¿Necesitas algo? ¿Te sentís bien? ¿Cómo te fue en el trabajo? ¡Nada! Un padre también necesita que cada tanto los hijos se preocupen; un padre también necesita que lo quieran. Y yo, con todos mis errores siempre estuve atento a ustedes. Hice lo que pude. Pagué. Ahora que Elviejo no está, no vuelvo. ¡Háganse hombres de una vez! Y cuando salgan, no olviden llevar pañuelo.

\*\*\*

Apagó la máquina y se fue a dormir. A la mañana siguiente recordó que aún le quedaba un día y que debía emplearlo en solucionar unos cuantos asuntos. Pero ya no estaba agobiado. Era otro hombre.

Rossi no se movió de la habitación. Esperaba una llamada, que llegó a media tarde. El abogado le comunicó que había que hacer algún trámite en Bogotá. Tomaría unos días y don Gabriel le ofrecía correr con los gastos del sepelio. Le ofrecía, además, una parcela en un cementerio cercano. Podía llevar allí a su padre si lo deseaba. Rossi agradeció y dijo que lo pensaría. De inmediato, se corrigió y pidió disculpas. No había nada que pensar. Sí, claro que sí, aceptaba y no le alcanzaban las palabras para agradecer el gesto. Luego bajó al vestíbulo y pidió en recepción que lo comunicaran con la agencia de viajes. Iba a cancelar el regreso. Y también iba a abandonar la habitación al día siguiente. No podía permitirse tanto lujo.

Tranquilo, como si hubiera encontrado el camino o llegado a alguna meta, durmió

una larga siesta. Luego se dio una ducha y ya sin miedo, seguro de su intención, llamó por teléfono a Alena.

—Vamos a cenar. A las siete —le dijo y fue tanta la firmeza en su voz que ella no encontró la forma de negarse.

\*\*\*

Caminaban alejados y fingían distraerse con los jugadores de dominó en el Parque del Centenario.

—¿Pedro Ángel me reconoció?

—Cómo saberlo. Cuando está con don Gabriel vuelve a ser él. Sabe que es Pedro Ángel y me llama Alena. Es posible...

—¿Y me habrá perdonado?

—Eso sí. Pero no ahora; desde hace mucho.

—También yo lo creo.

Un vendedor de esmeraldas les cortó el paso. Alena lo espantó como se espantan las moscas.

—Me gustaría regalarte una.

—¡Ni se le ocurra!

Rossi rio.

—¡Me gustaría, pero no puedo! Tengo que cuidar el poco dinero que traje y la tarjeta no...

—¿Cuándo se regresa?

—¿Y qué puede importarte a ti eso?

—A mí nada. Pura curiosidad. ¿En qué quedó lo de su padre?

—Don Gabriel ha sido muy bueno.

—Algo oí.

—Entonces sabrás más que yo.

—Nomás preguntaba.

Caminaron sin hablar. A la distancia, bellamente iluminado, el centro de convenciones se reflejaba en las aguas quietas. Quien los hubiera visto habría pensado que dirigían sus pasos al hotel, pero no había tal idea. Se detuvieron junto a la muralla y treparon por una de las escaleritas hasta un torreón pequeño. Los dos sentían la tensión en el aire y, de algún modo, se avergonzaban.

—¿Y qué va a hacer ahora?

—¿Ahora?

—Mientras se arregla lo de su padre.

—Mañana dejo el hotel. Me voy a una pensión o donde sea. No puedo pagar tantas estrellas. Luego buscaré trabajo.

—¿Cómo así?

—Hay que comer, ¿no? Mientras me mandan lo mío desde Montevideo, que

tampoco será mucho, tendré que trabajar —sonrió y ensayó una broma—. ¿Me aceptará Pedro Ángel como ayudante de sereno?

—Pero...

—Pero qué...

—¿Cuánto piensa quedarse?

Rossi la miró con incredulidad.

—¿Es que no entendiste nada?

—Usted me marea.

—Me quedo, Alena.

—¿Cómo dice?

—Que me quedo en Cartagena.

—Señor...

Ella hizo una mueca como de dolor y él pudo ver debajo de esa mueca el llanto que se iba formando. Un llanto suave, bajito, un llanto largo, eterno, tan inagotable que él pensó que podría perderla transformada en nube o llevada por las gotas del mar que salpicaban la muralla. Así estuvieron durante todo el tiempo que ella necesitó hasta serenarse.

—Alena, tengo que preguntarte algo.

—Diga.

—Si yo muriera...

—¡Shh! Deje con esas cosas...

—Es importante —le tomó las manos— si muriera... quisiera que tiraras mis cenizas al Caribe.

Alena resopló y se pasó la mano por la frente.

—¡Qué calor hace! Esta noche llueve.

—¿Lo harías? ¿Tirarías mis cenizas?

Ella pensó un poco, o fingió hacerlo. Luego, con sumo esfuerzo rescató un nombre de su memoria. Un nombre querido, el nombre que había llevado todos esos años clavado en el pecho.

—¡Pero Franco! ¡Qué tonterías dice!

Para él fue suficiente respuesta. A la luz de las farolas, entibados por el aire del Caribe, pasaron gran parte de la noche contándose aquellos treinta años, sin dejarse nada, buscando en la memoria cada detalle que a veces se escapaba y volvía más tarde atado a un recuerdo. Reían y, cada tanto, se emocionaban. Sentían que empezaban a hacer las paces con el pasado. Y que tenían una segunda oportunidad de enmendar los errores. Sabían que habría más momentos de vacilación y miedo, pero confiaban en haber aprendido algo con tanto sufrimiento.

Cada uno, a la distancia, había transcurrido aquellos años encerrado en su propio corralito de piedra, condenándose a pagar una pena autoimpuesta. De pronto, la vida había vuelto a juntarlos. Y aunque era posible que el amor triunfante después de tantas décadas solo aconteciera en los tiempos del cólera o en el final de algunas

novelas, venían a descubrir ahora, sentados en la muralla, mientras veían brillar la ciudad de Cartagena, que el peor de los pecados había sido el de vivir a medias.

## Agradecimientos

A Inés y a Lucía, cada vez más cómplices.

A la familia, cada vez más necesaria.

A Luis Sica, Virginia Sandro, Julián Ubiría, Leroy Gutiérrez, Virginia Morales, Florencia Ripa y a todo el equipo de la editorial porque sin su respaldo esta historia no habría llegado a convertirse en libro.

A Aída Altieri, que enmendó mis errores.

A Jorge Franco, querido y admirado colega, siempre dispuesto a dar una mano con alegría.

A Ana Cecilia Mármol, por sus observaciones finísimas nacidas del conocimiento que le dan los años vividos en Cartagena.

A Nohra Llamas, Belky Herazo y Luis Eduardo González, amigos colombianos que con paciencia, generosidad y dedicación ajustaron algunos detalles descriptivos de la ciudad y el registro cartagenero de los diálogos.

A Marina Goffer, por haber sugerido el nombre para Elviejo.

A Daniel Mordzinski, que una tarde en San Juan de Puerto Rico recibió con su inigualable elegancia la noticia de que un personaje de esta novela se parecía a él.

A Gabriel García Márquez, por las horas felices de lectura.

A los colombianos, pueblo amable y amante de la vida, con mi deseo de que encuentren los caminos hacia la paz.

A los lectores, siempre.



CLAUDIA AMENGUAL (Montevideo, 1969) es escritora, traductora pública y licenciada en Letras. En 2004 recibió una beca de la Fundación Carolina para estudiar Edición en Santander y en Madrid. Ha publicado las novelas *La rosa de Jericó* (2000), *El vendedor de escobas* (2002), *Desde las cenizas* (2005), *Más que una sombra* (2007) y *Falsas ventanas* (2011), la biografía *Rara Avis. Vida y obra de Susana Soca* (2012) y la antología personal *El rap de la morgue y otros cuentos* (2013), esta última en Estados Unidos. Algunos de sus cuentos han sido premiados y traducidos e integran antologías en Uruguay y en el exterior. En 2006, la Universidad de Guadalajara y la Feria Internacional del Libro de la misma ciudad le otorgaron el Premio Sor Juana Inés de la Cruz por *Desde las cenizas*. Un año después, fue elegida entre los escritores jóvenes más destacados de América Latina para integrar el grupo Bogotá39. Ha colaborado con diferentes publicaciones internacionales y desde 2007 escribe la columna «Nobleza obliga» para la revista galería del semanario *Búsqueda*. En 2014, *Cartagena* quedó entre las obras finalistas del Premio Herralde.

[www.claudiaamengual.com.uy](http://www.claudiaamengual.com.uy)